

Información Importante

La Universidad de La Sabana informa que el(los) autor(es) ha(n) autorizado a usuarios internos y externos de la institución a consultar el contenido de este documento a través del Catálogo en línea de la Biblioteca y el Repositorio Institucional en la página Web de la Biblioteca, así como en las redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Universidad de La Sabana.

Se permite la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este documento, para todos los usos que tengan finalidad académica, nunca para usos comerciales, siempre y cuando mediante la correspondiente cita bibliográfica se le dé crédito al trabajo de grado y a su autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, La Universidad de La Sabana informa que los derechos sobre los documentos son propiedad de los autores y tienen sobre su obra, entre otros, los derechos morales a que hacen referencia los mencionados artículos.

BIBLIOTECA OCTAVIO ARIZMENDI POSADA
UNIVERSIDAD DE LA SABANA
Chía - Cundinamarca



El presente formulario debe ser diligenciado en su totalidad como constancia de entrega del documento para ingreso al Repositorio Digital (Dspace).

| | |
|---|--|
| TITULO | Entre Líneas |
| SUBTITULO | Escribiendo el fútbol |
| AUTOR(ES) Apellidos, Nombres (Completo) del autor(es) del trabajo | Luis Miguel Bravo Álvarez |
| | Juan Diego Ramírez Carvajal |
| | |
| PALABRAS CLAVE (Mínimo 3 y máximo 6) | Fútbol, literatura, deporte, periodismo, escritura, Borges |
| RESUMEN DEL CONTENIDO (Mínimo 80 máximo 120 palabras) | <p>El fútbol y la literatura, dos expresiones humanas aparentemente tan dispares en su concepción y ejecución, han venido relacionándose de una manera cada vez más estrecha durante los últimos años. Lo que hace un siglo habría sido inconcebible, lo que Jorge Luis Borges jamás podría haber podido soportar, hoy es una realidad más que latente: el balón y las letras no solo parecen ser compatibles, sino también complementarios. A través de la conversación con diez escritores de diferentes países y géneros, esta investigación se propone descubrir esas razones por las cuales unir al balompié con la literatura ha dejado de considerarse un absurdo y ha pasado a ser algo normal y recurrente.</p> |

Autorizo (amos) a la Biblioteca Octavio Arizmendi Posada de la Universidad de La Sabana, para que con fines académicos, los usuarios puedan consultar el contenido de este documento en las plataformas virtuales de la Biblioteca, así como en las redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Universidad.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables.

ENTRE LÍNEAS
Escribiendo el fútbol

Juan Diego Ramírez Carvajal

Luis Miguel Bravo Álvarez

Director: Víctor Manuel García Perdomo

Proyecto creativo de carácter escrito

Universidad de La Sabana
Facultad de Comunicación
Comunicación Social y Periodismo

Chía

2013

Resumen

El fútbol y la literatura, dos expresiones humanas aparentemente tan dispares en su concepción y ejecución, han venido relacionándose de una manera cada vez más estrecha durante los últimos años. Lo que hace un siglo habría sido inconcebible, lo que Jorge Luis Borges jamás podría haber podido soportar, hoy es una realidad más que latente: el balón y las letras no solo parecen ser compatibles, sino también complementarios. A través de la conversación con diez escritores de diferentes países y géneros, esta investigación se propone descubrir esas razones por las cuales unir al balompié con la literatura ha dejado de considerarse un absurdo y ha pasado a ser algo normal y recurrente.

Abstract

Soccer and literature, two human expressions apparently so different in their conceptions and executions, have been correlating in such a close way in the last years. What one century ago would have been inconceivable, what Jorge Luis Borges could never have stand, today is a reality: the ball and the letters not only look compatibles each other, but also complementary. Through the conversation with ten writers from different countries and genres, this investigation try to find the reasons that allow us to join football with literature and discover why this is no more an absurd, and has become something normal and recurrent.

Palabras clave

Fútbol, literatura, deporte, periodismo, escritura, novelas, Borges, cuentos, sueños, infancia.

Índice

| | |
|---|------------------|
| <i>Introducción</i> | Página 1 |
| <i>Una Íliada con alcance universal</i> Entrevista con John Carlin | Página 20 |
| <i>Hablar con Valdano es mejor que ganar un campeonato</i> Entrevista con Jorge Valdano | Página 29 |
| <i>Goles y libros, más que un juego de niños</i> Entrevista con Ricardo Silva Romero | Página 35 |
| <i>Versos nacidos en la escuela de la vida</i> Entrevista con Walter Saavedra | Página 45 |
| <i>El defensor de la estética y la niñez</i> Entrevista con Fernando Araujo V. | Página 53 |
| <i>“El fútbol es como una piquería vallenata”</i> Entrevista con Héctor Abad Faciolince | Página 59 |
| <i>Hablando de fútbol, da igual con quién</i> Entrevista con Washington Cucurto | Página 64 |
| <i>El barrio, la cancha y la vida</i> Entrevista con Álvaro Perea | Página 69 |
| <i>El ‘abogado’ de la pelota</i> Entrevista con Quique Wolff | Página 78 |
| <i>El fútbol, como un cuento, pero casi un tango</i> Entrevista con Jorge Barraza | Página 84 |
| <i>Epílogo, tiempo extra o punto final</i> | Página 92 |
| <i>Referencias bibliográficas</i> | Página 96 |

*“Fue alegría, fue rabia y fue emoción,
un golazo a todo ese desprecio,
una mezcla de sueño y de revancha
que tenías hermano allá en el pecho”.*

José Cantero Verni

Introducción

El fútbol se juega con los pies: la parte del cuerpo más lejana del sitio en donde surgen las ideas. La literatura, en cambio, no tiene nada que ver con ellos. Ni siquiera sirven para abrir un libro.

Jugar al fútbol es sinónimo de movimiento, de tensión, de adrenalina. Pensar en la lectura nos induce a imaginar el sosiego, la tranquilidad.

Diferencias sustanciales, podríamos llamarlas. A simple vista, se podría estar hablando de dos antagonistas. De hecho, en las edades más tempranas de la vida siempre se piensa que son irreconciliables. Es ir al patio o a la biblioteca, pensará siempre el niño. Y en cuanto a sueños se refiere, o se anhela ser Diego o se aspira a ser Borges. Pero nunca las dos al tiempo, porque Maradona no usaba la pluma y Jorge Luis detestaba la pelota.

Pero en cuanto la vida avanza, nos damos cuenta de que ni lo uno ni lo otro: Borges sólo hubo uno, como solo habrá un Diego. Entonces comenzamos a ver que probablemente no hay que tomar un único camino, y que las letras y el balón quizá son más hermosos cuando los ponemos a jugar juntos.

Es ahí cuando nace la relación entre la literatura y el fútbol. Cuando nos damos cuenta de que ambos hacen parte de nosotros, cuando descubrimos la capacidad innata que tienen de poseernos, de hacernos vivir otras vidas, de llevarnos a otros lugares, de hacernos vibrar como si estuviéramos allí, en el partido, en el cuento.

El comienzo del matrimonio

Hablar de los orígenes de la literatura exigiría remontarse hasta el inicio de la existencia del ser humano. La necesidad de expresarse, entre otras condiciones vitales, llevaron desde siempre al hombre a buscar plasmar sus pensamientos, su ser mismo a través de los símbolos. La literatura, como asegura Roy Alfaro Vargas, es la mediación entre la relación individuo-sociedad. Este autor costarricense trata a la literatura como “forma de apropiación del mundo, dada mediante la conciencia”. (Alfaro Vargas, 2005)

María Teresa de la Garza C. también explica la necesidad humana e inconsciente por practicar literatura mediante cualquier expresión. “Desde la perspectiva de –el filósofo y crítico literario alemán de tendencia marxista– Walter Benjamin, la narrativa es necesaria para rescatar algo que nos pertenece y que ya no tenemos, algo sin lo que nuestra visión de la realidad sería incompleta o deformada”. Y en estos tiempos, desde que el hombre es consciente, De la Garza asegura que la “literatura cumple una función que resulta urgente: mostrar un modo de conocimiento que escapa a la ciencia”.

El ser humano ha apelado a la literatura para entender o explicar mundos como el del amor, la amistad, la reproducción, la existencia de Dios, etc. La novelista española Ana María Moix cree que los seres humanos son los únicos seres vivos de este planeta que realmente lo necesitan. Por eso la ensayista española Esther Tusquetsen en una columna del 23 de enero publicada en el diario El País (*El ser humano y la literatura*) plantea que “el gusto por inventar, explicar y conocer historias es uno de los aspectos que más caracteriza al hombre (...) desde aquellos lejanos tiempos en que recubría de imágenes las paredes de sus cavernas, y desde entonces hasta hoy”.

Un deporte como el fútbol, que por su masividad, subjetividad y dimensiones podría ser comparado con aspectos como el mismo amor y la religión, también alimentó la necesidad de ser expresado a través de la literatura, ese método tan humano y auténtico de nuestra condición para explicar sentimientos. El fútbol es más cercano en sus orígenes a nuestros tiempos y conocimientos. Esto nos facilita la tarea de descubrir cuándo y cómo nace la relación entre la pelota y las letras. Lo curioso del tema es que aparentemente el fútbol nace y se concibe como una práctica antitética de la lectura: mientras en el siglo XIX leer era propio de ilustrados, de personas de clase alta que tenían poder económico para acceder a la cultura; el fútbol en cambio era un fenómeno exclusivo de las clases populares que lo utilizaban como elemento de diversión para olvidar por un momento el agotador trabajo de las fábricas.

Esa separación total duró casi un siglo, y es apenas en los años 1900 cuando esa supuesta ruptura comienza a desvanecerse. El balompié ha comenzado ya a establecerse como el deporte más popular. Los países comienzan de a poco a formar sus ligas, a conformar sus equipos. La FIFA ya ha visto la luz –en 1904-. Los años 30 serán testigos del primer torneo que congrega a equipos de todo el mundo. El fútbol ha llegado para quedarse. Y la literatura se ve obligada a dejar de ignorarlo.

Así comienzan a aparecer los primeros escritos sobre fútbol: crónicas, reportajes y entrevistas que tratan de reflejar el fenómeno del deporte en la sociedad. Poco a poco, cuando se va descubriendo que la pasión por el fútbol, al igual que la literatura, es un pozo sin fondo, el matrimonio queda finalmente oficializado. Novelas, cuentos y poemas con el fútbol como protagonista, o como hilo conductor, aparecen en las principales librerías del mundo. Actualmente, las historias son tantas que podríamos decir que allí donde ha rodado un balón –sin temor a exagerar, todos los rincones del planeta–, allí también han corrido ríos de tinta escribiendo sobre fútbol.

Es necesario mencionar que la intención de relacionar el deporte con la literatura, cobró mucha fuerza en Estados Unidos empezando el siglo XX, pues tuvieron grandes repercusiones a nivel mundial las crónicas deportivas sobre boxeo, críquet, carreras de caballos y fútbol americano. El periodismo norteamericano, incluso se incursionó en la lírica con temas deportivos hacía mucho tiempo, pues The Boston Gazzette publicó en 1733 una crónica sobre el combate entre los ingleses John Faulcomer y Bob Russel.

Sin embargo, podría decirse que el español es el gran precursor en la literatura netamente futbolística –por llamarla de alguna manera-. Fueron los escritores de este lado del Atlántico quienes primero comenzaron a escribir sobre el deporte del pueblo. Pero cuando se dice escritores, estamos hablando de los grandes, de los que han pasado a la historia: Pablo Neruda y su poema *12 jugadores*; Mario Benedetti y su *Puntero izquierdo*. Es generosa la cantidad de nombres célebres que pasan a engrosar la lista de los que se dejaron seducir por el fútbol y escribieron sobre él: Roberto Fontanarrosa, Osvaldo Soriano, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa comenzaron viendo en este deporte una fuente rica de historias para sus espacios periodísticos, pero luego encontraron en esta disciplina la posibilidad de desplegar todas sus habilidades literarias.

Uno de ellos, sin dudas, es el mexicano Juan Villoro, quien trató describir con palabras la sensación en un estadio: “Lejos de la oficina, el perro enfermo, el anillo devuelto por la novia, las manchitas de la radiografía, el examen de química, los segundos transcurren como un ‘robo’, una suspensión de la costumbre. Las ligas son formas de garantizar estos hitos temporales”. El poeta brasileño Vinicius de Moraes le compuso a Garrincha la oda *El ángel de los pies torcidos*.

El escritor colombiano Héctor Abad F. vio la necesidad de expresar su fanatismo por Independiente Medellín en su texto *Delicias de la derrota*: “Con el tiempo aprendí que eso de ser hincha del poderosísimo, del inigualable, del maravilloso

deportivo Independiente Medellín, encierra una profunda postura filosófica: estar con el poderoso DIM es estar a favor de la derrota, es ponerse siempre, siempre, del lado de los perdedores (...) El DIM es como esas muchachas que nunca le dijeron a uno que no, que fueron siempre la lejana promesa de un sí, pero que jamás fueron un sí y que si algún día hubieran llegado a decir sí, se nos habría derrumbado el interés y el afecto (...) Ni nosotros ni nuestro equipo tenemos redención, ni futuro, ni nada. Ganar de vez en cuando es un chispazo que no altera nuestra desdeñosa y lúcida visión del mundo: vivir es ir perdiendo. Nuestro mayor, nuestro secreto y único triunfo es que nosotros somos los dueños de la silenciosa y estoica dignidad de la derrota. Por eso nuestro himno termina como la melancólica canción de Les Luthiers: ‘¡Perdimos, perdimos, perdimos otra vez!’”.

Gabriel García Márquez, mientras trabajaba en El Heraldo de Barranquilla, escribió lo que para él significaba el fútbol sin haber ido nunca a un estadio (luego lo hizo): “No puedo menos que confesar mis sentimientos de respeto por quienes se instalan en una gradería, desde las primeras horas y bajo un sol que ciertamente no debe tener nada de deportivo, a esperar que once caballeros vestidos de niños, se empeñen en demostrarles a otros igualmente vestidos, que con las extremidades inferiores puede hacerse, en determinadas circunstancias, mucho más de lo que habitualmente se hace con la cabeza. Si no fuera, finalmente, porque todos los domingos en la tarde tengo que quedarme deambulando por estas calles del Señor, solo porque mis más admirados amigos se han ido a gritar de sincero entusiasmo a unas graderías con tanta sinceridad como lo hicieran ante un poema de Rilke o una novela de William Faulkner; si no fuera por todos esos factores, digo, creería que los insípidos, los tontos, son los fanáticos deportivos. (...) Algún fanático me decía en una ocasión, gráficamente, que si Dante, en lugar de sentarse a escribir versos, hubiera entrado a formar parte de los Millonarios, habría jugado como Pedernera. No lo dudo un solo instante”.

El fútbol atrajo a muchos escritores. Los persuadió para que exteriorizaran sus más íntimas pasiones, como Albert Camus, exportero y después escritor, quien también realizó una oda al fútbol: “Lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol”.

Estado del arte...del arte de escribir de fútbol

No son proporcionales la cantidad de textos que relacionan la literatura con el fútbol al número de ensayos, tesis o trabajos académicos que abordan este tema y que buscan entender por qué un autor ve una línea tan delgada entre estos dos

universos. Víctor Castañeda Gil, en *El fenómeno de fútbol en algunos textos literarios: clásicos y contemporáneos*, trata de explicar por qué algunos escritores decidieron ignorar el desprecio de la literatura hacia el fútbol en el siglo XIX y se arriesgaron a abordar en el tema.

Su tesis nos habla “de cómo a lo largo de la historia de la literatura, distintos autores han mostrado profundo interés por describir el fenómeno del fútbol, uno de los deportes más populares del planeta. Este aspecto lo podemos notar en textos prehispánicos como: Popol Vuh, hasta intelectuales modernos como Eduardo Galeano (uruguayo), en su libro *El fútbol a sol y sombra*. El documento hace mención de otras obras literarias cuyos personajes, o atmósferas narrativas, navegan en la descripción estética del balompié”.

Este autor expone que antes del siglo XX, los escritores, novelistas y poetas vivieron una crisis al tratar de abarcar temas que el público en general no entendía por la falta de educación. Los universos literarios algunas veces no son compatibles con los del vulgo. El periodismo, por su parte, abarcaba temas del diario vivir, cotidianos y digeribles para el lector corriente, que buscaba la verdad en asuntos relacionados con “la guerra, la vecindad, la rutina religiosa, del espacio, los mercados, los burdeles, los crímenes del narcotráfico, la industria del alcohol, la escuela... y el fútbol” (Gil Castañeda, 2009). El fútbol: ese que en el país del autor (Argentina) tiene tres ligas profesionales, cerca de cinco mil ligas aficionadas, ese fútbol que a veces se convierte en religión y por el que la frase de Eduardo Galeano cobra sentido (“¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales”).

Galeano asegura además que después de que escritores, sobre todo argentinos y uruguayos en Sudamérica, empezaran a escribir efectivamente sobre el balompié y la literatura, “vendrían los científicos sociales a medir pasiones, realizar encuestas afuera de los estadios, elaborar las leyes; a organizar historias de vida y poner estructuras metodológicas que dieran validez académica a estos productos”.

Yvette Sánchez, Catedrática de Lengua y Literatura Hispánicas y Directora del Centro Latinoamericano-Suizo de la Universidad de San Gallen, lanza una dura crítica en su ensayo *Derrotas sublimes: la literatura y el deporte rey*, el poco material académico que hay alrededor del tema, así como la necesidad de que existan más trabajos literarios completos sobre el fútbol.

“Los que nos hemos ocupado de la presencia del balompié en las letras ya nos hemos quejado bastante de las deficiencias literarias con relación al deporte rey y de la clamorosa ausencia de una novela de fútbol verdaderamente atractiva, con la excepción quizás de *La fiebre en las gradas* (1992) de Nick Hornby, que narra la historia de un hincha del Arsenal. Los literatos hispánicos, a lo largo del siglo XX, sí se apoyaron en una tradición futbolera y publicaron en formatos cortos un buen número de ensayos, cuentos, poemas, memorias, crónicas, que conviene tomar en cuenta, leer y estudiar. Pero, por lo general, se puede comprobar el fracaso de la novelística ante el apasionante espectáculo del deporte rey, cuando precisamente se esperaría de la ficción que condensara la experiencia humana y ensalzara la realidad según las necesidades de la psique. Este mecanismo de superación y sublimación de la realidad empírica parece no funcionar en el caso del fútbol, donde sufre la reputación de la ficción a la que se adscribe la capacidad de encarnar verdades y se le da cierto crédito de realidad”.

Este debate no es tan común encontrarlo en el mundo académico. No es común encontrar ensayos como los del antropólogo brasileño Roberto Da Mata. Su trabajo, *Carnavales, los pícaros y los héroes: hacia una sociología del dilema Brasileño*, muestra cómo el fútbol materializa para un brasileño ciertas nociones-patria, sociedad-destino, que de otro modo resultarían para la mayoría de la gente abstracciones esotéricas. Pero el fútbol en la cátedra, con algunas excepciones como este ensayo, es más propio del mundo de la opinión y por supuesto, del literario.

Se toma en cuenta, por ejemplo, cuando el escritor británico Rudyard Kipling en 1880 despreció al balompié y a “las almas pequeñas que pueden ser saciadas por los embarrados idiotas que lo juegan”. También la crítica de Jorge Luis Borges que aseguró que el fútbol “es el opio de los pueblos, que engaña a millones de estúpidos a los que les pone, por delante de la lucha de clases, la lucha de cuadros”. El poeta y escritor colombiano Álvaro Mutis Jaramillo también haría público su desprecio por el fútbol: “Denuncio la vergüenza del deporte. Condeno la pantomima dopada de los estadios. Moriremos víctimas de las artimañas de los traficantes del estéril ejército muscular. Nos matará un onanismo colectivo sin la gloria de un largo deseo. Dejaremos como herencia a nuestros hijos la habilidosa y ruin gracia de los futbolistas. (...) Lloraremos por nuestros hijos, nacidos bajo la sombra de los estadios, burdeles de la gloria”.

De hecho, Jorge Luis Borges, el detractor por excelencia del fútbol, fue indagado una tarde por César Luis Menotti, técnico de la selección de Argentina, sobre su odio por esta actividad: “Me llamó la atención leer en los diarios declaraciones

suyas respecto a que el fútbol era un deporte de imbéciles”. Y esto respondió Borges: “Lo que yo dije fue que tuvo excesiva importancia un juego que a mí me parece frívolo. Me suena rarísimo escuchar de la gente, frases como “hemos vencido a Holanda”. No hemos tomado Rotterdam, ni Ámsterdam, ninguna cosa patrimonio de ellos. Simplemente, once jugadores, de los cuales uno fue traído expresamente de España, les ganaron a otros once. Entonces pienso: ¿Qué importancia puede tener eso? Ya Aristóteles decía que era una metáfora decir que Grecia había vencido a Persia... Todos hablan de fútbol y pocos lo entienden en forma concreta. Entonces hacen de un triunfo o una derrota una cosa de vida o muerte... La gente vive frágilmente y, ayudada por la prensa, la radio y la televisión, quedó como alucinada”.

“En el ajedrez importa menos quien gana. Yo no sé si el fútbol le interesa a la gente como deporte o como generador del hecho de que alguien gane o de que alguien pierda. Yo pensaba seriamente en la posibilidad de crear un juego en el que no se ganara ni se perdiera. Por eso siempre me gustó la *taba*¹, que aunque mantuviera en los jugadores la idea de ganar, no trasuntaba humillación para el que perdía. Salvo que alguien piense que hay algo más noble que la derrota. Por ejemplo, si usted lee *La Ilíada*, se dará cuenta de que la simpatía por Homero no está con los griegos, sino con los troyanos, que finalmente son los vencidos. Y fíjese que, sin querer, estamos cayendo en esa vulgaridad que parece obsesionar y que es ganar o perder algo. ¿No podemos hablar de otros temas?”. Es, sin duda la de Borges, una de las posturas más extremas respecto al tema.

Por eso es menester en esta investigación analizar la reflexión del escritor peruano Mario Vargas Llosa sobre los detractores y defensores de este deporte, en su obra *El opio del pueblo*: “El fútbol es en sí un asunto serio y no hay duda de que a través de él sociedades como las nuestras se dramatizan a sí mismas, es decir se auto descubren, a la vez que hacen explícitos principios y actitudes que pasan inadvertidos en la vida cotidiana. (...) A diferencia de los intelectuales, que suelen despreciarlo, los dictadores han demostrado casi siempre una predilección particular por el fútbol. (...) La calidad del deporte del balompié está en relación inversamente proporcional con el grado de democracia que existe en el país. A más dictadura, mejor fútbol. La explicación es seguramente de otro orden. En sociedades en las que, por efecto del sistema coercitivo imperante, una serie de actividades colectivas quedan recortadas, desvirtuadas o suprimidas en el campo político, social y cultural, el fútbol canaliza esa energía, creatividad y atención

¹ Juego en el que se tira al aire una *taba* de carnero, u otro objeto similar, y se gana o se pierde según la posición en que caiga aquella. (Definición del diccionario de la RAE)

popular que no halla otros medios dónde volcarse. Pero hay otra razón para que los dictadores latinoamericanos, diestros o zurdos, traten a toda costa de aparecer como promotores y mecenas del fútbol. En nuestros países, este deporte es un instrumento de integración y de coexistencia social, uno de los pocos dominios de la experiencia humana en el que los ciudadanos del país realmente se encuentran y se sienten partes de una totalidad”.

“En países donde la inestabilidad es la norma, porque las normas son cambiadas o vulneradas a diario, el mundo del balompié es el paraíso de lo estable y lo continuo. La cancha de fútbol hace las veces de escenario donde se representan un espectáculo ejemplar de legitimidad y legalidad. Allí, en ese espacio, las reglas son siempre idénticas e inevitablemente respetadas. De otro lado, en este territorio aparte, cada cual es igual a los demás; no existen privilegios, favoritismo, las personas son juzgadas por su desempeño y no por su fortuna, su familia, sus relaciones o su raza. De este modo, la pasión de nuestros pueblos por el fútbol manifestaría, en verdad, simbólicamente-mediante una “transferencia” freudiana-una ambición profunda, colectiva, por una sociedad igualitaria y democrática, donde reinara la justicia”.

“¿Es realmente el fútbol una creación social positiva, como el trabajo? Tengo la sospecha de que se encuentra, más bien, entre los quehaceres del signo negativo, como el arte, la religión, el erotismo, y la literatura. A través de ellos, el hombre aplaca aquellas necesidades y aspiraciones que la vida en comunidad ha hecho necesario moderar o reprimir en el individuo, pues, dejadas en libertad, satisfechas y fomentadas, constituirían un gravísimo peligro para la sociedad, un seguro agente de desagregación y caos. (...) Esa negatividad ha encontrado siempre maneras de salir a la superficie -a veces muy tortuosas- desde las mazmorras en que está sepultada”.

“Un fenómeno como el fútbol en nuestros días tal vez hunda sus raíces en aquella parte maldita del fenómeno humano que estudió Bataille, siguiendo a Marcel Mauss y a Freud. Como la fiesta primitiva, en la que la tribu quemaba en un día lo que había producido en todo el año, o las sangrientas ceremonias en que se ofrecían a los dioses víctimas humanas, o las procesiones de antaño, es posible que el fútbol ofrezca al hombre contemporáneo la posibilidad de recuperar momentáneamente, en ese tiempo cíclico que es el del mito y el del espectáculo, su perdida totalidad, dando rienda suelta a esa vocación de irracionalidad, que entiende la vida como puro consumo, satisfacción irresponsable del instinto y gasto gratuito de la energía, que en la vida cotidiana le está prohibida (pues la

sociedad es el reino de la razón, de la producción, del ahorro y de la represión de los deseos)".

"Esos domingos en la tarde, en las tribunas del estadio, o con más modestia, ante las pantallas de la televisión, nos permiten sacar al aire libre, por un rato, al antropoide en taparrabos, ávido de placer y cataclismo que, pese a tantos miles de años de esfuerzos por aniquilar, sigue habitándonos".

Este fragmento es tal vez el análisis que mejor encaja con esta tesis que busca entender la conexión del fútbol y la literatura. La intención, dicho sea de paso, no es simplemente dar cuenta de la afición que siente el hombre por el fútbol. Es una cuestión más de fondo que lógicamente implica analizar toda una serie de factores psicológicos, emocionales y culturales. El punto está en que, al ser dos fenómenos profundamente humanos, fútbol y literatura pueden estar ligados. En efecto, Vargas Llosa relaciona el fútbol con la vida misma del ser humano, así como con factores sociales, políticos y económicos del hombre. Y eso hace, por ende, que se convierta en material rico para escritores y literatos.

Por eso es más numerosa la literatura que venera el fútbol. Pablo Neruda escribiría el poema *Los jugadores*, sobre la solemnidad del fútbol y lo que éste representa a nivel de una nación y de su gente. Gabriel García Márquez, primero incrédulo, aseguraría después de un partido entre Júnior y Millonarios que "no creo haber perdido nada con este irrevocable ingreso que hoy hago públicamente a la santa hermandad de los hinchas. Lo único que deseo, ahora, es convertir a alguien".

Y gran número de escritores a lo largo de sus carreras reconocieron ser hinchas y sellar su palabra con tinta. Como el poeta gaditano Rafael Alberti, el poeta español Miguel Hernández, los novelistas españoles Miguel Delibes y Manuel Vázquez Montalbán, Juan Carlos Onetti, Jorge Amado, Augusto Roa Bastos, los argentinos Ernesto Sábato y Leopoldo Marechal, los brasileños Vinicius de Moraes y Rubem Fonseca, los peruanos Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce Echenique.

También se atrevieron hombres del fútbol, más que de la literatura. Como Francisco Maturana, extécnico de la selección de Colombia, quien escribió esto para el prólogo de *Sueños a la redonda o el fútbol en la literatura y las artes*, editado por el escritor colombiano Gonzalo Medina Pérez: "A medida que tenemos acceso al conocimiento, nos interesamos más con los Sorianos, Galeanos, Benedettis, Fontanarrosas, Delibes, Celas, Durás, y muchos otros que entran en escena a dignificar con su lenguaje la forma en que se discute el fútbol. Más que entrar en escena, se diría que se advierte su presencia de siempre; y es ahí

cuando complacidos comprendemos cómo este distanciamiento, que en ocasiones se ha mostrado, tiene en la trinchera del frente la presencia y militancia de intelectuales de talla, que ayudan a descubrir el valor que históricamente ha tenido como un dato de identidad colectiva. Ahí comprendemos que la historia existe, que los gustos populares existen, y sobre todo que existe un punto de confluencia donde se encuentra una esquina de un barrio, una ciudad, un país, un continente, en cualquier momento, en un torneo o partido de fútbol, y extraordinariamente el universo entero de cada cuatro años (...) La relación de este fenómeno con múltiples manifestaciones artísticas como la pintura, la escultura, la literatura, la música”.

La relación entre fútbol y literatura tampoco es esquiva para los mundos de las críticas de medios de comunicación en contra o a favor de textos de literatura sobre fútbol. Por ejemplo, el periodista Gonzalo Medina, en su prólogo de *Sueños a la redonda o el fútbol en la literatura y las artes*, explica a su manera las contradicciones. “Mientras hay quien asume el fútbol como algo que ‘me salva de la desgracia humana’, no falta el que eche mano de la prosa y la poesía para destacar la inspiración y la lírica presentes, por ejemplo, en el fútbol brasileño, en oposición al que se practica en Europa. Irrumpe también aquel que lanza su grito de protesta contra los apologistas de la guerra, disfrazados de técnicos y empecinados en querer desatarla entre los chicos que buscan divertirse corriendo tras un balón”.

Los medios también están involucrados en esta relación, bien sea para contradecirla. La revista Babel alguna vez fue mordaz con “*Rebeldes, soñadores y fugitivos*”, libro de cuentos escrito por el periodista y escritor argentino Osvaldo Soriano, cuando aseguró que el texto tenía una “negación temática en la literatura argentina, huyó de lo popular, que muchos autores entienden como populismo. El fútbol fue siempre marginado por la crítica pero no por los lectores. Estados Unidos no tuvo este problema. Paul Auster y Don De Lillio escribieron sobre béisbol y no escandalizaron a nadie”.

Tampoco la relación es esquiva para los debates. Uno de los más grandes se realizó en el preludio del Mundial de Fútbol de Alemania 2006 y fue llamado *El Mundial Literario*. En enero de ese año se reunieron en Berlín 13 escritores (el español Javier Marías, los suecos Henning Mankell y Per Olov Enquist, el húngaro Peter Esterházy, el polaco Ryszard Kapuscinski, el italiano Ugo Ricarrelli, el suizo Thomas Hürlimann, el inglés Tim Parks, el ruso Viktor Jerofejew, el coreano Whang Chi-Woo, el austríaco Franzobel, el alemán Burkhard Spinnenel y la camerunesa-francesa Calixte Beyala) para analizar la compatibilidad entre fútbol y

literatura, para analizar los rituales, la pasión, el simbolismo y otros elementos que comparten ambos mundos.

Una de las cuestiones que se trató allí fue precisamente la discusión sobre la capacidad que tiene el fútbol para superar los límites y conflictos, hasta el punto de reconciliar enemistades. El punto era, en definitiva, lograr encuadrar al fútbol como un componente esencial del acervo cultural de los países, cuestión que lo unía de alguna manera con la literatura.

En conclusión, lo que queda claro es que el tono que utilizan las tesis, ensayos, críticas de medios y debates públicos, tienen un tinte polémico, que tiende a contradecir autores y teorías. Como pasa en el mundo literario y también en el futbolero, las posiciones encontradas siempre estarán a la orden del día y propiciarán un debate que puede llegar a no acabar nunca. Pero el solo hecho de que se plantee este tema –el de la relación literatura y fútbol– como un fenómeno digno de ser estudiado, ya es un paso adelante para encontrar respuestas cada vez más acertadas para entender no solo este tema, sino también, y sobre todo, lo más esencial e íntimo del comportamiento humano.

1. Justificación

La presente investigación es de gran relevancia, sobre todo, para los periodistas deportivos en Colombia. Es importante porque la literatura, y en concreto los escritores que escriben sobre fútbol, no conciben este deporte como una mera actividad física sino como un fenómeno social que como tal debe ser conocido, entendido y transmitido. Un periodista, locutor o narrador, no debe ignorar la esencia del fútbol, de dónde provienen sus protagonistas, qué produce en el diario vivir de los hinchas más acérrimos, cuáles son los colores y olores de un estadio. En fin, todas esas costumbres e historias viscerales que deben ser más importantes que un simple resultado en el marcador que es lo que por ahora prefieren publicar los medios de comunicación.

Como dice el exjugador argentino Jorge Valdano en el prólogo del libro *Viaje al corazón del fútbol*: “El fútbol empieza a ser una mentira muy bien contada por los medios de comunicación”. Los elementos que la literatura utiliza para temas de fútbol nos servirán para aprender y poner en práctica esas costumbres más fieles de la literatura en el periodismo deportivo que tanto quisiéramos ejercer en un futuro. Los medios de comunicación que cubren deportes han olvidado las costumbres literarias de tratar la faceta humana del fútbol y lo han sustituido por el

cubrimiento diario de resultados sin profundidad, entrevistas de actualidad que producen un libreto unificado y pobre de respuestas de los futbolistas y entrenadores.

El cuento *19 de diciembre de 1971*, de Roberto Fontanarrosa, es un gran ejemplo que deben tomar las nuevas generaciones de periodistas deportivos. El texto se refiere a una semifinal que en tal fecha disputaron Rosario Central y Newell's, (clásico rosarino), compromiso en el que hubo solo un gol. El autor olvidó el resultado y prefirió contar la peripecia de unos hinchas de Central tras la victoria y la tragedia de un viejo apasionado con problemas cardiacos. El resultado de aquel día sólo pasó a la posteridad por la historia de Fontanarrosa y aún hoy se recuerda cada vez que se juega un nuevo clásico rosarino.

Por eso en esta investigación recurrimos a la entrevista como género, a los diálogos con autores de contenidos literarios sobre el fútbol para conocer tales elementos que el periodismo deportivo está olvidando y por qué razón se han motivado a relacionar al fútbol con la literatura. La entrevista en sus diferentes formatos: con tinte de crónica y elementos del reportaje, así como el fiel formato testimonial, cuyo objetivo radica en suprimir lo menos posible las declaraciones del entrevistado, como finalmente se publicó *Relato de un Náufrago* de Gabriel García Márquez.

Porque eso es lo primordial de esta tesis: saber qué piensan estos autores antes de intentar relacionar el fútbol con la literatura en sus obras y encontrar por qué lo hacen, por qué Vinicius de Moraes compuso un poema sobre las piernas torcidas de Garrincha y lo convirtió en canción, por qué la imagen de Diego Maradona no morirá nunca gracias al cineasta Marcos Rigi y director de *La Mano de Dios*, o por qué simplemente hay más letras que goles. Identificar cuál fue el momento, el gol, el equipo o la razón por la que se declararon obsesionados por el fútbol y decidieron mezclarlo con letras. Por qué autores pasan más tiempo pensando en el fútbol que preocupados por el bienestar de su familia. Por qué el escritor mexicano Juan Villoro decidió un día colarse en la hinchada de River Plate durante un súper clásico argentino contra Boca Juniors para indagar las costumbres de los barras bravas o averiguar simplemente si sobreviviría.

De la importancia que le han dedicado escritores al fútbol han salido frases como "El goleador es siempre el mejor poeta del año", de Pier Paolo Pasolini. "A todos los que conversan sobre fútbol, una materia que se amolda como los juguetes", de Juan Cruz, en la dedicatoria de su libro *Viaje al corazón del fútbol*. "Es lo que ocurre con la literatura futbolística, que tiende a prescindir de lo obvio, es decir, del

balón, y prefiere explorar la pasión de quienes lo manejan y de quienes extraen de él su felicidad o su miseria”, de Enric González.

Los escritores pasan horas relacionando al fútbol con la literatura y la máxima expresión de esa idea la representa la selección ideal fútbol-literatura que propuso Villoro en la Revista Digital Universitaria: Camus de portero, Dostoievski y Tolstoi como centrales, Hemingway y Faulkner en el puesto de carrileros, Borges para recuperar balones e ideas ajenas, Cervantes en funciones de organizador, Nabokov como enlace ofensivo versátil, Kafka y Calvino de extremos y Chejov como delantero artífice de brevedades.

Cada autor tiene su historia, su primer impacto con el fútbol, el comienzo de la relación fútbol-vida. Por eso la entrevista es la mejor forma de escudriñar sus pasados.

En el fútbol existen muchas teorías sobre muchas cosas. Una de ellas es la que pretende descifrar cómo lograr abrir una defensa cerrada que impide por todos los medios que el equipo contrario logre su objetivo primordial: llegar al gol. El más común de los axiomas dice que a las defensas cerradas hay que atacarlas por los costados. Eso, en el papel, siempre ha sonado lógico. Pero el fútbol, como la literatura, como la vida, no es una ciencia exacta. Por eso hay que hacer como los grandes genios del balón, que no se conforman.

1.1 La entrevista como medio para llegar al gol

La entrevista será nuestro medio y fin para concluir por qué los autores escriben sobre fútbol. ¿Qué hay en sus cabezas al momento de vincular al fútbol en sus trabajos literarios? La entrevista nos ayudará a develarlo, pero antes es necesario conocer a fondo este género periodístico.

Para Juan Cantavella la entrevista es “la conversación entre el periodista y una o varias personas, con fines informativos y que se trasmite a los lectores como tal diálogo, en estilo directo o indirecto” (Cantavella Blasco, 1996).

Para Begoña Echevarría Llombart, la entrevista “también puede ser una ventana abierta para que el lector descubra la personalidad, la parte íntima y privada de los personajes que están en el candelerero (...) La entrevista se puede presentar también como un juego, un *test* psicológico que presenta un retrato inacabado, irónico, cómico del personaje y de cuya intencionalidad lúcida disfrutaban los entrevistados y los lectores” (Echevarría Llombart, 2002).

El hecho de que una buena entrevista sugiera, antes que nada, una buena conversación, no significa que se trate de algo espontáneo y sin preparación previa. “No es cierto que no haya reglas para conversar, en la conversación hay unas reglas, o más que reglas, unos principios del uso del lenguaje”, diría David Vidal. Liliana Gutiérrez, en “La entrevista o el arte de saber preguntar”, nos recomienda investigar sobre el personaje que se va a entrevistar para evitar “preguntar un montón de tonterías que dejan al periodista como un ignorante ante los ojos del público” (Gutiérrez, 2005). Durante la entrevista, es necesario aplicar el cuestionario, aunque sin olvidarse de contra preguntar: Estar atento para hacer contra preguntas y preguntas adicionales. Adicional a esto, es importante tomar apuntes clave y grabar la entrevista, para luego editar: agrupar preguntas y eliminar lo menos preponderante. De hecho –dice Gutiérrez– es el medio escrito, como esta investigación, en el que se pueden aprovechar mejor las entrevistas.

Nos dice Jorge Halperín que “en todos los tipos de entrevistas hay un juego de confrontación, pero este juego alcanza su punto máximo en las entrevistas de personaje y las de declaraciones. En éstas se da un abordaje a la intimidad del entrevistado, a su manera de pensar, a sus razones ocultas, sus debilidades, sus obsesiones y contradicciones” (Halperín, 1995). Esto es lo que se pretende con este trabajo: lograr descifrar lo que hay dentro de un escritor para que éste se sienta movido a escribir sobre fútbol, a desplegar su capacidad creativa y literaria en un tema que para tantos es indigno de ser mezclado con algo tan elevado como la literatura.

“En general, el periodista y el entrevistado tienen intereses distintos y, a veces, muy poco convergentes. Por eso, la construcción del diálogo se vuelve un trabajo elevadamente artesanal” (Halperín, 1995). En el caso de este compendio podremos encontrar una diferencia con respecto a lo que dice el mismo Halperín, porque en nuestro caso concreto tanto entrevistado como entrevistador tienen un interés común por lograr encontrar esas respuestas interiores que llevan a alguien a escribir sobre fútbol. En ese sentido, lo que se quiere es llegar al fondo mismo de la inspiración del personaje. En definitiva, es tratar de encontrar y de desvelar juntos, periodista y entrevistado, lo más profundo de esas dos pasiones que alguna vez llegaron a unirse: la literatura y el fútbol. Esas características hacen que los entrevistados-según Halperín- sean de un mismo tipo: representativos de algo y valiosos por sus ideas. Por esas virtudes los abordaremos.

El mismo Halperín recomienda realizar una serie de preguntas como guía con una previa investigación sobre el personaje, pero esto no impedirá que haya un tono de espontaneidad e intimidad. Por eso es menester que “el periodista entable una

conversación con su entrevistado, cuyo rumbo está marcado por las respuestas recibidas, pero dando como resultado un discurso mucho más parecido al de la conversación corriente, o la charla cotidiana” (Depretis, 2008).

Hay otros autores que nos sugieren no optar por la entrevista en un contenido periodístico. Y como toda justificación es bueno analizar las posibles características inoficiosas para no caer en una oda al género. Gabriel García Márquez, en el libro de sus memorias (“*Vivir para contarla*”), asegura que la entrevista “es un género de ficción peligroso para escritores tímidos que no quieren decir más de lo que deben”. Este género tiene el riesgo de limitar la imaginación del entrevistador, de limitarse a las finales respuestas del entrevistado y evadir la responsabilidad descriptiva e interpretativa.

La periodista colombiana Cecilia Orozco, una de las mejores entrevistadoras del país, asegura en una entrevista con Jesús Torres en una investigación de Liliana Gutiérrez, que “de diez entrevistas que se publican en los diversos medios, sólo dos o tres merecen su nombre”. Y añade: “Existe un abismo entre las grandes entrevistas realizadas por personajes de la talla de Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio y otros que los sucedieron, y las entrevistas cotidianas que llenan actualmente los espacios en los medios. Las entrevistas publicadas no siempre son buenas piezas periodísticas, ni son necesarias para una información completa. La banalización de los contenidos en los medios ha provocado también la trivialización de la entrevista”.

El periodista español Miguel Ángel Bastenier bien hace en explicar que la entrevista no es falsa pero, “en sentido estricto, lo que la gente habla no se entiende y lo que publicamos en realidad no se ha dicho nunca. El diálogo real con un personaje, la grabación misma, es impresentable” (Bastenier 2001). Bastenier sugiere que la entrevista es incompleta cuando es publicada en el formato pregunta-respuesta, pues él prefiere las que son escritas de forma romanceada y temática, que se acerca más a la entrevista como reportaje, en la que el periodista se debate entre la interpretación y las declaraciones del entrevistado.

Los diferentes formatos de presentar la entrevista los explica el mismo Bastenier, en su libro “Cómo se escribe un periódico”. Las dos modalidades principales de la entrevista son: pregunta-respuesta, que no necesita mayor explicación, y puede hacerse con entradilla (presentación o lead) o sin ella, aunque prefiero la primera fórmula, y lo que llamo “romanceada”, en la que el periodista describe ambiente y personaje, es él quien nos cuenta lo que le ha dicho la persona entrevistada, y sólo cuando lo considera necesario entrecomilla algunas de sus declaraciones”.

“Una entrevista es siempre una auscultación, una interpretación del personaje por medio, en gran parte, del diálogo, y si es realmente buena ha de tener bastante de análisis y de perfil. ¿Qué mejor biografía que una entrevista donde el personaje diga lo que no estaba seguro de querer decir, y tenga que convencer al periodista de que lo que dice es verdad?”, dice Bastenier.

Hay una tercera forma: la entrevista testimonial. El periodista realiza una lista de preguntas que le permita escribir un texto en primera persona del entrevistado. El mismo Gabriel García Márquez, detractor de la entrevista durante su carrera, aprovecha las múltiples conversaciones con Luis Alejandro Velasco para publicar *Relato de un Náufrago*, un texto testimonial y adaptado, con elementos descriptivos e interpretativos de García Márquez. Y no se descarta que ese género, la entrevista testimonial, sea usado en este trabajo que busca ahondar en ese vínculo delgado entre el fútbol y la literatura.

Más allá de cuál sea la presentación final de la entrevista, lo importante –según Bastenier– es “no traicionar el sentido de lo que nos dijo el entrevistado, ni poner en su boca expresiones que no pronunció. Pero, de igual forma, el periodista no está obligado tampoco a ninguna literalidad, sino que debe hacer corte y confección con las respuestas”.

En este trabajo que busca encontrar la razón oculta del porqué varias personas encuentran tan similares los universos del fútbol y la literatura. Para eso, para explicar las razones, para interpretar las pasiones de los entrevistados y buscar una sola causa si la hay, la entrevista como la de reportaje y testimonial ayudará a resolverlo.

“La entrevista es, entonces, el arte del vínculo”, concluye Halperín.

En esa frase se resume la explicación de por qué se ha escogido la entrevista para realizar este trabajo: porque, como ningún otro, permite adentrarse en las motivaciones de las personas y entender el porqué de sus actuaciones. Este compendio no se propone nada más que eso: entender, aunque sea un poco más, ese vínculo, siempre tan misterioso, entre literatura y fútbol, que se encarna en aquella persona que alguna vez soñó con marcar un gol y cumplió ese sueño el día en que decidió escribirlo.

1.2 Los elegidos

El equilibrio es un concepto que se ha puesto de moda últimamente en el fútbol mundial, y es utilizado para manifestar la necesidad que tienen los equipos de

tener un balance justo entre los jugadores que tienen funciones de ataque y los que deben concentrarse en defender. De la misma forma, este compendio de entrevistas reúne diez nombres que podrían ser inicialistas en cualquier equipo, y que a nuestro entender combinan muy bien juntos y nos pueden dar ese juego vistoso y profundo que tanto buscamos, evidentemente, sin descuidar la retaguardia. He aquí los titulares escogidos para este partido literario-futbolístico:

Ricardo Silva Romero (Colombia). Novela

Literato, autor de diversos relatos entre los que se cuenta *Autogol*, una novela protagonizada por un relator deportivo y que gira en torno al asesinato del futbolista Andrés Escobar, el 2 de julio de 1994, tras marcar un gol en propia puerta durante un partido de su selección en el Mundial de Estados Unidos 1994.

Álvaro Perea (Colombia). Cuento

Libretista y documentalista. Es autor de diversos cuentos sobre fútbol, entre ellos *Todos los que amamos el fútbol somos iguales*, un relato con tintes autobiográficos que versa sobre cómo el deporte más popular del mundo está ligado estrechamente con los procesos vitales de las personas y las sociedades en las que viven.

Walter Saavedra. (Argentina). Poesía

Relator y periodista deportivo. Es autor de *Nunca jamás*, uno de los poemas sobre fútbol más afamados del habla hispana, por la sentida descripción que hace de la relación entre el fútbol y la vida.

Jorge Barraza (Argentina). Crónica

Periodista. Director de la Revista de la Confederación Suramericana de Fútbol desde su creación en 1989. Dictó el único taller sobre periodismo deportivo en la Fundación Nuevo Periodismo, invitado especialmente por Gabriel García Márquez. Sus crónicas y reportajes sobre fútbol son tan numerosos como dilatada es su carrera detrás de la pelota.

Washington Cucurto (Argentina). Poesía

Washington Cucurto es el seudónimo de Santiago Vega, relator y editor literario. Es autor de un sinnúmero de poemas que versan sobre fútbol, entre los que se destacan *poema al Coco Basile* y *Entre Hombres*.

Jorge Valdano (Argentina). Relatos cortos

Una de las grandes autoridades a la hora de hablar y escribir sobre fútbol, más cuando conoce todos los roles necesarios para plasmar las vivencias sobre el balompié: fue jugador, director técnico, directivo y ahora se dedica a las letras. Sus relatos –reflexiones y memorias sobre el balón- han sido recopilados en varios libros, el último de ellos titulado *El miedo escénico y otras hierbas*.

Fernando Araujo Vélez (Colombia). Novela

Autor de *Pena Máxima (1994)*, otrora editor deportivo de la revista Cromos y director del Magazine del diario El Espectador, Fernando Araujo cautiva a sus lectores por su forma de narrar y por su forma romántica de ver el fútbol. Por eso hubo un espacio para sus letras en *El Fútbol se lee*.

Quique Wolff (Argentina). Crónicas

El fútbol es su contexto, su karma y pasión. Fue jugador de Real Madrid y River Plate en los 70 y periodista desde 1982. Hace 21 años presenta *Simplemente fútbol*, la mayoría de ellos en ESPN. Pero también ha publicado libros de su biografía, textos sobre paradojas de la vida y el fútbol, y está próximo a lanzar un libro sobre las entrevistas que ha realizado a figuras de la talla de Maradona, Ronaldinho, Ronaldo, entre otros.

Héctor Abad Faciolince (Colombia). Novelas

Escribió “Delicias de la derrota”, un capítulo del libro *Sueños a la Redonda*, de Gonzalo Medina. También ha escrito ocasionalmente en su columna dominical de El Espectador sobre anécdotas del equipo que seguía de niño (Independiente Medellín). Sin embargo, a pesar de intentar mezclar la literatura con el fútbol, dice que en este momento le interesa poco o nada este deporte.

John Carlin (Reino Unido). Reportajes

Escritor y periodista. Autor del afamado libro *Playing the Enemy*, que inspiró la película *Invictus*. Escribió varios libros sobre fútbol, entre los que se destaca *Ángeles blancos*.

Una vez aclarada la alineación titular, no queda nada más sino dejar que ruede el balón. Aquí no habrá ganadores ni perdedores, aquí lo único que importa es que haya gritos de gol. Esperamos que el lector, tanto como los autores, disfruten de este maravilloso partido, el mejor que hemos jugado en nuestras vidas.

Para terminar este discurso introductorio, sirva volver a traer a colación a Eduardo Galeano, uno que entendió como pocos el papel que pueden llegar a jugar la literatura y el fútbol en nuestras vidas.

“Hay intelectuales que niegan sentimientos que no son capaces de experimentar ni, en consecuencia, de compartir: sólo podrían referirse al fútbol con una mueca de disgusto, asco e indignación. No es menos típica la búsqueda de chivos expiatorios para justificar la propia impotencia, y el fútbol es ideal en ese sentido; está allí, tan a mano del intelectual como de cualquiera, sin ganas ni necesidad de defenderse: el fútbol es, pues, cómodamente, señalado con el dedo índice como la causa primera y última de todos los males, el culpable de la ignorancia y la resignación de las masas populares en el Río de La Plata”.

“La miseria no está escrita en los astros, suele pensar el intelectual de izquierda, pero sí en el tablero del estadio donde se marcan los goles: si no fuera por el fútbol, el proletariado adquiriría su necesaria conciencia de clase y la revolución estallaría.”, escribió el uruguayo en ‘Su Majestad el fútbol’. Galeano termina cuestionándose a sí mismo, y de paso a todos los que amamos el balompié: “¿Desahogo de una agresividad reprimida en el curso de la semana? ¿Merece uno el sillón del psicoanalista? O bien, ¿se ha sumado uno a las fuerzas de la contrarrevolución?”

La respuesta, seguramente, va mucho más allá del sí o el no. Pero el primer gran paso será siempre ser capaz de hacerse esas preguntas.

Una Iliada con alcance universal

“Una novela nunca podrá competir con el intenso drama en directo que es un partido de fútbol”

John Carlin

Por Luis Miguel Bravo Álvarez

Defensa central. Es lo primero que se me viene a la cabeza cuando lo veo caminando hacia mí. Uno de esos ingleses inmensos que se ven todos los fines de semana en la Liga Premier. Alto, ancho de espaldas, de barba hirsuta, intimidaría sin problema a cualquier delantero.

Su personalidad da cuenta de la extraña mezcla cultural que converge en él. De padre escocés y madre española; nacido en Londres y criado en Argentina, hincha del Manchester United, habla perfectamente el español con un acento marcadamente hispánico. Es serio y flemático, como buen británico, pero cuando habla puede llegar a ser tan vehemente como cualquier gallego.

Nuestra conversación se desarrolla en una mañana de domingo en pleno centro de Bogotá, donde John Carlin ha venido para presidir una serie de conferencias sobre el proceso de paz en Sudáfrica, país que conoce como pocos porque es amigo personal de Mandela. De ahí surgió su libro “Playing the Enemy”, que inspiró la afamada película “Invictus”.

Carlin pide un café doble y me pregunta si deseo beber algo. Agobiado al no esperar semejante generosidad, no puedo sino contestar con una negativa. Él insiste, pero tan apenado estoy que me ratifico en mi posición. Hasta el día de hoy me arrepiento de ello porque quizá nunca más podré presumir de que un amigo de Nelson Mandela me ofreció tomar café a costa de su bolsillo.

“¿Acá se puede fumar?”, le pregunta Carlin al dependiente. Ante la respuesta negativa profiere un inmediato “joder” en señal de molestia. Rápidamente vamos a sentarnos y descubrimos que hay una mesa justo debajo de un árbol que oculta a los clientes que la eligen. “Vamos allá, necesito fumarme un cigarrillo”, me dice.

“Para algunas cosas, los colombianos sois más talibanes que ningún otro ciudadano de otro país”, dice Carlin -mientras prende su cigarro-, haciendo referencia a la prohibición de fumar incluso en sitios abiertos. Tímidamente le doy la razón y paso rápidamente a explicarle de qué se trata la entrevista. Desde que nos saludamos, hace unos 10 minutos, Carlin ha insistido en que él no es un teórico del fútbol ni nada que se le parezca, por lo que no debo esperar de él ni frases grandilocuentes ni eruditas explicaciones. La otra condición que pone es que la entrevista no se puede extender más de cuarenta minutos porque no se quiere perder el partido del Barcelona. Cuando esa cláusula queda acordada, no tiene ningún problema en entrar en confianza.

“Mi padre es escocés e hincha del Celtic. Cuando chico viví en Argentina, que posiblemente es el país en donde más afición al fútbol hay en el mundo. Con esos dos presupuestos, habría sido alguien muy raro si no me hubiera gustado el fútbol. Yo jugaba todos los días en el patio del colegio, a pesar de que nunca fui muy bueno, y después me viajé a Inglaterra a los 10 años y me hice hincha del Manchester United porque mi padre también lo era. El viejo quería al Manchester porque el técnico de entonces (Matt Busby) y Denis Law eran escoceses. Entonces, había un vínculo histórico ente Celtic y Manchester United. Después seguí el proceso normal de todos los demás futboleros”.

Despreciar el balón: esnobismo puro

Una de las cosas que sorprende de John Carlin es su rapidez para responder. Cuando la pregunta aún está inconclusa, él ya está empezando a lanzar la respuesta. Pero este gesto no da cuenta de alguien acelerado o con prisas. Más bien muestra que el tema tratado es algo sobre lo que él ha pensado antes y no necesita reflexionar mucho para responder.

Eso pasa en concreto cuando se le pregunta las razones por las cuales hay un sector entre esos que se conocen como intelectuales que desprecian el fútbol. Para Carlin, cada quien es libre de disfrutar o no del fútbol como deporte. Pero despreciarlo y desconocer su papel en la sociedad y en la cultura no es más que soberbia.

“Hay un esnobismo claro, lo veo con esos intelectuales de izquierda que no se dan cuenta de que al adoptar esa posición desdeñosa y un poco snob hacia el fútbol, están despreciando a la mayor parte de la especie humana. Lo que está claro, más allá de temas domésticos o familiares, es que el fútbol es el gran tema de conversación mundial. No creo que haya ningún otro tema en el que los seres humanos inviertan más horas de conversación que en el fútbol”.

Por sus años de crianza en Argentina, Carlin conoce perfectamente la importancia de Jorge Luis Borges como escritor y como creador de opinión pública. Sin embargo, a diferencia de los futboleros argentinos, este británico no tiene ningún problema en irse lanza en ristre contra quien quizá haya sido el principal detractor del fútbol en la historia de este deporte.

“Evidentemente Borges padeció de prejuicios basados en el poco conocimiento sobre el fútbol. Está claro que sobre este tema era ignorante y decidió con un lamentable esnobismo descartar algo que fascina a por lo menos la mitad del planeta Tierra. Quizá Borges no se dio cuenta nunca de que el fútbol es una metáfora de la vida: en un partido de fútbol puedes ver todos los atributos morales negativos y positivos del ser humano, del mismo modo que lo ves en la *Ilíada* de Homero. Cuando estás viendo un partido, en tu interior se da un proceso paralelo del que quizás no te das cuenta: A través de la asociación con los jugadores estás definiendo tu identidad moral. Si tú eres un admirador de Cristiano Ronaldo, eso dice ciertas cosas de ti, si tu ídolo es Sergio Ramos o Mourinho o Guardiola, dice otras. De cierto modo la gente define su identidad moral a través del fútbol. Eso puede sonar un poco pretencioso pero yo creo que es verdad, por supuesto que es más importante el trato cotidiano con la gente, pero sí creo que hay una conexión entre una cosa y otra”.

“Lo que hace al fútbol más grande aún es que no te da solo una identidad individual sino también colectiva. Mira, afortunadamente Colombia no ha estado en guerra con otro país -que esté en guerra consigo misma es otro asunto- entonces no sé si ustedes hayan tenido ese sentimiento patriótico que hay cuando se hacen guerra contra otros, pero creo realmente que el fútbol está muy cerca de ese nivel. Cuando Francia ganó el mundial en 1998, la avenida de *Champs-Élysées* estaba absolutamente repleta de gente, no creo exagerar si digo que fue el día de más orgullo nacional desde la liberación de París en 1944. El día más feliz de la historia de Sudáfrica, casi seguro, fue el día de esa final de rugby en 1995 -la que inspiró *Invictus*- porque es el mismo concepto, el deporte como factor unificador que te inflama esos sentimientos. En el día a día de tu vida, en los problemas que tienes o en las cosas que haces, el hecho de ser colombiano no incide en tu vida, es algo bastante abstracto, por eso es en estos grandes eventos deportivos cuando tomas conciencia de pertenecer a una nación, a algo colectivo.

Democracia sin necesidad de votos

Desde el más lujoso estadio de Europa hasta el potrero más descuidado de Sudamérica, pasando por las exóticas canchas de Asia y las selvas africanas. En

todas partes se puede practicar el fútbol. Para Carlin, esto va mucho más allá de la simple extensión geográfica.

“Una cosa que me gusta del fútbol es que es muy democrático. A diferencia de otros deportes, en éste no importa que seas bajito, grande, incluso gordo, todos pueden jugar; pero también como tema de conversación es democrático, porque yo he estado en estadios en África con 40 mil personas en los que no solo era el único blanco sino probablemente la única persona que fue a la universidad, pero cuando se ponen a hablar de fútbol te das cuenta de que tienen el mismo nivel de cultura y de conocimiento y de análisis que cualquiera que haya tenido la suerte de haber tenido una educación más avanzada. Eso me encanta. Un filósofo y un señor de 60 años de Malí, que nunca aprendió a leer, pueden sentarse a ver fútbol juntos y el nivel de análisis de los comentarios con casi toda seguridad va a estar muy equilibrado. Eso es muy bonito”.

África. Pocos europeos conocen como Carlin la situación política y social del continente africano. Problemas, revoluciones, pobreza. Tantas cosas que se leen en la prensa y que pareciera ser la única realidad de los vecinos de Europa. Pero no, Carlin, a diferencia de muchos, conoce las bondades de los africanos, las cosas positivas que tienen. Cuando habla de ellos se nota que lo hace con particular cariño. Sus más profundas vivencias sobre el papel que puede jugar el fútbol en una sociedad las ha tenido allí. Se contenta con mencionar una para mostrar el alcance que puede llegar a tener el sokker (fútbol en afrikaans).

“Durante la época en que estaba escribiendo mi libro “Ángeles Blancos”, sobre el Real Madrid en la época ‘galáctica’, estuve en Kenia haciendo un reportaje sobre los intentos por encontrar una vacuna contra el SIDA. Un día estaba yendo en una camioneta con otras 12 personas. En ese momento el Real Madrid acababa de despedir a su entrenador Vicente del Bosque. Allí nadie sabía quién era yo, era un tipo blanco sentado atrás. El caso es que voy en este vehículo y, de repente, alguien empieza a hablar del Real Madrid, y yo pensé: ‘qué bueno, puedo aportar algo a la conversación y hacerme amigo de esta gente’. Entonces alguien se cuestionó sobre las razones por las cuales habían despedido a Del Bosque, y de lo que me entero en poco tiempo es que esta gente no solo tenía opiniones inteligentes e informadas sobre el tema, sino que conocían los nombres de los miembros de la junta directiva del Real Madrid y de los pleitos internos que ellos decían que había entre Florentino Pérez y otros. Tenían un grado de conocimiento tan increíble, que yo decidí callarme la boca porque no tenía nada que aportarle a esa conversación aunque fuera a escribir un libro sobre el tema, y esto es algo que me encanta”.

Carlin, sin ningún tipo de dudas en su argumentación, continúa: “El fútbol es el lenguaje universal, no importa la raza, la religión, la ideología, la capa social, es algo que une a todo el mundo. Yo digo que hay una gran tribu futbolera que es la gran tribu mundial, y dentro de ella hay otras pequeñas tribus que son Boca, River, Real Madrid, Barcelona, Rangers, Celtic, etcétera, y hay algo fantásticamente unificador allí. Otro ejemplo lo encontramos en la gente que quizá es la más hostil del mundo: los terroristas palestinos y los ultra ortodoxos judíos. Hay una cosa que les une y es que ambos comparten afición por el Manchester United. En Israel hay un club de aficionados del Manchester United y sé que parte de ese grupo terrorista que se dedicaba a suicidarse en buses llenos de niños israelíes tenía como su gran pasión al Manchester United. Esto es lo que me entusiasma del fútbol como fenómeno: que puede unir a las personas más dispares”.

Ese factor unificador del fútbol es un tema muy tratado y analizado a lo largo de la historia. La gran pregunta, que sigue sin resolverse del todo, es por qué lo hace. Carlin tiene su propia teoría al respecto.

“Algo que no se puede pasar por alto es que el fútbol no es el único deporte que logra todo eso. La diferencia es que el fútbol tiene más gente, es una cuestión de números. Yo no sé casi nada de béisbol, baloncesto o fútbol americano, pero respeto a la gente que gusta de esos deportes y seguramente ellos tienen una relación emocional muy parecida a la que yo tengo con el fútbol. Pero si la cuestión es por qué el fútbol es el gran fenómeno social y deportivo del mundo, creo que es por ese carácter democrático que decía antes: haces una portería con un par de piedras y un rollo con bolsas de plástico y tienes un balón, da igual que estés descalzo o no, puedes jugar en la playa, en la calle, en todos lados; tus condiciones físicas dan igual”.

“Volviendo al tema del fútbol como metáfora de la vida, creo que el fútbol lo logra como ningún otro deporte porque es el que permite un mayor grado de injusticia, al igual que la vida, que es injusta. No conozco ningún otro deporte en el que después de un partido se discuta más sobre cuál de los dos equipos mereció ganar. Tú ves una final de Wimbledon entre Nadal y Federer y gana uno de los dos y se acabó. No nos pasamos días hablando sobre quién lo mereció más. En el fútbol en cambio hay un factor de azar muy grande debido en gran parte al enorme poder que se le da al árbitro. Hay una contradicción enorme entre el poder casi divino que se le otorga al árbitro y la posibilidad de que falle porque es humano. Los árbitros cometen errores todo el tiempo y los asistentes también: una mano no vista, o el fuera de juego o el penalti. Esa polémica te da más tema de conversación y se asemeja un poco más a la vida, en la cual lamentablemente los

que merecen ser felices o triunfadores no siempre lo son. La vida no te da lo que te mereces y hay cosas que están fuera de tu control que deciden tu destino, y en cierto modo eso es la figura del árbitro, que es más especial en el fútbol porque hay más elementos en los que se puede equivocar.

También hay algo fundamentalmente antinatural en el fútbol y es que se juega con los pies. Lo normal es usar las manos, las tenemos para hacer cosas con ellas; ahí hay un factor menos de control, estoy especulando y quizá diciendo tonterías, pero yo creo que el hecho de que se utilicen los pies, algo que no es tan obvio biológicamente, quizá también le agrega un poco de ese factor de imprevisibilidad al fútbol que lo hace tan especial”.

Un matrimonio factible, pero con condiciones

Quizá la obra más conocida de John Carlin sea *“Playing the enemy: Nelson Mandela and the Game that Made a Nation”* (traducido al español como “El factor humano”). Este libro, junto con “Ángeles Blancos”, revela dos aspectos clave sobre lo que piensa Carlin al respecto del deporte:

Uno, que éste tiene una gran incidencia sobre la sociedad; y dos, que lo que sucede en la realidad supera por completo a la ficción –ambas cosas las vivió él mismo en Sudáfrica-. Por eso, el fútbol y la literatura son compatibles, pero no de cualquier manera.

“La literatura es un reflejo de la condición humana y de la vida. El fútbol también. Ergo es perfectamente lógico y factible que se escriba un libro sobre fútbol. Ahora, no pueden ser libros de ficción. Creo que una novela o una película sobre fútbol nunca han tenido éxito porque no pueden competir con el intenso drama en directo que es un partido de fútbol. Hacer novelas centradas en el fútbol o en el juego no es posible porque el deporte no se presta tanto para eso, pero escribir como observador del deporte y relatarlo como es sí es posible, porque en el deporte y en las personalidades de los deportistas se puede escarbar mucho. En tiempos de Homero eran Aquiles, Ulises y Héctor, ahora nuestros Aquiles, Ulises y Héctor populares son Messi, Cristiano y Falcao; sus vidas se nos hacen interesantes porque permanentemente se enfrentan a distintos retos y luchan contra los rivales y contra sí mismos, sus miedos, sus inseguridades, y si uno profundiza en estos grandes gladiadores que tenemos en la aldea global siempre es interesante porque nos da una visión parcial pero absolutamente representativa de lo que es la condición humana”.

“Si escribes sobre lo que hay, si profundizas, puedes tener un buen texto. Por ejemplo este libro de Eduardo Galeano –*Fútbol a Sol y Sombra*- que son reflexiones muy bien escritas sobre el alma y la belleza del fútbol, eso es diferente. Ese libro tiene tanto éxito porque a través del futbol hace un recorrido sobre lo que es la vida, no cubre todos los aspectos pero te habla sobre la condición humana a través del futbol basado en hechos reales, porque el drama real del fútbol es tan fuerte que no sé si uno pueda agregarle algo. Ahí tiene el caso del jugador del Barcelona Eric Abidal: le operan de un cáncer y dos meses después está alzando la copa de Europa. En el fútbol hay tanto drama real que da para escribir libros fantásticos pero no de ficción. El fútbol ya tiene 150 años de existencia y no ha habido una sola novela sobre fútbol que nos haya encandilado, pero en cambio libros de no ficción hay muchos y muy buenos”.

Entonces, afuera los cuentos y las novelas. He ahí una de las primeras condiciones para escribir de fútbol. Nunca las letras podrán expresar lo que es un gol. ¿Y la poesía? Para Carlin no va ni al banco de suplentes. Es más. Ni siquiera la lleva al estadio.

“La poesía es más plástica, más flexible y se presta a más cosas, pero para mí no puede competir con el arte del partido, donde el arte ya está dada. Entre ver un gol espectacular de Messi y leer una poesía sobre ese gol obviamente voy a querer ver el gol, no sé si la poesía le va a agregar algo porque ver ese gol de Messi ya me llena la cabeza de muchas emociones, admiración y sentido estético que no sé si en la poesía lo vaya a encontrar. A mí personalmente leer un poema sobre fútbol no me interesa para nada, para absolutamente nada. Si tú me ofreces un libro con poemas sobre fútbol te voy a desear buena suerte pero por favor no me pidas que te lo compre”.

“Al fútbol yo lo identifico con la ópera, porque ésta es muy emotiva, un terreno de intensas pasiones. La tragedia estrictamente hablando es una en la que el protagonista muere, y en el fútbol afortunadamente no es así, por lo que sería más una comedia que una tragedia. Romance o poesía definitivamente no puede ser, pero por ejemplo grandes épicas, como la *Ilíada* de Homero, que son dos equipos, griegos contra troyanos, y en la que tienes dos héroes, ahí sí veo una cierta similitud con el fútbol. Supongamos que lo que escribió Homero se basó en hechos reales, que no se lo inventó -igual no sabemos-, entonces estamos hablando de una crónica espectacular sobre una batalla. Si uno tuviera el mismo acceso a los pensamientos de los protagonistas, y por ejemplo Mourinho fuera el Agamenón, el entrenador; el otro, Príamo, el rey de Troya, era Guardiola; Messi, Aquiles; Iniesta, Ulises; Cristiano Ronaldo, Héctor, y así sucesivamente, si uno

podiese entrar en las cabezas de esta gente y conocer sus dudas, sus miedos...podrías hacer una especie de épica sobre eso. Ahora, ¿podrías hacer una versión de ficción sobre eso? Algo así como que te imaginas que esa mañana Guardiola se despertó y su niño le complicó el día... yo creo que no, porque la historia real es tan fuerte y tan dinámica y tan dramática que la ficción no le agrega nada”.

Esa profunda convicción la demuestra Carlin en su propia obra: “En mis libros me gusta concentrarme en algo: por ejemplo, el que escribí sobre Rafael Nadal (se refiere a “Rafa, mi historia”, un libro de memorias del tenista), que no creo que sea un libro fantástico ni mucho menos, lo basé todo en la final de Wimbledon de 2008. Creo que los libros pueden contar mucho. Si me propusiera hacer un libro más de los miles que se han hecho sobre la rivalidad entre el Real Madrid y el Barcelona, quizá me centraría en esos cuatro partidos que jugaron en 2011 en un lapso de 18 días, así el libro podría tener un elemento de suspense narrativo, y luego extrapolaría y hablaría de la historia de Catalunya y Madrid, etcétera. Creo que sería un buen marco para un libro de no ficción, pero la verdad no lo veo muy claro”.

El fútbol visto desde el córner inglés

Entre viaje y viaje, Carlin saca tiempo para escribir de fútbol. Desde su columna en la sección deportiva del diario El País –“El córner inglés”, la llama- opina sobre lo acontecido en las canchas inglesas y españolas. Por eso no podíamos terminar la conversación sin hablar de fútbol. ¿Qué otro tema podría lograr que un inglés y un colombiano se sentaran a charlar durante una hora?

“España sin duda es la mejor selección. Quizá un problema que encuentre ahora es conseguir la motivación para seguir jugando después de ganar tanto, pero que el mundial se juegue en Brasil, que es como La Meca del fútbol, les va a dar ese incentivo. La cuestión es si Xavi va a seguir a este nivel en dos años, porque una España sin él quizá no funcione tan bien. Lo que está clarísimo es que España se ha vuelto eso que eran Argentina y Brasil, una fábrica de grandes futbolistas, ahora todos se están yendo a Inglaterra y allá triunfan: Michu, Cazorla, Mata y Silva ni siquiera son titulares de su selección y allá son los grandes *cracks*. Por eso creo que la selección española “suplente” puede ganar el mundial, porque tienen a jugadores como Soldado, Isco, Cazorla, Fábregas, Javi Martínez, etcétera, que son todos muy buenos. El trabajo de las divisiones inferiores en España está muy bien, hay muchos entrenadores licenciados, incluso más que en Inglaterra, entonces a los niños pequeños les inculcan esos valores que quieren

reflejar además del estilo de la selección española y del Barcelona. El fútbol es impredecible y eso es lo fantástico, que puede pasar cualquier cosa, como que el Celtic le gane al Barça, pero si me dicen hoy que apueste mi casa al ganador del mundial de Brasil, creo que la opción conservadora es España”.

Pero como buen europeo, Carlin sabe a dónde acudir para disfrutar el fútbol. Que el mundial sea cada cuatro años no es suficientemente argumento para preferirlo por encima del balón de estrellas.

“Mi torneo favorito es la Liga de Campeones de Europa. Allí es donde se ve el mejor fútbol, los equipos más grandes de Europa son los mejores del mundo. Incluso creo que el Barcelona le ganaría a la selección española, el problema es que tienen a los mismos jugadores (risas). Para mí los clubes son mejores porque juegan juntos todo el tiempo. En los últimos mundiales la calidad del fútbol no me ha parecido gran cosa, España tuvo un buen equipo y por una vez el que mereció ganar lo hizo. La ironía de ese mundial es que antes de que empezara todo el mundo estaba aterrado de que los sudafricanos iban a ser un desastre y de que todo iba a ser caos y violencia, y lo que pasó al final fue que los anfitriones lo hicieron muy bien y los invitados bastante mal. Sin dudarlo, diré siempre que el mejor campeonato es de lejos la Champions”.

El reloj de la Catedral suena doce veces. El partido del Barcelona está a punto de comenzar, por lo que debo cumplir mi compromiso de dejarlo partir. Tan flemático como al principio, pero con una sonrisa cómplice –esa que te brota después de hablar de fútbol con un desconocido, que ahora ya no lo es tanto-, John Carlin se despide amablemente y vuelve a su hotel en el centro de Bogotá, listo para leer su poema favorito: los goles de Lionel Messi.

Hablar con Valdano es mejor que ganar un campeonato

“El fútbol lo volvió testigo próximo de la soledad de la fama, lo educó en el arte de expresarse con el recurso que fuera: los pies, la cabeza, la voz, la escritura, la protesta, la decisión”, escribía Ariel Scher sobre Jorge Valdano.

Por Juan Diego Ramírez C.

Ahí esperaba sentado, con un vaso con agua en la mano y la mirada bien puesta sobre un partido de la Liga Española. Debí haber aguardado al menos 45 minutos a sus entrevistadores de turno, pero no se impacientó ante la descortesía. Un día antes aceptó la cita vía mail con una sola frase: “Encuéntrame en el Marriott, a las 10 a.m.”. Sus escalas en Bogotá son frecuentes, porque en Colombia, la capital es el *hope* de su negocio: las conferencias sobre liderazgo y *marketing* deportivo. Bogotá es su centro de mando en nuestro país. Cuando leí “Marriott”, así, a secas, supuse que no se hospedaba en el JW Marriott. Preferí creer se alojaba en el Marriott –sin la J ni la W– porque a las 11:00 a.m. yo disputaría frente a esa sede un partido de un torneo empresarial de fútbol. Por eso, empaqué los guayos y los guantes. Pensaba que antes del juego –como una paradoja de la vida y mi condición de arquero con mala fama– entrevistaría a un 9 de usanza: campeón del mundo con Argentina, campeón de Ligas y Copas de Europa con Real Madrid. Pronostiqué entonces una hora de conversación con el legendario Jorge Valdano. Creía que iba a llegar a mi partido de fútbol después de la entrevista. Sin embargo, en esas cuentas no consideré ningún margen de error: por ejemplo, que el hotel donde me esperaba Valdano a la hora pactada, no fuera el mismo al que yo había llegado a preguntar por él.

Yo sólo pensaba en mi partido de fútbol. Una derrota significaría la eliminación, y en mi equipo no había arqueros suplentes. Me sentí imprescindible, pero al mismo tiempo indispuerto por una posible derrota que no podía evitar. Durante el camino al hotel correcto pensaba en la excusa perfecta: enfermedad, tráfico, entrevista con una eminencia del fútbol...

Bajé del taxi, y, antes de acudir a la recepcionista, lo distinguí de reojo. Estaba, sentado de espaldas a un jardín, con los crespos engominados, la sonrisa y la paciencia intactas. “Supuse que estarías en el otro hotel”, dijo mientras se abotonaba su blazer gris. Sólo al estrechar su mano dimensioné su pasado. A veces las leyendas se pierden entre los rescoldos de la imaginación y generan verdadero asombro sólo cuando las miras de frente.

Cuando le expliqué la causa del retraso, no se enojó por la torpeza. Por el contrario, se disculpó él, por no haber sido “lo suficientemente claro”. Después se sentó y empezó a responder a todo sin afanes. En realidad, con Valdano no importa la pregunta. Si es mala, Jorge se encargará de rescatarla a base de afirmaciones redondas.

-¿Tú eres Jorge Valdano?-, interrumpieron la entrevista que avanzaba felizmente. La dama coqueta sonrió ante el “sí” del argentino.

-¡Te lo dije! Lo reconocí desde afuera...-, añadía la mujer, mientras daba codazos sutiles a su esposo.

El santafesino de 57 años ha perdido pelo. Sus entradas son más pronunciadas que en sus épocas de jugador. Es cierto. Pero nunca perdió el don de la palabra. Por esa virtud jugó, dirigió y administró deportivamente al Real Madrid. También gracias a su elocuencia ha escrito cinco libros sobre fútbol, entre ellos *Los cuadernos de Valdano*, *El Miedo escénico y otras hierbas*, y *Cuentos de fútbol*. Es verdad que leer un libro no sirve para jugar mejor, ni disputar un partido sirve para hacer mejor literatura. Pero en su caso, el mundo del fútbol lo convirtió en amigo de la pluma y las reflexiones. Por eso Ariel Scher escribía en *La Pasión según Valdano* que el fútbol volvió a Jorge “testigo próximo de la soledad de la fama, lo educó en el arte de expresarse con el recurso que fuera: los pies, la cabeza, la voz, la escritura, la protesta, la decisión”. El hábito de las letras, eso sí, las cultivó desde siempre. De niño, en su natal Las Parejas –a 98 kilómetros de Rosario– no veía partidos por televisión. No había cómo. Entonces escuchaba por radio los juegos del Rácing, amado por su padre, Pierino, y sobre todo, leía con mucha atención las crónicas de la revista *El Gráfico*. “Por eso yo relaciono tanto el fútbol y la palabra”, dice con gestos de obviedad. “Para mí una cosa no existe sin la otra”.

Cuando ya jugaba como futbolista profesional, en las concentraciones con la Selección Argentina, se escondía de Carlos Salvador Bilardo para leer, pues el entrenador se lo prohibía. Por ese tipo de conductas lo llamaron *El Intelectual*, *El Filósofo*, *El Catedrático*. ‘Te recuerdo siempre con un libro en la mano’, le dicen aún compañeros de guerras pasadas. Por eso se la pasa buscando analogías entre ambos mundos, como ésta que lanzó en el ocaso de esta entrevista: “Pep Guardiola es al fútbol lo que Gabriel García Márquez es al mundo de la escritura”. Su relación con la literatura es tan entrañable –como la que sostiene con el fútbol– que para explicarla toma aire y responde como en una verdadera alocución.

“He leído mucho porque si algo le sobra al futbolista es tiempo. Además, de manera natural empecé a escribir, así me considerara siempre un divulgador más

que un escritor. Pero, sobre todo, leía y en Argentina siempre se escribió muy bien sobre fútbol, un ejemplo es la revista *El Gráfico*. Además, la radio también adornaba con palabras todos los partidos. Yo tengo una anécdota que relaciona la palabra y el fútbol. Cuando yo salí campeón del mundo con Argentina (México 86) fui el primero que llegó al vestuario. Di media vuelta olímpica, me cansé y me fui. Y llegué y dije: 'Bueno, hoy es un día de culminación para mí, con esto soñé toda la vida. ¿Cómo no voy a llorar?'. Pero uno no toma la decisión de llorar, no podía hacerlo. Todos lo hacían menos yo. Me abrazaban y lloraban conmigo, y yo nada. Y como tres años después –ya había dejado al fútbol–mi familia, como usualmente lo hacía, me mandó un casete con música y mensajes. Me puse el *walkman* y salí a correr por un parque y de pronto mi hermano me había incluido en la grabación, la narración del gol mío (en la final contra Alemania) hecha por uno de los periodistas que había escuchado durante toda mi infancia. Cuando empezó el relato me viene un llanto que me obliga a andar escondiendo por el parque porque me puse a llorar como un niño. Es como que la palabra completó el gran sueño de ser campeón del mundo, no lo había podido abarcar hasta que no me lo contaron (...) Es como el relato de Víctor Hugo Morales del gol de Maradona ante los ingleses: 'Barrilete cósmico... De qué planeta viniste...'. Antes del Mundial se decía que Maradona era muy bueno pero que no era Pelé, luego de ese gol yo dije: Ya es Pelé. Y Víctor Hugo entendió que ese era el momento clave de Diego. Y ese relato me hace emocionar más ahora que en aquel momento cuando lo vi en la cancha. (...) Y, Bueno –interrumpe Valdano, con una sonrisa tímida– yo hablo y hablo, pero tú pregunta, o si no yo sigo y sigo”.

La charla, con dos respuestas de 10 minutos de duración cada una, se desarrolla como un monólogo suyo, sin contra-preguntas ni réplicas mías. Pensaba que así se deben sentir los rivales del F.C. Barcelona, que no cede el balón y espera a que sus contrincantes los persigan por 90 minutos. Yo me rendía ante las declaraciones y el bagaje de Valdano. En definitiva, la lectura fue la escuela de su vida: leyó kilómetros para hablar y escribir metros. No en vano la estantería de su hogar en Madrid es una biblioteca de fútbol. A espaldas del portarretrato con la foto suya con Diego Maradona y *El Gringo* Gusti –antes de la final del 86 frente a Alemania–, se ven la colección de revistas de *El Gráfico*, libros sobre Garrincha, sobre la Selección Argentina y, sobre Maradona. Entre los que conserva como tesoros: *Fútbol, dinámica de lo impensado*, de Dante Panzieri; *Fútbol sin trampas*, de César Luis Menotti y Ángel Cappa. Y relatos escuetos de *El Negro* Fontanarrosa. “Él está por encima de todos –asegura al referirse a este último autor–. Él pudo llegar al hueso del fútbol, a la esencia. Agarró todo lo simbólico y nos lo llevó al terreno de lo real”. En efecto, las obras de Roberto Fontanarrosa

(fallecido en julio de 2007), su fino sentido del humor y sensibilidad al comunicar el fútbol, inspiraron a muchos en épocas en que las letras se enemistaban con el balón.

“Hubo desde siempre una especie de alergia de los intelectuales hacia el fútbol, lo despreciaban abiertamente. Una vez Gabriel García Márquez –luego de un gol que le marqué a Colombia que lo eliminaba del Mundial del 86– me envió un libro con dedicatoria. Él pensaba que si ustedes clasificaban el fútbol invadiría los periódicos y eso lo agotaría. Por eso él entendía que yo le hacía un servicio. ¡Toda Colombia me odiaba, menos García Márquez, quien me felicitaba!”, cuenta entre carcajadas ahogadas. Y continúa: “Ahora tengo la sensación de que los escritores le perdieron el miedo al fútbol. La verdad es que cuesta creer cómo un fenómeno tan grande que moviliza a tanta gente fue ignorado durante tanto tiempo por los intelectuales, cuando ellos nos tenían que haber ayudado a desentrañarlo”.

-Una corriente de esa época-interrumpo para indagarle- les hubiese podido argumentar a estos detractores del fútbol que este deporte es tan sentimental que las palabras no son suficientes para describirlo, ¿no?-

“Hay otro fenómeno que es más pasional que el fútbol: El amor. Pero una cosa es que Shakespeare escriba *Romeo y Julieta* y otro que lo escriba yo. Empobrecería al amor si lo intentara. Hay que saber para escribir. Y con el fútbol se trata de un juego dentro de otro juego: no es fácil recrearlo con palabras, aunque creo que es más difícil para el cine. No se hace creíble. Cuando quieren recrear el juego en la cancha no hay manera de representarlo”.

-Por ejemplo, nunca pudieron con películas sobre Maradona-

“Hay alguna en la que Maradona forma parte del paisaje. Recuerdo una de un indígena que encuentra una especie de tronco que se parece a Diego. Y lo corta, lo pule, y sueña con dárselo en la mano un día a Maradona, y sale de su aldea para empezar su aventura de encontrar a Maradona. Pero nunca muestran una escena en cancha tal vez porque saben que el futbolista es mal actor y el actor seguro es un mal futbolista y no te lo terminas creyendo. Por eso las bondades de la literatura”.

La ficción es creíble

En la literatura, como insinúa Valdano, todo es posible. Como que un arquero haya atajado un penalti y luego se haya metido en el arco con el balón en la mano para buscar su gorra. De eso se trata su repertorio, de anécdotas maravillosas

como ésta de *Vieja, creo que tu hijo... la cagó*. Jorge Valdano apela en sus textos a la complicidad pícaro o hilarante del lector. Seguramente parafrasearía a Fontanarrosa: “No me interesa demasiado la definición que se haga de mí. No aspiro al Nobel de Literatura. Yo me doy por muy bien pagado cuando alguien se me acerca y me dice: ‘Me cagué de risa con tu libro’”.

Por eso 150 mil ejemplares de *Sueños de Fútbol* se vendieron en menos de cuatro meses. Por la cantidad abismal de cómplices. “El fútbol ya forma parte del paisaje social, si tuvieras que rodar en este momento una película o escribir un libro sobre Madrid, cómo haces para no hablar del Atlético o del Real. La gente habla de política, de los tiempos pero sobre todo habla de fútbol. Está tan omnipresente en la sociedad que no se puede negar artísticamente porque, si se aparta, sería como vivir fuera de la realidad. Hoy en el fútbol están los auténticos héroes de esta sociedad. Cualquier cosa que diga Falcao, para un niño es más potente que cualquier cosa que diga un artista, un político o un intelectual”.

-Si tuviera que relacionar el fútbol con un género literario concreto con cuál lo haría-

“Con el drama, sin duda. El fútbol es un deporte dramático, en el que está implícito el sufrimiento. Otra cosa es que al final del partido compense el sufrimiento que uno ha padecido. El partido se espera con ilusión, pero también con miedo. Siempre. Y también la relaciono con la literatura infantil porque cuando vamos al fútbol todos volvemos a tener 12 años, el fútbol, como dice Juan Villoro, es la recuperación semanal de la infancia”.

Jorge Valdano no esquivó al drama, ni mucho menos. Fue el autor material y uno de los intelectuales del segundo gol de la final ante Alemania en México 86. Es cierto. Pero cuatro días antes –el 25 de junio en el mismo estadio– Maradona corrió por un balón larguísimo por derecha, le ganó la posición al central, y levantó la pelota ante el achique del portero belga Jean Marie Pfaff para que ésta llegase a los guayos de Valdano, con el arco a su merced. “Vamos, vamos, no pasa nada...”, lo consolaba Maradona a Jorge tras enviar el disparo cinco metros por arriba del arco. Mucho tiempo después, Maradona, impaciente porque Valdano no le había contestado durante semanas el teléfono, lo saludó muy a su estilo: “Valdano, ¿vos qué te pensás que sos? ¿Maradona?”. Y Jorge no tuvo autoridad moral para replicar. No después de errar semejante gol en el Azteca, cuando Diego, mitad autor del gol que nunca fue, le había susurrado: ‘Tomá, hacélo...’.

En el fútbol, como en la vida, hay drama. Y ese fue sólo uno de los episodios dramáticos que ocurrió en su vida. También recuerda cuando chocó en un

helicóptero (en marzo de 2006, en Chapultepec, México) y sobrevivió de milagro. De hecho, en 1979, cuando jugaba para Real Zaragoza, discutió con los directivos y como muestra de su rebeldía, decidió llegar a la mañana siguiente a la concentración. Si hubiese pasado la noche del 12 de julio en el hotel Corona de Aragón, hubiera muerto en el incendio que consumió el edificio y en el que fallecieron 80 personas. Su mirada hacia el fútbol no puede ser otra: como un drama. Allí ve representada los miedos de la sociedad, incluyendo los suyos.

El 4 de marzo de 1987, en el estadio de Estrella Roja de Serbia, jugando un partido con el Real Madrid por copa europea (a menos 17 grados centígrados), una hepatitis B molió de dolor su cuerpo y lo forzó a retirarse del fútbol, con un récord de 118 goles en 340 partidos como profesional.

-Luego lo animaron para jugar el Mundial del 90 y a los pocos días lo sacaron. ¿Ese es el pedazo más dramático de su vida?-

“¿Ha visto *La Rosa Púrpura del Cairo*, de Woody Allen? Una espectadora está viendo una película, y el actor del filme le tiende la mano y la mete dentro de la película. Algo así pasó. Yo había dejado el fútbol durante tres años, y viene Bilardo y me dice: ‘Vení a jugar un Mundial’. Yo abandoné todo lo que hacía, ya me había encaminado para otro lado, estaba haciendo el curso de entrenador, trabajaba para los medios haciendo prensa, radio, televisión. Pero dejé todo, me fui a Argentina seis meses a ponerme en forma para el Mundial y una semana antes de empezar me dijo que no me veía. Pero lo interpreté como el descubrimiento de los límites. El futbolista vive fuera de la realidad, es algo tan hermoso jugar que vives en un sueño permanente, y no conoces los límites. Ese episodio me ayudó a descubrir que los límites existen y que a veces te ganan. Lo interpreté más bien como una lección”.

Esa lección seguramente la documentó. La plasmó en hojas, porque esa es su catarsis y al mismo tiempo su oficio. La palabra es su único instrumento y el fútbol, su contexto. Por eso platicar con Jorge Valdano es como leer una novela de García Márquez: uno duda de la veracidad de sus anécdotas, pero también logra cautivar a cualquier público con un discurso cándido e inteligente.

Falta poco para el final de la entrevista. Recuerdo que junto a mis pies estuvo siempre mi maleta con la indumentaria, con los guayos y con los guantes. La miro con algo de desprecio y pienso que tanto derroche de fútbol durante casi una hora de conversación no lo echaré a perder con un partido poco ortodoxo en una cancha con más lodo que hierba. Hablar con Valdano sobre fútbol es como haber ganado el campeonato.

Goles y libros: más que un juego de niños

“El fútbol es como atrapar la infancia, es ponerle un paréntesis a la vida real. Pero esto no significa que sea una mentira, porque el paréntesis se considera un signo aclaratorio”.

Ricardo Silva Romero

Por Luis Miguel Bravo Álvarez

Si me dijera que en su infancia fue volante de creación, le creería sin dudarlo. Su hablar lento, pausado, pero al mismo tiempo seguro, demuestra que piensa muy bien cada una de sus respuestas. Si a esto le sumamos que nunca, ni por accidente, utiliza muletillas, podría pensarse que como diez habría sido implacable: pases certeros, al espacio, allí donde nadie más ve una oportunidad. Sin embargo, las apariencias engañan. Porque Ricardo mismo confiesa que era un fiero puntero izquierdo, que terminó jugando como volante por ser tan bajo de estatura.

La charla con Silva Romero se desarrolla en la sala de su apartamento, ubicado en una zona residencial al norte de Bogotá. No hay que ser un genio para imaginarse cómo es el lugar donde vive un literato: hay estanterías llenas de libros por todas partes. A una que otra pared se le permite respirar, pero a cambio se le cuelgan afiches de películas. Los demás muros no se ven. Solo libros y más libros componen el paisaje.

Hoy por hoy es uno de los escritores colombianos más leídos. Sus columnas de opinión también cuentan con gran cantidad de adeptos. Podría cumplir el perfil de intelectual moderno que solo devora libros y opina desde afuera sobre los grandes problemas del mundo. Pero no. Ricardo es un tipo amable, conversador. Sin ser dicharachero, hace que hablar con él sea un disfrute. Es decir, nada más lejano de ese prototipo de literato inaccesible y mal encarado que se ve en algunas películas. Éste no tiene ínfulas: se viste de jean y saluda de mano. Como un ser humano cualquiera.

En la vida de Silva Romero, el fútbol nunca tuvo un antes y un después. No hubo día de llegada. Simplemente, estuvo y está con él. “No hay un punto de gira en esto. Para mí, es como vivir viendo películas, que es otra cosa que me pasa, o vivir leyendo o vivir en la ciudad en la que vivo. Son hechos de mi vida con los que cuento y que me parecen muy difíciles de reflexionar. Para mí es muy complicado pensar en el fútbol porque para mí es un hecho muy claro. Sí puedo decir que

desde que entré al colegio sólo jugaba fútbol y que ser del equipo del colegio era una maravilla”, dice con su voz queda, nada estruendosa.

El fútbol y la literatura tienen, para Ricardo, una similitud importantísima. Ambos hacen parte de sus recuerdos de infancia, ambos han determinado lo que él es como persona. Quizá por eso siga ligándolos tan estrechamente con las experiencias infantiles. Para él, el fútbol, la escritura, son máquinas del tiempo. O mejor, anclas que nos mantienen pegados a nuestro pasado más remoto: “La literatura le gusta a la gente que quiere proteger su infancia, que es gente que se da cuenta que ya está muy vieja para jugar y le toca escribir. La literatura es ese empeño de articular el desorden del mundo, eso que hace uno cuando es niño. En la literatura uno trata de que las cosas tengan vida, pero no es muy alejado del empeño de jugar. Hay un punto de mi vida que recuerdo muy claramente y es cuando ya no podía jugar de rodillas: antes jugaba con los carros por el suelo y jugaba fútbol con tapas de Coca Cola. De repente, las rodillas dejan de resistir y ahí uno se da cuenta ya no es niño y entonces toca sentarse”.

Pero el fútbol no sólo sirve como ancla. También funciona muy bien si se lo usa como organizador de recuerdos. Eso hace Ricardo, para quien la vida está dividida en períodos de cuatro años: cada vez que se organiza un Mundial se cierra una etapa y comienza una nueva en la vida del hombre.

“Me acuerdo perfectamente de cuándo fui consciente de los mundiales. Fue en el año 80, cuando vi el álbum del mundial del 78. Desde entonces me preparé muy juiciosamente para el mundial del 82 y de ahí en adelante los tengo clarísimos todos. Yo puedo dividir la vida en mundiales de fútbol, que además coinciden con el año de elecciones presidenciales en Colombia. El fútbol es un eje de mi vida y se puede ver así. Soy hincha de Millonarios, porque era el de mi papá y mi hermano. Mi grado de afición llega hasta el punto, para demostrar lo infantil que es el fútbol, de que una vez Millos jugó contra Colombia y yo iba por millos, lo tenía clarísimo, porque uno en el fútbol está amarrado a un montón de cosas que no comprende, es como lo que le queda a uno de su infancia”.

El lenguaje futbolero, un intento de poesía

Pepe Calderón Tovar es uno de los comentaristas deportivos preferidos de los colombianos. Sus análisis certeros, acompañados de términos técnicos, hacen que oír su voz sea un deleite para la audiencia. A Pepe, “el poeta”, como lo llaman sus amigos, le sale con facilidad decir que el jugador colocó el balón donde el carpintero puso la escuadra, o que el árbitro le sacó el acrílico hepático al defensa por haber cometido una cruenta falta, o que esa pequeña desinteligencia sólo lo

explica la ausencia de saltabilidad en el cuarto posterior, o que esas son el tipo de mañosidades que no contribuyen a la higiene visual del juego.

Ese folclórico personaje, uno de los protagonistas de su novela "Autogol", refleja la fascinación curiosa que siente Ricardo por el lenguaje del fútbol. Los narradores y comentaristas deportivos han creado toda una cultura que los ha convertido en celebridades, en personajes que se convierten en paisaje habitual para un montón de amantes del deporte, quienes los siguen y están pendientes de lo que dicen. Ese perfil llamó la atención de Ricardo, quien plasmó en "el Poeta" Calderón y su compañero de transmisión, denominado el "Aristócrata", todas esas peculiaridades que percibe en los comentaristas deportivos.

"Me interesa mucho ese intento de hacer poesía que es la narración de fútbol, sobre todo porque es un intento, pero fallido. Es exactamente la diferencia que existe entre la buena y la mala literatura; esto me parece fascinante porque lo literario estrictamente es la capacidad de encontrarle sentidos inesperados a las palabras de todos los días, de conseguir atajos con ellas, y lo que pasa con estos narradores deportivos y comentaristas es que lanzan frases que son atajos, que son intentos de encontrarle sentido a esas palabras, pero usualmente lo que logran es que a uno le dé risa. Usando su propio léxico, podríamos decir que esa de los comentaristas es como una literatura que da en el palo. "La bola va rodando el tiempo va pasando", es un chiste pero es bonito que se diga, que el gol entró por donde el carpintero puso la escuadra es divertido, que le sacaron el acrílico hepático en vez de decir la tarjeta amarilla, que el equipo está fallando en su saltabilidad, el fútbol está lleno de esas frases absurdas y de esos intentos de poesía que son muy divertidos, pero además tiene como una especie de sabiduría ancestral, como eso de decir que "de los equipos de 10 hombres libranos Señor", o "el marcador más peligroso es el 2 a 0", unas cosas que uno no tiene ni idea de dónde las sacaron, pero eso a mí me fascina y creo que sí es literario; que no sea buena literatura es otra cosa, que termine siendo humor involuntario es otra cosa. Los comentaristas son personajes vulgares en el buen sentido, es decir que son cercanos a la vida, políticamente incorrectos, todavía le coquetean mal a las mujeres, todavía es gente de una época que no había recibido esa corrección política que vemos en estas épocas, pero ahí no hay maldad, el tipo no está haciendo nada oscuro, simplemente está siendo de esa época y de ese mundo, que a mí me parece fascinante y al que le tengo cariño porque lo he vivido desde niño".

Fútbol y literatura: no hay fuera de lugar

Si Pepe Calderón Tovar puede intentar hacer poesía, los futboleros pueden intentar hacer literatura. El fútbol no es necesariamente superficial, la literatura no es necesariamente inalcanzable. Así piensa Silva, quien pareciera estar adscrito a la filosofía –tan propia de esa sabiduría futbolera que tanto disfruta- de que no hay jugadores jóvenes y viejos, sino futbolistas sencillamente buenos y malos.

“Yo creo que de todo se puede escribir, pero también todo se puede empobrecer en la escritura. Pienso que lo poético nunca es el hecho, nunca es el mundo, ni el fútbol, ni los laberintos, ni la playa, ni París. Lo poético no son los hechos ni el mundo, sino la mirada. Lo literario no está en las cosas sino en cómo ve uno las cosas. Un ejemplo de ello es la pintura: hay mucha diferencia entre una foto que yo tome de un vaso y una pintura que se haga de ese vaso. Ahí radica justo la diferencia. Yo diría que el fútbol puede ser tan poético como uno quiera, porque además se ha convertido en poético algo como la guerra, las batallas, y hay pinturas de batallas que son preciosas, hay pinturas de masacres que son hermosas y llenas de sentido, hay infiernos como los del El Bosco que son maravillosos, hay paisajes que a uno lo conmueven cuando los ve y que pintados son insulsos. De esa forma podríamos decir que el fútbol de cierta manera es una batalla. Yo nunca he visto a un pintor que se dedique a partidos de fútbol, que sería algo curioso precisamente por esa mirada de desprecio que hay desde lo intelectual hacia el deporte, postura que a mí me sorprende porque entre todas las cosas del mundo, las realidades, los objetos, los hechos del mundo, el fútbol es evidentemente literario si uno lo quiere ver de esa manera”.

A la conversación, en este punto, obligatoriamente llega Borges. Traer a colación al argentino queda bastante bien cuando al frente se tiene a un literato-futbolero, es decir, todo aquello que para Jorge Luis sería una aberración. Sin embargo, Silva no se siente ofendido con ese desprecio que Borges profesaba hacia el balompié, sino que piensa que incluso Borges se lo tomaba con humor y cuando hablaba de fútbol como el opio del pueblo simplemente pretendía hacer una burla inofensiva.

“Creo que Borges estaba mamando gallo. Simplemente no le gustaba el fútbol y ya. Entre las cosas que pasan en el mundo, entre todo lo que uno puede encontrarse mientras crece, el fútbol tiene todas las metáforas a la mano: un gol es una meta, una aspiración, una cantidad de obstáculos superados, tal como funciona la vida. Borges era experto en metáforas, por eso creo que lo entendía. La idea de que un país esté representado por un equipo en un primer momento es

tonta porque esa gente en sentido estricto no representa a todo el país, pero sí hay algo sociológico que decir de un equipo de fútbol. Por ejemplo me parece algo muy dicente que al equipo colombiano le haya ido mal en estos años y antes no fuera así. Uno podría pensar por qué en la época en la que Colombia fue a tres mundiales sí le funcionaban las cosas y ahora ha pasado la misma cantidad de mundiales sin asistir. Eso es interesante, ahí hay una metáfora. Pero eso no solo pasa con el fútbol en general, pasa con cada uno de sus personajes, quienes encierran un contenido muy profundo: el técnico es un personaje interesante que puede decir mucho del mundo; el portero también, ahí está por ejemplo la novela de Peter Hanke sobre el miedo del arquero al penalti; el goleador tiene su propia metáfora; el armador; el árbitro, que es un personaje increíble para explicarse la vida; los hinchas, etcétera. Ahí tenemos toda una obra de Fontanarrosa llena de cuentos que saca a partir de cualquier cosa, desde un hincha con su radio hasta un técnico que no sabe qué hacer para que gane su equipo, todo está en riesgo y en suspenso, todas esas cosas competitivas como las batallas y el fútbol son metáforas, no por nada el cuento de la liebre y la tortuga ha atravesado generaciones, porque en todo lo deportivo hay muchas cosas en juego, como el espíritu”.

En el fútbol hay una ley casi científica que indica que después de un gol siempre viene un abrazo. Y muchas veces, le habrá pasado a todo el mundo, esa felicitación se ha dado con un desconocido. El estadio, el bar, son lugares en los que cientos de veces se habrán abrazado personas que ni siquiera saben el nombre del otro. Es esa posibilidad que da el fútbol de hacernos compartir los mismos ideales y gozarnos de las mismas cosas, incluso con personas que nunca antes vimos y que nunca después veremos. Esa condición, sin embargo, no es exclusiva del balompié. Para Silva Romero, esa capacidad la comparten las letras.

“Creo que la literatura puede servir para reunir y para crear complicidades entre los lectores: dos personas que se leyeron el mismo libro tienen un tema de conversación infinito, y de hecho pueden ser amigos. Lo que cambia en la literatura es el tema del anonimato. Las películas y el fútbol –por ejemplo, cuando se hace la ola- hacen que pierdas el nombre. La literatura lo que hace es potenciar a la persona como individuo. Yo no creo que ni el fútbol ni el cine sean inferiores a la literatura, sino que creo que la literatura es la única que tiene esa capacidad de volverlo a uno un individuo y de repararlo hacia adentro, casi que para prepararlo para ir al cine o a fútbol. Además, crea una complicidad con los lectores, una complicidad de pocos, porque en un mundo tan difícil es muy complicado ser un individuo. Por eso comprar el tiempo y el espacio para estar solo es carísimo. Si uno se sienta a leer, la gente piensa que uno está desocupado. Cuando uno está

leyendo entra la mamá o la novia y preguntan “¿qué estás haciendo?”, y uno contesta que leyendo, entonces dicen: “ah bueno, entonces venga y vamos a hacer esta cosa”. Es muy difícil que se entienda esa búsqueda. La literatura no aísla pero sí devuelve hacia uno mismo lo que se supone que debería ser una reparación social. La gente en teoría va a la cárcel o al psiquiatra o al confesionario y se aísla de los demás para volver a los demás y tratarlos bien después. Ese es un poco el propósito de los libros, no conscientemente, pero es lo que logran”.

Rituales para el minuto noventa

Para un aficionado al fútbol debe haber pocos momentos más críticos que recibir un gol en contra cuando el árbitro estaba a punto de finalizar el partido, o ser eliminado en el último suspiro, o perder una final en las postrimerías. Pero tampoco hay momentos más sublimes que obtener un triunfo cuando ya todo se daba por perdido. Esa cualidad dramática que tiene el fútbol lo asemeja de una forma natural al cine y a la literatura. Pero para Ricardo, esa cercanía no se da simplemente por la incertidumbre que tienen. Lo literario del fútbol –o lo futbolístico de la literatura- está en ese proceso interior que vive el aficionado o el lector, que lo lleva a implicarse personalmente con aquello que tiene en frente.

“Ambas cosas –las ficciones y los partidos- están estructuradas sobre la base del tiempo, lo que uno está viendo o leyendo se va a acabar, y sobre ese sustento se construye el suspenso; si a tu equipo le hacen gol en el primer tiempo, eso se vuelve dramático, precisamente porque está construido como un drama en el que el clímax es el pitazo final y entonces si ganó el equipo uno celebra. Lo mismo pasa con una historia que siempre está dirigiéndose a un final en el que uno mismo está en juego, la pregunta es por qué uno está en juego, y la respuesta depende de qué tan implicada está cada persona: hay alguien que está implicado porque conoce ese mismo lenguaje, está hecho para buscar esos paréntesis, está preguntándose por su propia vida, etcétera. En el caso del cine y de los libros empieza a ser complicado, porque un libro es distinto a un partido, un libro es una cuestión netamente personal, aunque se lea en voz alta y se pueda compartir, es casi que rezar mentalmente, como cuando nadie está mirando. Yo siempre he pensado que ir al cine se parece a ir a Misa, porque uno está rodeado de un montón de gente con la que comparte, así como la Misa es un drama que tiene un clímax que es la Comunión y una resolución que es cuando uno se va, y que está tan bien estructurada y produce una catarsis y una sensación que hace sentir que uno ha hecho algo útil para uno mismo, así es el cine. Los libros en cambio son hacia adentro, es como rezar cuando nadie lo ve a uno, es una voz interior. Así es

el fútbol, que da una sensación interior distinta a la de la Misa, en la que uno se siente bien porque la mamá lo va a elogiar, con el fútbol es distinto porque te produce esa culpa de saber que estás viendo un partido un miércoles a las 2 de la tarde cuando deberías estar trabajando. Pero uno depende de eso –de ver el partido-, ahí hay una emoción primaria. Hace poco me vi una película sobre un oso de felpa que tiene un amigo, la película toda es absurda, y hay un momento en el que yo estaba sufriendo porque el oso se estaba rompiendo. Eso muestra que ahí hay un instinto de supervivencia, una cosa primaria, una cosa de vida o muerte que tienen muchas historias, pero es indispensable que el espectador juegue ese juego. La pregunta es qué tan proclive es uno a sufrir por su equipo, qué tan infantil es uno en el buen sentido, qué tanto protege uno su propia mitología, su propio pasado, su propia familia, porque ahí hay una cosa mítica de darle sentido a la vida”.

Esa implicación profunda del aficionado con su equipo lo lleva a buscar siempre las razones por las cuales pasan las cosas. Exactamente igual que en la vida. “Así es el fútbol”, es un estribillo que utilizamos constantemente para explicarnos a nosotros mismos las razones por las cuales hemos caído en desgracia. Según Silva Romero, esta actitud también tiene una justificación.

“Cuando uno es una persona que le busca sentido a la vida sufre mucho en las historias, está en juego simbólicamente con esa idea de que todas las cosas pasan por algo, de que hay algún destino. Los dramas en el fondo están contruidos sobre la idea de que todo tiene un por qué, de que todo va hacia algo. Con los partidos es igual, así esté comprado uno está sufriendo porque puede perder, porque todo puede salir mal. Puede ser que haya un pensamiento religioso en juego y por eso uno se implique tanto, como si hubiera ese anhelo de fondo de que todo esté ordenado, eso es lo que pasa en el fútbol, en los libros, en las películas, en los dramas, el anhelo de que todo tenga sentido, y depende de cada quien anhelar sentido o no, hay gente que simplemente no lo piensa mucho y no está sufriendo por eso. Mi problema es que debido a las investigaciones que he hecho tengo suficiente información como para dañarme el partido que estoy viendo, porque sé que puede haber algún jugador comprado, o algún mafioso detrás, o un árbitro que quien sabe quién sea, pero hay un momento en el que se me olvida todo y empiezo a sufrir como si nada, o como me pasó hace poco, que me había prometido nunca más ver a la selección Colombia en estas eliminatorias, cansado de la Federación y de la Dimayor y de todo ese gremio nefasto que juega con las ilusiones de la gente, pero acá al lado de mi casa están en plena construcción de un edificio y yo escuchaba a los obreros gritando los goles y no pude aguantar y me tocó mirar el partido. Era absurdo, era la irracionalidad total”.

Jugadores que entran al campo saltando tres veces sobre su pierna derecha. Porteros que le dan un beso a los palos del arco que custodian. Futbolistas que se besan los tatuajes. Estos son sólo algunos de los rituales que demuestran ese carácter cuasi místico del que habla Ricardo. La pregunta fundamental, la que nunca tendrá respuesta, es de qué equipo es hincha el azar.

“Es por eso que justamente se da la idea de que hay algo religioso que está en juego. Por eso aparecen cosas como los agüeros. Yo he visto poca gente tan religiosa como los futbolistas, que casi que consagran cada partido a los santos y que le piden a Dios ganar, y es divertido porque Dios se debe ver en un problema en ese momento porque todo el mundo le pide lo mismo. Hay una cosa mítica, religiosa y dramática en un partido de fútbol: está en juego el orden de un mundo que es muy frágil y en esa medida es lógico que se recurra a todos los santos y a todos los agüeros. Uno mismo como hincha tiene sus taras. Por ejemplo, yo soy incapaz de ver una definición de penaltis en la que esté implicado mi equipo, porque ahí también hay miedo. Sé perfectamente por las entrevistas que he hecho que todos los futbolistas tienen agüeros y muchos pisan las oficinas de los brujos. Hay mucho en juego en un partido de fútbol: para algunos puede ser ridículo pero para otros es la vida”.

Andrés Escobar: una víctima de su propio país

Los años ochenta y noventa son recordados por los colombianos como los más oscuros en mucho tiempo. El narcotráfico y todas las consecuencias sociales que derivaron de su reinado permearon de tal manera el país que terminaron por transformarlo. El fútbol no fue ajeno a ese cambio, al contrario, se convirtió en uno de sus símbolos. Y entre las muchas consecuencias trágicas que vinieron después, hay un hombre que tuvo que pagar los platos rotos por todo aquello que Colombia llegó a ser: Andrés Escobar.

Junto a Pepe Calderón Tovar, Andrés es el protagonista de “Autogol”. Ese hombre que todos recuerdan como un gran personaje y profesional, que fue asesinado a los pocos días de marcar un gol en contra que terminaría de sentenciar a una selección Colombia ya eliminada del Mundial de Estados Unidos. Pero todos saben –y sabían- que el autogol no fue la causa de que la selección Colombia quedara afuera de ese torneo. De hecho, de todos los jugadores, quizá fuera Andrés el que menos culpa tenía de ello. Sin embargo, solo él terminó con varios impactos de bala en el pecho.

“Andrés es un tipo clave porque es totalmente trágico”, dice Ricardo Silva. “Él vive en un mundo que es un desastre pero logra aferrarse a su forma de ser, y cuando

alguien logra aferrarse a su forma de ser en un mundo caótico normalmente termina en la muerte, como le enseñan a uno las tragedias. Es un personaje trágico, porque es un tipo que no cambia, siempre es bueno, decente, noble, cualquier persona con la que uno habla sobre él siempre da la misma versión: un tipo amable, de buen humor. Ese mundo del fútbol en los ochenta era peor que el de ahora, que es duro también, y a los futbolistas les tocaba capotear a todos esos narcos y a los hinchas y a los apostadores, y Andrés siempre se mantuvo limpio y sano en medio de ese mundo tan duro, entonces me pareció un personaje que contrastaba, porque además era un grandísimo jugador de fútbol, un gran defensa, con mucha clase, entonces me interesaba por estar inmerso en un mundo tan ambiguo como el colombiano, tan ambiguo que ya deja de ser hipócrita, tan ambiguo que deja de tener doble moral, porque hay mucha gente de nuestra sociedad que de hecho no sabe qué está bien y qué está mal, y terminó por pagar quién más entereza mantuvo en medio de todo ese caos”.

Más de una vez se le escuchó a Francisco Maturana, el ángel y demonio que construyó esa maravillosa selección y colaboró en su destrucción, decir que un equipo de fútbol es el reflejo de su sociedad. Silva Romero, una de las personas que más ha estudiado a la sociedad colombiana en los últimos años, parecería estar de acuerdo. Por eso critica tan duramente la forma de ser del colombiano, con una mentalidad distorsionada que termina por manifestarse hasta en sus equipos deportivos.

“Acá incluso lo pueden tildar a uno de moralista o conservador por hablar de lo que está bien o está mal, porque todo está tan distorsionado que cualquier cosa aquí suena a mamerto o a conservadurismo. Acá es muy fácil encajar en la izquierda o en la derecha, es todo tan absurdo... Además, todo es zonas grises, entonces uno acá puede sentirse como una persona decente sin serlo. Yo creo que todos esos comentaristas que trabajaron en el Grupo Radial Colombiano, la emisora de los Rodríguez Orejuela, o todos esos futbolistas que tuvieron trato personal con Pablo Escobar o con los Rodríguez o con Gacha, todos esos no se pueden sentir mal porque así era, y estoy seguro de que no se sienten mal como el personaje de “Autogol” tampoco se sentiría mal si los mafiosos le dan regalos. Es una distorsión que es muy colombiana, que es la capacidad de sentirse honesto no siéndolo, incluso de defenderse y de ser valiente y gritón con el tema, y decir “es que yo no he tocado un peso, y soy inocente”, y tener un discurso súper solido al respecto. Es probable que sea más una doble personalidad que una doble moral, porque en Colombia se ha logrado sentir que los negocios son la vida privada. Colombia tiene un curiosísimo respeto por la vida privada, acá si a un

presidente lo descubren saliendo con una modelo -aunque todo el mundo sabe cuáles son las amantes de los presidentes-, acá no pasa nada, acá la vida privada es muy respetada. El tema es que en la vida privada caben muertos, asesinatos, robos, tráfico de drogas, negocios turbios. En Colombia la vida privada es muy amplia, en la que todos pueden morir siendo honestos. Es increíble”.

La tarde bogotana, fiel a su costumbre, comienza a oscurecerse prematuramente. Después de una hora de charla, me despido de Ricardo, no sin que antes amablemente me ofreciera un vaso de agua. Mientras nos estrechamos la mano lo miro y veo la innumerable cantidad de libros que tiene a su espalda. Es ahí cuando le pregunto a ese famoso literato: ¿usted qué prefiere: leer un libro o ver un partido de fútbol? Para mi sorpresa, Ricardo declara ahí, en frente de todos sus textos: “yo creo que escogería el partido. Pero lo que realmente preferiría es no tener que escoger”.

Versos nacidos en la escuela de la vida

“Los que escribimos de fútbol somos unos fracasados, asaltantes de caminos por donde no pasa nadie”

Walter Saavedra, citando a Osvaldo Soriano

Por Luis Miguel Bravo Álvarez

“Todos los monos locos/ toscos/ cholos/ codo con codo/ ron con porrón/ bochornoso/ tolo/ ojos rojos/llorosos/Stop/ A los muertos se los cuentan cuando están fríos”.

Empató Boca. El equipo de Buenos Aires perdía en su estadio contra Independiente de Avellaneda y acaba de lograr la paridad. Un relator cualquiera habría simplemente gritado con todas sus fuerzas. Walter Saavedra, no. A él los goles le generan un estado de éxtasis que va acompañado por una explosión poética única en su especie.

Los relatores deportivos tienen fama de atropellar el lenguaje. Saavedra, en cambio, es el primer defensor del idioma. El fútbol es poesía para él y así lo expresa. Sus versos en plena narración en vivo denotan no solo un sentimiento exacerbado, demuestran que lo que allí pasó no se basta con un mero grito para ser contado.

“La noche todavía en estado embrionario/ abre la jaula de la garganta/ y deja volar los gritos como pájaros en bandada/ qué ganas de estar allá con la monada/ levitando sobre todas las cabezas/ atravesando las penumbras como un mascarón de proa/ rompiendo esa tempestad de trapos albicelestes”.

Ahora es Messi el que ha marcado. El número diez de la selección Argentina ha derrotado por tercera vez el arco uruguayo, ratificando el primer lugar de su equipo en las eliminatorias al mundial. Suficiente para que la vena de Saavedra se desborde en poesía para el rosarino.

“Con esas alas de ángel sin aureola/ con esa cara de inocente monaguillo/ es una estrella que lleva en el tobillo/ atada al brillo de una mágica rabona/dale Lionel/que tu destino está marcado/como las cartas de algún póker clandestino”.

En medio de sus continuos viajes por las tierras del sur, "Waltergol", como lo conocen sus muchos radioescuchas, saca algo de tiempo para charlar con nosotros vía internet. Esa pasión desbordada de sus relatos se queda en la cancha. Sus respuestas son serias, reflexivas. El fútbol, pero sobre todo las palabras, son importantes para Walter. Las razones son muchas y van más allá del simple pasatiempo.

¿Qué papel le da usted al fútbol en su vida?

El fútbol me salvó la vida, así, tan literal como se lo digo. Por razones económicas no pude estudiar más que el ciclo básico escolar, lo que en Argentina es la escuela primaria. Tuve que salir a trabajar. Vivía en un barrio muy humilde, en la periferia de mi ciudad (Mar del Plata) y había muchas tentaciones peligrosas a mi alrededor: delincuencia, drogas...Yo iba a caer irremediabilmente en la telaraña de la marginalidad. Algunos de mis amigos de aquellas épocas murieron enfrentados con la policía. Otros pasaron muchos años en diferentes prisiones. Pero un día la casualidad quiso que empezara a colaborar con una emisora de radio, cubriendo los partidos de fútbol de la Liga local. Eso me cambió la cabeza. Con el tiempo descubrí que iba a ser mi profesión. Yo había jugado mucho al fútbol. Era arquero. Pero una lesión en la rodilla me alejó prematuramente de las canchas. Por eso, el periodismo deportivo me ayudó. Compensó el futbolista que ya no era. El relator llegó bastante después, cuando el cuerpo me empezó a dar algunas señales. Ya no me alcanzaba con ir a una cancha y decir por la radio, por ejemplo: "Quince minutos del primer tiempo: cero a cero". Y con un grabador comencé a ensayar. Relataba el partido encerrado en una cabina y cuando regresada a casa, escuchaba y anotaba lo que me parecía bien, lo que me parecía mal... Hasta que un día, por fin, me dieron una oportunidad. Y ya no paré nunca más.

En términos meramente utilitarios, el hombre no necesita ni la literatura ni el fútbol para vivir. ¿De dónde nace esa necesidad por leer, por vivir el deporte?

Yo no podría vivir sin leer. Como le dije, no pude estudiar y cuando se cruzó esta profesión en mi camino, entendí que no lograría nada si no leía. Creo que fue el único acto de gran lucidez que tuve. Para relatar partidos de fútbol, para ser periodista, con el puñado de palabras que tenía no iba a poder progresar. Entonces comencé a leer casi compulsivamente, desordenadamente, devoraba bulímicamente cuanto texto caía en mis manos. Frecuentaba las bibliotecas

públicas. Pasaba de Emilio Salgari a Borges, de Corín Tellado a Bukowsky... Con los años, advertí que todo aquello que había leído estaba incorporado en mí. Me salían palabras que no me pertenecían, que eran de esos escritores y entonces mi caudal intelectual se multiplicó felizmente. El tema es que yo trabajo con la palabra. Por aquello de mi escasa preparación, lo hago de manera artesanal. Es muy sencillo, desde una cabina, decir que "era más fácil hacer ese gol que errarlo". Pero yo no estuve ahí. En realidad, sí estuve, pero a cien metros. Pero no estuve en la piel del jugador, no advertí si el balón le picó mal contra una mata de pasto inoportuna, ignoro si ese mismo jugador en la semana sufrió un problema familiar y por eso se obnubiló frente al arco. A veces siento que soy un futbolista fracasado y quizás, en el muchacho que malogró ese gol, está mi revancha, el crack que jamás fui. Es posible que le exija a él lo que yo nunca logré.

Borges decía que la literatura no se podía juntar con el fútbol porque ésta salía perdiendo. ¿Qué percepción tiene usted de esto?

Hasta hace unos años, si a un intelectual se le ocurría confesar su amor por el fútbol, lo desacreditaban inmediatamente. Era considerado poco menos que un hereje. Por fortuna, en los últimos tiempos, el músculo y el intelecto han demostrado que pueden jugar en el mismo equipo. Hoy sobran los ejemplos. Y un escritor que habla de fútbol hasta nos parece más humano, más terrenal.

El fútbol es un recreo para el alma dolorida, una pausa... Hay quienes aún hoy sostienen que el fútbol solo sirve para adormecer a las masas, que mientras más partidos se jueguen menos va a pensar el pueblo, como en la historia del perro de Alcibíades, un mandatario griego que tenía un perro magnífico, admirado por todo el pueblo, al que un día decidió matar. Cuando se lo reprocharon, Alcibíades respondió: Así todos hablarán del perro y se olvidarán del gobierno. Históricamente, en Latinoamérica, todos los gobiernos han utilizado el fútbol para anestesiarse a la gente. Pero la literatura abre cabezas. Hay que leer más, mucho más... En Argentina, durante la última Copa América, se regalaron en los estadios más de 600. 000 libros con textos breves y poemas futboleros de autores de los países intervinientes. ¿Y sabe una cosa? Jamás vi, al término de un partido, uno de esos libros en el suelo.

De otro lado, también se dice que el fútbol -por sus componentes pasionales y sentimentales- es tan inexpresable, que ponerlo en palabras es empobrecerlo. ¿Cómo lo ve usted?

Para mí es exactamente al revés. Un buen partido de fútbol es un agasajo para los ojos, pero ese mismo partido, narrado por un cronista talentoso, puede multiplicar su belleza. Últimamente y como sostiene Eduardo Galeano, el fútbol se ha vuelto frígido porque exige ganar pero prohíbe gozar. Y es justamente en ese caso cuando la pluma de un poeta hace lo que no logra hacer el futbolista. En ocasiones, me he aburrido mucho en un estadio y curiosamente (o no) he disfrutado enormemente de un cuento o un poema de fútbol.

Hay personas que afirman que el fútbol es un reflejo de la sociedad. ¿Es esto una necesidad para que sea expresable a través de la literatura?

Alrededor del fútbol están todos los personajes de la vida cotidiana. En la vida, usted se va a tropezar con el miserable, el solidario, el talentoso, el mediocre, el generoso, el egoísta, el ventajero... Y en un campo de juego están todos esos personajes. Y están también en las tribunas. Suele decirse que se juega como se vive. Y en ese caso, los latinoamericanos deberíamos tener un fútbol espantoso. Sin embargo, no es tan así, al menos desde el plano individual. Los vientres siguen pariendo talentos. Y nuestros países siguen exportando enormes *cracks*. Fíjese Uruguay, un país tan pequeño... Brotan los jugadores de la tierra. Hay uruguayos desparramados por todo el planeta. Es una diáspora curiosa, milagrosa si se quiere, inexplicable tal vez. No sé si el fútbol es un reflejo de la sociedad, pero está claro que la sociedad no puede prescindir del fútbol. Es un hecho cultural poderoso.

Muchos académicos hablan del fútbol como el nuevo campo de batalla, en donde se libran las guerras modernas. Camus decía "que la Selección es el país". ¿Usted piensa que esos tintes dramáticos los da el hecho de ser algo ficticio, o más bien su cercanía con la realidad?

Estoy en desacuerdo con los himnos nacionales sonando en la previa de un partido. Me retrotrae a viejos tiempos de nacionalismos exacerbados, cuando nuestros países estaban bajo las botas de las dictaduras más atroces. Reniego del concepto de Patria cuando de la selección se trata. No se enfrentan Colombia y Argentina como naciones. En todo caso se enfrentan los seleccionados de fútbol de Colombia y Argentina. Por supuesto que un partido contiene muchos ingredientes bélicos, si se me permite la expresión, y nosotros, los comunicadores, abonamos fuertemente esa teoría cuando hablamos de "una formidable batalla", "la pelota en campo enemigo", "un rechazazo misilístico", "un partido de vida o muerte", etc. Los simpatizantes, los hinchas, solo quieren

ganar. En el momento, no les importa la estética ni la ética ni las formas. Cuando están bajo emoción, exigen un triunfo como sea, aunque sea tramposo. Si llega la victoria, " ganamos". Y si se trata de una derrota, "perdieron". Somos caníbales y cortoplacistas. En una semana, el héroe de ayer es el fracasado de hoy.

El fútbol, como el libro, adquiere mucho de su sentido si se presencia -o se lee- hasta el final. ¿Cómo ve usted esta semejanza? ¿Lo importante del libro es el final o el desarrollo? ¿Lo importante del fútbol es el juego o el resultado?

Hay muchos "eruditos" en literatura que apenas han leído las solapas de los libros. Son unos eunucos intelectuales. Esa gente me provoca rechazo, el mismo rechazo que me generan los que solo quieren triunfos. Ganar a cualquier precio sin importar la forma. ¿Cómo festejar una victoria con un gol tramposo hecho con la mano? ¿Cómo gritar hasta el paroxismo una victoria lograda con un gol en contra ?Una cosa es desahogarse, sacarse los perros del alma, pero otra es andar toda la semana pavoneándose por los tres puntos obtenidos de esa manera. Yo también quiero ganar, pero necesito que el triunfo llegue como consecuencia de la belleza, de la audacia, de la inteligencia, del talento... Yo apuesto al juego. El resultado me resulta aleatorio. Aunque esté condenado a ciertas soledades, me sentiré mejor cuando haya conquistado a una mujer por méritos propios. Y si la mujer me ignora, es porque no habré estado a la altura.

Un resultado deportivo tiene la fragilidad de un hilo sisal. ¿Cuánto dura la euforia por una victoria? ¿Cuánto dura el dolor por una derrota? Hasta el próximo partido...El Quijote es una obra que ha atravesado los tiempos. La Biblia, ni qué hablar. Los libros quedarán en las bibliotecas, al menos. Los partidos de fútbol se irán perdiendo en la niebla de la memoria. Una victoria de la selección remienda las heridas del corazón hasta que una derrota las vuelva a sangrar. Una obra literaria es eterna.

El fútbol como fenómeno social tiene su propio lenguaje, los periodistas usan su propia jerga, y muchas veces las personas la emplean en su vida diaria. ¿Ese lenguaje propio lo acerca o lo aleja de la literatura?

- Hermano, qué te pasa, mirá la cara que tenés...
- Callate... Mi mujer me agarró en off side.
- Qué mujer, mirá...

- ¿Mujer? ¿No te das cuenta de que es un travesaño? (En Argentina, travesaño es sinónimo de travesti)

El idioma del fútbol está en el habla cotidiana. Y para mí, lo aleja de la literatura en tanto la literatura no se acomode a éstos modismos. Lo mismo pasa con el idioma que se maneja en las redes sociales. Podemos renegar de las abreviaturas y los signos de internet, pero la literatura debe tomar debida cuenta. Ya la frontera entre la jerga futbolera y lo cotidiano se ha tornado difusa. Sigo privilegiando la palabra justa, claro, sigo leyendo en voz alta lo que los jugadores escriben con los pies, pero intento defender el idioma casi de manera quijotesca. A veces siento que es una batalla perdida, pero vale la pena darla.

Poemas escritos con los pies

¿Cómo vas a saber lo que es el amor, si nunca te hiciste hincha de un club?

¿Cómo vas a saber lo que es el dolor, si nunca un zaguero te rompió la tibia y el peroné ni estuviste en una barrera y la pelota te pegó justo ahí?

¿Cómo vas a saber lo que es el placer, si nunca diste una vuelta olímpica de visitante?

¿Cómo vas a saber lo que es la amistad, si nunca devolviste una pared?

Los anteriores versos son un extracto del poema más famoso que ha escrito Walter Saavedra. Estas letras, muy conocidas en Argentina, son la demostración de lo que el fútbol ha sido fundamentalmente para “Waltergol”: una escuela de la vida.

¿Cómo vas a saber lo que es la poesía, si nunca tiraste una gambeta?

Una cancha de fútbol puede ofrecer un espectáculo estético al nivel de un libro. Los futbolistas son artistas del balón y es allí donde deben permanecer. Así lo piensa Walter, que se deleita con lo que ofrecen los grandes jugadores, pero cree que lo que trascienda de allí simplemente pierde el sentido.

¿Si tuviera que identificar al fútbol con un género literario concreto, con cuál lo haría?

Para mí el gol de Maradona a los ingleses en 1986, cuando gambeteó a medio equipo rival, es el más grande poema escrito con el pie. Pasolini decía que el fútbol latinoamericano es poético, basta ver cómo gambetean los brasileños. En

cambio, el catenaccio italiano es prosaico: se basa en la sintaxis, el juego colectivo y la organización. A mí me gusta la poesía. Pero también el fútbol tiene mucho de pieza teatral... Contiene drama, alegría... Durante noventa minutos uno atraviesa todos los infiernos y visita algunos paraísos. En ocasiones, me he sorprendido diciendo en un relato "dramáticos cinco minutos finales"...Y en rigor, dramático es tener hambre, estar desocupado, enfermo. La palabra está aceptada dentro del fútbol, pero es una exageración. Un triunfo no me cambia la vida. Si cuando salí de casa para ir al estadio la heladera estaba vacía, cuando regrese, por más que mi equipo haya ganado por goleada y haya dado una exhibición, la heladera seguirá vacía. Y, sí, como un buen libro de ficción, a veces un partido tiene un inicio atrapante, un nudo entretenido y un desenlace sorprendente, pero como en la literatura actual, eso sucede cada vez menos.

Hablando de tu género literario concreto, ¿Por qué expresar el fútbol a través de la poesía?

Porque el fútbol es poesía...Neruda le ha escrito al fútbol, Benedetti, Nicanor Parra, Rafael Alberti, Vinicius de Moraes, Miguel Hernández...Juan Gelman, el poeta argentino, me dijo alguna vez que en su barrio porteño de Villa Crespo le decían " el pibe taquito ", porque le gustaba hacer goles con el taco. Repito: los jugadores hablan con los pies...Y es en una cancha donde mejor se expresan. Valdano hay uno y rompieron el molde. Si quiero literatura, voy a una librería. Si quiero sudor, corazón y pases cortos, voy a un estadio. Los que escribimos de fútbol somos unos fracasados, asaltantes de caminos por donde no pasa nadie. (Osvaldo Soriano dixit).

Dice Álvaro Perea en uno de sus cuentos que "todos los que amamos el fútbol somos iguales". Eduardo Galeano plantea algo parecido. ¿Piensa que la literatura y el fútbol comparten esa propiedad de hacer sentir como iguales a las personas?

Es que adentro de una cancha todos somos iguales. Usted le puede pegar a un balón con tres dedos y yo de punta. Usted puede inventar una gambeta irreverente y yo volar como un Ícaro de caño a caño. Usted puede enhebrar el balón entre mis piernas y yo romperle la tibia y el peroné, pero luego, cuando marchamos al camarín, entre usted y yo no hay grandes diferencias. Supongamos que usted y Messi se enfrentan. Seguramente él resultará la estrella del partido. Pero más tarde, usted y él serán exactamente iguales bajo la ducha, en su desnudez. Sí, definitivamente: el fútbol nos iguala. Y con la literatura nos puede suceder lo

mismo. Si usted está leyendo Cien años de soledad y yo también, es probable que ambos estemos sintiendo que vivimos en Macondo, que usted es José Arcadio Buendía y yo soy el Coronel Aureliano. Y aún con nuestras diferencias, somos los mismos. Como en un cementerio.

Hablemos un poco de ese poema tuyo en el que haces un montón de analogías entre el fútbol y la vida

Ese poema se lo escribí a Martín, mi hijo mayor, que no es futbolero. Solo quise explicarle que si hubiese jugado al fútbol, aunque sea con los amigos, hubiese encontrado un montón de respuestas sobre la vida. En cambio, debió ir por la vida recibiendo clases sin balón. Para mí, el fútbol es una escuela de vida. Eso. Solo eso.

Ha vuelto a marcar Boca. “Mi bandera, mi patria”, lo llama Saavedra. Esta vez fue en la Copa Libertadores, torneo del que terminarían disputando la final. Inmediatamente el balón cruza la línea, ahí está la garganta de Walter para volver a recitar de nuevo sus versos futboleros.

“Cuatro mil quinientos gritos, sesenta mil silencios, el ascenso de los primos después de un año en el infierno, la hinchada quiere copa, lo demás no importa”.

El defensor de la estética y la niñez

La revista El Gráfico fue su biblia y manual de vida. De hecho, este escritor cartagenero –ya casi bogotano– escribe sobre fútbol e insiste que su práctica debe ser también romántica y literaria. Se enfurece cuando hay muchas diferencias entre una crónica y un partido de la vida real: vocifera, palmorea, insulta y sangra por la nariz. Sólo por el fútbol.

Por Juan Diego Ramírez C.

Aquel día frío, el irascible de Fernando Araujo no toleraba una insignificancia. De joven había roto un televisor de un puño sólo porque Argentina –de la que se enamoró por la revista El Gráfico– había perdido un juego ante Brasil por eliminatorias. Años atrás, jugando en su mundo *amateur*, se lanzó al piso a palmorear la grama porque su equipo no anotaba; todos lo observaban, como pensando: “¿Este es el escritor?”.

Por eso aquel día de 2010, nadie se sorprendía de su mal carácter porque su equipo iba perdiendo por más de diez goles de diferencia. Su grupo había sufrido ocho de esos tantos de un mismo rival, del más lánguido, del más insolente de los jugadores contrarios.

Su imagen de perdedor nunca se distorsiona: el pelo escaso se ahúma, la cara se le enrojece y los cachetes se le inflan porque jamás deja de exhalar por la boca mientras sus dientes se aprietan con fuerza entre sí. Hacía falta un minuto, tal vez dos. El tiempo daba igual ya: el partido estaba sentenciado en su contra y en la noche no podría dormir.

El flaco insolente, a quien apenas enfrentaba por segunda vez en estos encuentros de su empresa, decidió evadir a todos desde propio campo, enganchar hacia adentro y tratar de patear con la punta de su botín, de la forma más vulgar posible. El remate defectuoso se desvió al menos 60 grados, justo donde Araujo se apostaba, justo donde el viejo no debía estar. El balón pegó en su rostro con la suficiente fuerza para recuperar los 60 grados perdidos y filtrarse en propio arco.

-¡¿No tienes con qué más darle al balón sino con la maldita punta?!

El grito silenció a todos, a excepción del pito que anunciaba el final del juego. Entró a las duchas, se vistió en silencio, prendió un cigarrillo –uno de los tantos que se fuma a diario– y siguió bufando. Su cara había vuelto a su color blanco común, menos un pedazo de la frente que aún lucía rojo por el balonazo.

Su *look* en el trabajo –es editor cultural de El Espectador– la conocen de memoria los compañeros: jean de bota ancha y deshilachada, camiseta de manga larga y gabardina negra de mil batallas. Y en la cancha, su indumentaria pocas veces cambia: camisa clara con mangas largas, pantaloneta y guayos oscuros y viejos. No usa canilleras, por supuesto. El viejo Araujo confía siempre en el sentido de la estética de su rival. Nunca se prepara para un remate a quemarropa al cuerpo, un empujón, una barrida, un salto con los codos levantados, un guayo con los taches mirando hacia al frente. Por eso no admite puntazos ni remates mordidos. Por eso se enfadó con el disparo descarado de aquel flaco insolente, como lo hizo en otra noche con ‘El Rolo’, quien le colocó un balón macizo, sin efectos ni piedad, en toda la frente.

Araujo se postró con las piernas y los brazos bien separados, como quien luce en guardia ante cualquier enganche futuro, por eso sólo miró el balón y olvidó las piernas contrarias, que tomaban impulso para ejecutar semejante balonazo.

El hombre se dejó caer mientras gritaba del dolor. Se cubría el rostro con sus manos, maldecía y daba vueltas sobre el césped sintético. Maldecía porque la falta de estética lo había atropellado en la propia cara. Otra vez.

-¿Por qué a mí, vida triste?!

El alarido lo interpretó este periodista –presente aquella noche en la tribuna– como un mensaje cifrado: “¿A dónde se fue la estética?!”. Era tal vez lo que debía preguntarse el viejo mientras echaba agua en su rostro, que terminó una vez más con las costuras del balón marcadas hasta el día siguiente.

Bogotá, febrero de 2013: Fernando Araujo no recuerda ninguno de los accidentes mencionados y se ruboriza cuando, durante esta entrevista, se los recuerdo. La conversación para esta investigación se desarrolló en una de las oficinas de El Espectador, en cuyas paredes colgaban fotos de Millonarios. Semblanzas gráficas del equipo al que solía apoyar, cuando allí jugaba su ídolo Alejandro Brand (cuando este no jugaba, era hincha de Santa Fe). Prefiere no recordar ambas escenas ridículas, pero sí defender su filosofía: “Hay que ver a los argentinos gastar una hora de programa para preferir la estética sobre el resultado. Quien elija en Colombia a un Fernando Redondo, con semejante sentido de la estética, en lugar de un volante rudo como los que predominan actualmente, lo tildarán de gay, como si además eso importara. A lo que me refiero es que es mejor un estilo

a un resultado. Creo en la belleza como un elemento esencial del ser humano, si no seríamos robots”.

Su fe la depositó en la estética por la revista *El Gráfico*. En Buenos Aires circulaba los lunes y a Colombia llegaban ejemplares los miércoles. Araujo las compraba a ocho pesos en la droguería del frente de su casa y se encerraba con su gato a leer hasta aquellos textos que no entendía plenamente. No conocía palabras como “Petiso”, “Pibe”, “Fiaca”, “laburo”, pero se reía y luego corría al garaje con un balón y narraba en voz alta mientras imitaba a *El Beto* Alonso. Nunca lo había visto jugar. Ni por televisión, pero confiaba en las letras de su revista que lo describían como el bombardero de River y la selección de Argentina.

“Ellos, los de *El Gráfico*, creaban un mito alrededor del fútbol, porque quienes trabajaban allí no eran periodistas, sino escritores. Ellos hicieron que me enamorara de la selección de Argentina, de la literatura, del fútbol, de la manera de jugar, de la manera de escribir. Para el Mundial de 1978 mandé a diseñar un vestido azul celeste de paño, una corbata azul oscura y una camisa blanca. ¡Ah! Y un suéter por si acaso el traje estaba en la lavandería”.

La prosa de *El Gráfico* –cuya colección conserva en su apartamento– influyó en su vida futura. La descripción no es suficiente sin algo sublime en sus textos: (...) *Siempre tuvieron la llave para abrir el último portón, el de las victorias y la libertad. Alguien se las dio, se la robaron, la tomaron prestada, la compraron, la heredaron, la cambiaron por un par de sutilezas o se la raparon a algún desprevenido transeúnte (...)*. Ese texto –sobre la naturaleza de los centro delanteros– confirma su intención de homenajear de alguna manera ese legado de *El Gráfico*. La revista lo influenció tanto que, a veces, como cuando defiende a Maradona, confunde su nacionalidad con la argentina. De hecho, al responder cada pregunta de esta conversación hace un ruido con la lengua y abre su argumento con una muletilla clásica de Argentina: “Y sí...”.

-La literatura volvía mágico al fútbol en otras épocas. ¿La televisión desmitificó todo?

“El escritor vuelve mágico al jugador. Y yo prefiero leer mil crónicas de fútbol que ver un partido. Porque el partido puede resultar aburrido, el texto, si llega a uno, debe ser bueno. El escritor no va a publicar algo malo. Y esa es la gracia: conocer a los jugadores sin haberlos visto. Así funcionaba antes, usando la imaginación. ¿Cómo no va a existir un mito, una magia? Ahora le preguntan a un adolescente por Puskas y simplemente da un *click* para comprobar que no era un sinónimo de finura, como escribían algunos”.

La selección de Brasil en el 70, el Fútbol Total de Holanda, el tobillo roto de Maradona... Menos mal no había mucha televisión para desmitificar tanta literatura al respecto. De lo contrario esos hechos serían tan terrenales como lo que vemos ahora.

“Y sí... Pasó el tiempo y pasó la locura por el fútbol. Y le voy a explicar por qué. Yo trabajaba en la revista *Cromos*, y la secretaria me dejó un papelito encima del escritorio que leí enseguida: ‘Lo llamó el señor Alejandro Brand’. ¡Wow! era mi ídolo, el mejor futbolista colombiano que vi en mi vida, y ahora quería que le editara un libro que había escrito. Cuando llegó a mi oficina, se los presenté a mis compañeros: ‘Miren, el mejor que vi’. Y él me corrigió de golpe: ‘No fui eso. Lo que pasa es que tú me veías con los ojos del niño’. Y tenía toda la razón”.

La sopa que debería ir por la mitad, ahora luce más espesa y fría. Por el fútbol, Fernando Araujo se olvida de comer, por el fútbol ha sangrado por la nariz, por el fútbol discute con su perro Ruperto durante los partidos de su amado Estudiantes de La Plata. Por eso no ha pestañeado al explicar su teoría de vida, porque su vida es el fútbol. “Los mitos no deberían envejecer”, dice. Se acerca el puente de sus gafas escurridizas hacia el ceño y continúa:

“Usted tiene 20 años y se enamora de una niña. Si yo fuera usted, quisiera no volver a ver a esa niña 20 años después. Es mejor recordarla como estaba, como la veía con los ojos del niño. Hay muchos ídolos que no quiero conocer para no decepcionarme del personaje o de la época. No quiero ver a Amadeo Carrizo por estos días, así, viejo, vuelto nada, qué triste, cuando fue el tipo que revolucionó el puesto de arquero. A veces no aguanto la tentación y veo videos de Maradona en el 86 y pienso: ‘Después de todo, no eran tan rápidos como pensaba’. Una vez vi la repetición del gol de Pelé contra Albertosi, siempre pensé que había saltado unos 10 metros para cabecear ese balón y al verlo ahora concluyo: ‘Bueno, no fue el gran salto. Unos 45 centímetros, si acaso’. ¿Por qué pensaba todo eso antes? Porque la literatura nos saca al niño interior. Por eso escribo y escribiré sobre fútbol siempre”.

La literatura es la excusa para recordar el fútbol de su niñez. La literatura es su instrumento, su cómplice y soberana. Para la muestra, esta columna que escribió durante un especial del Mundial de 1994, ganador de un premio Simón Bolívar.

(...)Las primeras imágenes, los primeros gritos de fútbol. Aquella bronca que salía cada vez que le pegaban a Pelé. Y él, mitad ídolo, mitad hombre... cada jugada suya era preferible a un cinco en historia o geografía. Cada gol era sentir que el

mundo no iba más allá del televisor. Tantos recuerdos, tantos sentimientos infantiles que vuelven una y otra vez con el mundial del 70.

Mami, mami, hice un gol de cabeza, Clodoaldo se va por la izquierda, se la da a Gerson. Gerson amaga, se la pasa a Pelé. Un túnel, un ocho, el centro preciso. Rivelino, goooooool. De cabeza, mami, de cabeza. En las noches todo era soñar y soñar. Que no me llamen para ver televisión.

Qué melancolía. Y qué mentiroso Gardel. Hubiera sido mejor seguir siendo niño. Y vivir de sueños, de ilusiones irrealizables. No de agrias realidades. Porque el Pelé que muestra la tele hoy, en los mismos partidos del 70, no es el mismo. El de hoy no es tan mágico ni tan ídolo. El de hoy protesta, pega, se equivoca. Me los cambiaron a todos, a Rivelino, a Tostao, a Jarzinho, a Félix, a Gerson.

No puede ser que hoy jueguen tan lento... pero si antes eran gacelas... Será que los repiten en cámara lenta. Los juegos, digo. Pero si nadie marca, hasta tienen tiempo de parar, de mirar, analizar y elegir el sitio para hacer el pase. ¿Ese fue el famoso gol de Pelé ante Italia que tanto celebré? ¿El cabezazo en el que se elevó como dos metros, según dicen todavía algunos periodistas?

No puede ser. Alguien me engañó. Alguien lo trastocó todo. No sé. No sé qué pasó. Si descubro al culpable de tanto desastre (...)

Fernando Araujo se rehúsa a abandonar su niñez por el simple recuerdo del fútbol. De hecho, en tiempos de insomnio apela a los recuerdos de sus mejores goles para poder conciliar el sueño, como sólo una canción de cuna podría lograrlo. Ser niño implica preferir al fútbol sobre las mujeres, por eso es común escucharlo preguntar lo mismo: “¿Tú qué prefieres: el sexo o el fútbol?”; y es usual verlo reír, como quien se sale con la suya, porque la mayoría escoge el segundo bando. Ser niño implica, incluso, la espontaneidad con la que escribió *Pena Máxima* (1995). En esas 226 líneas escritas con el dolor y la decepción, denuncia los nexos del narcotráfico con el fútbol desde 1970 hasta 1994, cuando asesinaron a Andrés Escobar. Uno de los capítulos de esta obra es usado como un cuento en las compilaciones de *El fútbol se lee*.

El fútbol, en definitiva, es ser niño. “El balón termina siendo el elemento de poder para uno cuando es niño en el colegio. Los ídolos no eran los *nerds*, tampoco los que mejor cantaban. No. Eran los que mejor jugaban. El balón es el objeto de conquista de cualquier niño. Y para conseguirlo primero está en juego la virilidad, el poder, la calidad. Un balón dividido con alguien que repudias es el camino para demostrar lo que no puedes argumentar con palabras. Fíjate en todos los

elementos que menciono que son tan generosos para la literatura. Y, claro, son características primitivas, por eso hablo de la niñez, pero por eso algunos escritores preferían, en tiempos olvidados, menospreciar al fútbol. Ya no tanto”.

Araujo quiere pensar que todo aquel que escribe sobre fútbol necesita describir la vida, recordar y hacer perdurar tantas emociones: “El fútbol es la suerte, el clima, la pasión, la victoria, la derrota, la salud, los ritos, la supersticiones, la magia, la religión. Todo en 90 minutos. Y cada autor tiene su propia concepción”, argumenta.

Cada uno le da su propio significado porque el espectador se identifica y el jugador desnuda sus bondades y miedos. Cada quien desde su papel observa diferente al fútbol. En el caso de Fernando Araujo Vélez, el fútbol realza su franqueza, como cuando un día impidió a un compañero ingresar a la cancha por la dificultad que tenía para dominar el balón.

-¡Es un simple juego, Araujo!-, le gritaron desde afuera.

Para él es mucho más que eso. El fútbol para él es la vida. “Allí conoces al verdadero ser humano. En la calle como en la cancha trato de ser una rueda de auxilio, estar donde se necesite. Lo importante es el equipo, más allá de las individualidades”. En esa oportunidad defendía la estabilidad de su equipo. Defendía a la estética a capa y espada, por sobre la recreación.

Y no es muy diferente el Araujo de la gabardina negra de mil batallas periodísticas que el de guayos pelados. Al verlo jugar ya uno entiende por qué su estilo de escribir y existir. Durante un torneo empresarial, le encomendaron la misión de dirigir al improvisado equipo de El Espectador. En el primer partido no reparó en la lentitud y gordura de la mayoría y ordenó sin reparos una línea de tres centrales, y dos carrileros –o dos *wing*, escribiría Fontanarrosa–. “Vamos a jugar a un toque”, dijo el hombre de la gabardina mientras ilustraba con sus dedos cómo iban a pararse sus dirigidos. En ese momento un volante ya canoso y con exceso de vendas le dio la espalda y dijo preocupado:

-“¿Qué cree que somos Brasil del 70...? ¡Está loco!”-

No. Es que sigue siendo un niño.

“El fútbol es como una piquería vallenata”

A juzgar por algunos textos de fútbol que publicó, daba la impresión de que Héctor Abad Faciolince escondía detrás de sus críticas políticas y literarias, un amor por el balompié. Pero después de esta entrevista queda claro que no ve relación entre las letras y este deporte.

Por Juan Diego Ramírez C.

Héctor Abad Faciolince no ve al fútbol como un asunto de vida o muerte. Tanto así que cuando lo invité a hacer parte de esta investigación se calificó como un indiferente. Le planteé mi desacuerdo: ningún impasible hacia este deporte puede escribir algo tan emotivo como *Delicias de la derrota*. En este texto, el escritor antioqueño convertía la mala suerte histórica de Independiente Medellín, el equipo que veía de niño, en una verdadera semblanza. Una vez lo leí, supuse una relación profunda entre Héctor Abad y el fútbol. O cuál era la explicación, entonces, de que le pidiera a su padre (antes de ser asesinado en Medellín, en 1987) que lo llevara al estadio Atanasio Girardot cuando jugaba el DIM.

“Recuerdo que íbamos a tribuna alta y que él (Héctor Abad Gómez, su padre) cargaba con todos los periódicos del domingo, con la revista *Time* y con algún librito de historia de Colombia. Durante todo el periodo mi papá leía impasiblemente, sin inmutarse ante los gritos o los goles, sin dedicarles ni siquiera una mirada de admiración o de desprecio a los jugadores que perseguían la pelota en la cancha”. Así describe Abad Faciolince los días en el estadio, cuando él y un primo suyo también aficionado del DIM, se emocionaban con el juego. Y volvían al estadio con el señor lector así el equipo nunca ganara.

“Ni nosotros ni nuestro equipo tenemos redención, ni futuro, ni nada. Ganar de vez en cuando es un chispazo que no altera nuestra desdeñosa y lúcida visión del mundo: vivir es ir perdiendo”. Apunta allí, como haciendo una alegoría al fracaso. Cuando apela a la retórica para describir el fútbol, hinca en lo más profundo de este deporte. Evoca sentimientos, evidencia su personalidad como aficionado.

De modo que alguien que escriba con tanta propiedad de fútbol no podría responder, a través de un correo electrónico: “No soy el indicado para esta entrevista”. De ninguna manera. Me empeñé entonces en convencerlo. En que debía responder algunas preguntas y de tanto insistir, aceptó con una condición:

responder un par de preguntas en la medida de su escaso tiempo libre. Consecuencia de sus ocupaciones, el primer correo sólo contenía dos respuestas.

Jorge Luis Borges decía que la literatura no se podía juntar con el fútbol porque ésta salía perdiendo. ¿Lo secunda o no?

Bueno, no creo que Borges hubiera podido sacarle ningún partido al fútbol si lo hubiera usado para su literatura. Como no le gustaba, no podía apreciar sus secretos heroísmos, si es que los tiene. Tampoco un autor al que no le guste el sexo le puede sacar mucho partido a ese tema. En todo caso, al hablar mal del fútbol, ya está haciendo cierto tipo de literatura con el tema: se ejercita en la diatriba.

¿El fútbol es tan pasional que ponerlo en palabras es empobrecerlo?

Bueno, sigamos la comparación con el sexo; también es mejor practicado que ponerlo por escrito. Pero como no a toda hora se puede practicar (tampoco el fútbol) hay un cierto placer en recrearlo -así sea muy aproximativamente- con palabras. Cualquier tema es hasta cierto punto inexpresable: la sensación del gusto, del olfato, el dolor de la derrota...

Tiempo atrás un colega me habría increpado. “¿Héctor Abad y el fútbol? No debe tener ni idea”, dijo, incrédulo. Le respondí que no olvidara que Abad había escrito en *Sueños a La Redonda o el fútbol en la literatura y las artes*, libro que justamente él, compañero de trabajo y amigo, me había obsequiado hacía pocos días. También le recordé que durante el Mundial de Sudáfrica 2010, Abad Faciolince había escrito un par de anécdotas sobre fútbol en su columna dominical de El Espectador, como esta de *El Pánzer Peña y La Gacela García*:

“No habían inventado la televisión. O ibas al estadio o escogías al mejor narrador radial para que te contara el partido. Mi equipo, el Poderoso, jugaba en la capital contra el Santa Fe (...) Nuestro mayor baluarte era un joven delantero venido de abajo, de las inferiores. Era escurridizo como un pez, grácil como una garza, alegre y sagaz. Le decíamos la Gacela García porque era capaz de burlar a cualquier defensa con gracia y velocidad. Pero Santa Fe tenía al Pánzer Peña en defensa, un temible cromañón, sucio como una plasta de cagajón, de patadas salvajes como aspas de avión”.

“Era tan bruto y brutal que en los entrenamientos del Santa Fe, el técnico no le dejaba usar zapatos con tacos, sólo tenis. Apenas iba un cuarto de hora del primer

tiempo y la Gacela García se acercó al arco con el balón (...) Le cedo la palabra a (el locutor) Carlos Arturo Rueda: ‘¡Qué faena, la Gacela saca a Pardo, amaga a la derecha y se cuela por la izquierda, elude a Pombo, ordeña a Samper, pero ojo que el Pánzer Peña viene de atrás, se lanza en tijereta, señores, la Gacela está en el suelo tirado por una salvaje zancadilla, el árbitro pita ‘fault’. La Gacela no se levanta, la lesión es de cuidado, han pedido la camilla, se informa que la Gacela tiene fractura de tibia y peroné. Perdonen que lo diga con todas las letras pero la acción del Pánzer ha sido la más sucia que yo haya visto en todos mis años como narrador de fútbol. Y lo más triste: ¡no lo han expulsado del campo!’.

“Al Pánzer le contaron cómo había narrado su falta Carlos Arturo Rueda. La Gacela García estuvo enyesado 107 días con sus noches y nunca volvió a ser igual. Cojeaba un poco, para siempre. Una tarde el Pánzer se encontró en un café con el locutor. Lo increpó por su narración, se le fue encima, lo molió a puñetazos y patadas. Carlos Arturo Rueda siguió en la cabina, narrando los partidos. Yo lo oía. Nunca en su vida volvió a mencionar al Pánzer cuando tocaba el balón. Ni siquiera cuando cometía lo más suyo: faltas, atentados. El Pánzer desapareció de la voz y de la realidad. Por fortuna ese tipo nunca en la vida hizo un gol”.

Nunca fue un gusto visceral

La columna anterior es de las pocas que ha hecho sobre deportes en El Espectador. En 2008 escribió sobre narcotráfico y fútbol, y varias veces, como en enero de 2013, se dedicó a defender el dopaje. Por eso mi amigo, el que no asociaba a Abad con el fútbol, no lo tenía tan presente: no es tan común verlo opinando sobre la pelota. Pero yo insistía en que, a pesar de preferir temas políticos y de coyuntura, guardaba un amor instintivo por el fútbol. Pero no. En esta entrevista él deja claro que el balompié no le despierta pasión ni sufrimiento, sino un interés meramente intelectual.

Si tuviera que identificar el fútbol con un género literario concreto, ¿Con cuál lo haría?

Supongo que a quienes les gusta el fútbol les gustaría una respuesta hiperbólica: con la épica. Poesía no es; novela burguesa tampoco. Es un juego con reglas, eso sí, con un orden, y con contrincantes: más bien, entonces, una piquería vallenata.

¿Se juega como se escribe, con el mismo estilo?

Hay escritores que hacen su oficio a la defensiva, otros a la ofensiva. Hay innovadores y conservadores. En fútbol y en literatura conservamos nuestro carácter.

¿La literatura y el fútbol se constituyen como vías de escape a la realidad, o son más bien producto del afán de buscar una realidad más cierta?

Tal vez usted le da al fútbol una importancia mayor de la que tiene. También los literatos le dan a la literatura una importancia más grande de la que tiene. Ambas son destrezas, y el fútbol tiene muchos más seguidores que la lectura. ¿Por qué? Tal vez sea más fácil ver un partido que leer un libro.

¿Se podría definir el fútbol como una metáfora de la vida?

La vida no es siempre una batalla, ni siempre una guerra, ni siempre un juego. El fútbol es una parte importante de la vida moderna. Las metáforas se pueden construir con cualquier cosa, pero no creo que el fútbol sea la alegoría de nada.

¿Cuántas veces fue al estadio?

De niño fui muchas veces; incontables. Ya no voy casi nunca.

¿Qué fue lo más descabellado que hizo por el Medellín?

Nada muy distinto a elogiar sus derrotas; eso fue todo. Usar la retórica para defender a un equipo que perdía, y pierde siempre. Cuando uno pierde siempre tiene que inventarse la mentira de que perder es mejor que ganar: que es más digno, más pedagógico para la vida, más entretenido, más hermoso.

¿Y si el Medellín fuese un equipo ganador históricamente, hubiese decidido ser hincha?

Tal vez todavía iría al estadio. Pero no creo. En realidad el fútbol a mí me interesa muy poco.

De no haber crecido en una familia con tantas mujeres (el único varón entre cinco hermanas), ¿Le hubiese gustado más el fútbol? Al menos, de niño se hubiese animado a jugar más con sus primos...

Es posible que sí: si mis hermanos mayores hubieran jugado al fútbol o si mi padre hubiera sido fanático de algún equipo. Eso se aprende en la casa, como la religión, o como los platos que nos gustan. Me faltó esa palabra del bautismo: gol.

Pero, igualmente, fue al estadio...

Mi único argumento era que quería ir, que ansiaba ganar y detestaba perder. Una cosa muy elemental y muy primitiva: goce, triunfo, derrota. La primera vez me llevó un primo hincha del DIM; esa fue toda mi iniciación futbolística, y no he ido mucho más allá. Lo siento, creo que esta entrevista fue un error desde el principio. Es como hacerle una entrevista sobre Dios a un ateo.

Para escribir de fútbol no hay que ser un fanático. Eso se infiere después de esta entrevista. Afiches pegados en la pared, colección de camisetas, lágrimas por derrotas, horas dedicadas a transmisiones y partidos en las gradas. Eso no es lo único que da licencia para escribir sobre algo tan universal. Héctor Abad Faciolince ve en el fútbol elementos que merecen una o dos páginas para ser descritos, pero eso no significa que influya directamente en su personalidad ni en el orden de sus domingos. Él sólo busca historias y en el balompié hay miles. Por eso sólo ve la literatura como un medio, pero de ninguna manera equipara o relaciona a actividad con la otra.

El fútbol no es ninguna vía de escape de la realidad, es sólo un deporte. Y ya. Por eso “me ha costado tanto tiempo contestar esta entrevista porque realmente no sé qué pensar casi nunca ante estas cosas que me pregunta. Es como si a usted le hicieran preguntas sobre las relaciones entre el queso y la literatura. Fuera de que en algún libro alguien puede comer queso, y muchos quesos, o fuera de que a alguien le puede gustar al mismo tiempo el queso y los libros, yo no veo tantos nexos como ven otras personas. Son dos actividades muy distintas”.

Hablando de fútbol, da igual con quién

“Quizá el fútbol sea la parte más física o más visible del concepto filosófico de la literatura”

Washington Cucurto

Por Luis Miguel Bravo Álvarez

Lograr conversar con Washington Cucurto es una odisea. No solo por lo difícil que fue lograr establecer la conexión telefónica, sino porque al fin y al cabo nunca sabes si el que está al otro lado de la línea es él o Santiago Vega.

O quizá los dos. Porque ‘Cucu’, como se hace llamar, es el mismo pero es distinto. El que nació hace 40 años en Quilmes recibió el nombre de Santiago, pero desde que comenzó a escribir adoptó el nombre de Washington Cucurto, como lo conocen todos en el ámbito literario argentino.

También cuando escribe sobre fútbol los textos van firmados con su seudónimo. De fútbol, sin embargo, es difícil hablar si no se lleva realmente en la sangre. Por eso da igual que el que está al otro lado de la línea responda al nombre de Santiago o de Washington. Está hablando de la pelota, y por lo tanto no caben dudas de que es él.

“El fútbol es un descubrimiento que la mayoría de personas encontramos de niños” dice Cucurto con ese acento que tienen algunos argentinos que denota como una necesidad de hacer énfasis en lo que dicen. “Comenzamos a jugar con los amigos, en el colegio; ahí ya vas descubriendo un montón de maneras de relacionarte a través del fútbol. Conoces al otro, te das cuenta de cómo juega y te vas armando la idea de cómo es una persona. Son muy interesantes esas relaciones que se dan con el fútbol”.

Pareciera que para ser poeta hay que tener algo de romántico. De ninguna otra forma se podría creer en la existencia de algo mágico en las cosas que pasan en la vida hasta el punto de ponerlas por escrito. Oír a Cucurto es, sin dudas, oír a un romántico de la pelota. De esos que todavía creen en la existencia de una esencia escondida en el fútbol que está más allá de cualquiera de los superficiales agregados que se le han ido poniendo a lo largo de los años

“A mí me interesa el fútbol como un deporte, no como una alta competición generadora de publicidad y de dinero. El fútbol es algo muy relacionado con la cuestión dramática de la vida. No hay nada que tenga más dramatismo que el fútbol, y uno cuando es niño comienza a jugar a la pelota y descubre cosas que en otros ámbitos de la vida es muy difícil encontrarlas. Por eso es tan popular en el mundo”.

Y como buen romántico, Washington está adscrito a la escuela de los que creen que en el fútbol importa más la forma que el resultado. Es una línea de pensamiento que se repite en los hinchas de Independiente de Avellaneda. Para ellos es tan importante el juego de Bochini como los títulos de la Copa Libertadores de América. El cómo no es algo más. El cómo, para él, es todo.

“En el fútbol, el resultado es solo el motivo, pero hay muchas cosas más. El juego es una lucha de opuestos, donde unos juegan con otros a ver quién demuestra más habilidad, entonces está bien que alguien quiera ganar, sino no tendría sentido. El fútbol tiene mucho de juego, porque no es lo mismo un deporte que un juego, una cosa es jugar y otra practicar un deporte, y el fútbol tiene esa cosa maravillosa de que mezcla ambas, y muchas veces tiene más de juego que de deporte. Pero volviendo a lo que me preguntaste, en el partido lo más importante siempre va a ser la forma, es lo que define muchas cosas para todos. La forma es el aprendizaje que de pronto va muy relacionado con la habilidad, las cosas muchas veces las hacemos mal o las hacemos como podemos, pero no es lo mismo hacer las cosas de cualquier manera, cuando uno las hace bien yo creo que es mejor para todos”.

Desde poemas hasta columnas de opinión, pasando por crónicas que cuentan cómo vivió el partido del último fin de semana. Cucurto ha escrito de fútbol utilizando todos los estilos posibles. “El lenguaje no es solo lo escrito. Está el relato gráfico, el relato oral, hay muchos tipos de relato, y las palabras las utilizamos porque se nos contagian y por eso las compartimos, yo creo que eso sucede mucho en todos los ámbitos de la vida. Las palabras tienden a quedarse, si nos gustan lo volvemos mensajes”, dice ‘Cucu’. Al final de cuentas, una demostración práctica de que para él, fútbol y literatura pueden sin ningún problema viajar de la mano.

“El fútbol y la literatura son dos cosas muy compatibles porque contienen muchos elementos comunes: ambos ponen en la cabeza de las personas sentimientos y emociones del ser humano como por ejemplo el tema de la fantasía, la cuestión de lo dramático, lo relacionado con el descubrimiento. El fútbol reúne muchas cosas

que aparecen en otros ámbitos de la vida: la tragedia, el humor, la parodia, el ridículo, la tristeza, la épica; tiene todos los condimentos y las historias de los pueblos. La literatura es una herramienta mucho más ancestral, que se puede transmitir más fácilmente de generación en generación, sobre todo porque está ligada a eso tan básico en la condición humana que es la comunicación: la lectura y la escritura. Quizá el fútbol sea la parte más física o más visible del concepto filosófico de la literatura, y no solo de eso, sino también del arte: vos podés pensar al fútbol como deporte, pero así como hay una cultura del tango, de la salsa, de los libros, hay una cultura del fútbol también”.

Las columnas de Washinton Cucurto tienen una peculiaridad: no son grandes disquisiciones sobre el planteamiento táctico de un equipo o las novedosas estrategias que utilizan los estrategas del siglo XXI. Generalmente son narraciones del ambiente en el que vio determinado partido, condimentadas con alguno que otro detalle particular que llamó su atención. Dentro de esa sencillez, casi siempre podría encontrarse un ingrediente común: las alusiones a alguna gesta importante que realizó determinado jugador o director técnico en ese encuentro deportivo.

“El heroísmo es una de las grandes cualidades del fútbol, no hay nada más épico ni más dramático que el fútbol”, dice Cucurto. “Me acuerdo de Camerún en el mundial del 90 que le dio una lección de fútbol a Inglaterra a pesar de perder 3 a 2 en un partido dramático. Imagínate un equipo africano casi sin historia futbolística dándole un verdadero paseo a los inventores del fútbol: ahí hay toda una lucha de clases, de razas, de países, de clases sociales. África hasta ese momento en el fútbol era desconocido. Por eso yo al fútbol lo relaciono con el género fantástico, por los valores que tiene: puede ser dinámico y a la vez impensado, natural, espontáneo”.

El fútbol, como dice Washington, puede entenderse muchas veces partiendo desde lo lúdico. Por eso solo se puede comprender a plenitud cuando se juega. Ni un partido visto ni un poema escrito puedan lograr las sensaciones y emociones de patear la pelota. Vivir el fútbol es jugarlo, o haberlo hecho alguna vez. De lo contrario, todo lo que se diga sobre este deporte estará incompleto.

“Desde el espectador, desde la persona pasiva, es distinto. Para los que significa adrenalina pura es para aquellos que juegan, para aquellos que corren y que viven las distintas situaciones del partido. Esto por supuesto pasa jugándolo, obviamente que viéndolo también, pero esto se da es cuando jugás. Somos muchos los espectadores del fútbol, pero ahí solo descubrimos una parte de lo

que es, al tratar de analizarlo y comprenderlo nos estamos perdiendo de esa porción de la experiencia de jugarlo, que es lo más lindo”.

Al hablar con un escritor del corte de Cucurto, no se puede pasar por alto el tema social. El autor de libros como “La máquina de hacer paraguayitos” o “Cosa de negros” siempre está haciendo alusión continua a las minorías y a los marginales. Pero no son solo sus textos, también sus iniciativas. Washington –o Santiago, o los dos, o él mismo- creó ‘Eloísa cartonera’, una editorial que se dedica a publicar textos de autores inéditos en libros fabricados con cartón adquirido a los recicladores de Buenos Aires. Esa sensibilidad lo ha llevado a reflexionar también sobre el papel del fútbol en las sociedades.

“El fútbol es una manifestación social que nos hace casi impermeables a casi todas las cosas que nos suceden. Eso pasa en el fútbol colombiano, que es muy hermoso y elegante: es muy difícil encontrar jugadores más elegantes que los de la selección colombiana corriendo y entregando el balón con una técnica del más alto nivel. Casi que se podría asimilar a un poema. La poesía está también en esas cosas de la vida y del fútbol”.

“Estaba pensando en lo que me preguntabas del papel del balompié en nuestras sociedades y de verdad creo que tenemos que ponernos la mano en el corazón y preguntarnos cuál es el puesto que le damos al fútbol, y tratar de mirar qué de positivo y de negativo tiene eso, porque aunque el fútbol parte de la realidad, hoy en día están ocurriendo cosas que para uno resultan un poco ficticias, como que un futbolista gane 50 millones de euros al año. Eso es algo impensado, por eso es que la literatura y el fútbol son dos cosas que se pueden analizar sociológicamente más que de otra forma”.

Entre esos textos de Cucurto también aparece algún personaje curioso. Un aficionado al borde de la depresión por los malos resultados de los últimos partidos, otro enamorado de una chica que es hincha del equipo rival, el de más allá preocupado por los posibles refuerzos que traiga su equipo. Washington se vale de estas historias para ilustrar el tema que está tratando. De fondo, lo que hay es una demostración de cómo el fútbol, a pesar de lo que piensan muchos, le cambia la vida a las personas. Ir a trabajar el lunes por la mañana no es lo mismo después de que tu equipo pierda un clásico. De eso no hay duda.

“El fútbol te cambia el día a día, por supuesto, no hay tristezas o alegrías más grandes que las deportivas. Cuando Maradona levantó la Copa del mundo de 1986 fue un momento de gran felicidad para mí. Hace poco se fue River Plate a la B y eso produjo una profunda tristeza en mucha gente, porque son cosas que

están muy ligadas con el sentir de los pueblos y son tan influyentes que te cambian la forma de enfocar tu quehacer diario: al fin y al cabo la vida”.

Y que lo diga un hincha de Independiente, el siete veces campeón de América que acaba de caer al descenso, es una muestra clara de que así es. El balón, igual que la Divina Comedia, te puede llevar del infierno al cielo en cuestión de segundos.

Después de media hora de charla, me despido de mi entrevistado sin saber todavía si debo decirle Washington o Santiago. Decido finalmente, sintiéndome ya en confianza, decirle ‘Cucu’. Al otro lado de la línea se adivina una sonrisa cómplice. Seguramente porque da igual quién sea. El fútbol, al final, nos hace a todos iguales.

El barrio, la cancha y la vida

“Un escrito sobre fútbol deja de ser fútbol y se convierte en literatura. El fútbol es fútbol, lo escrito sobre fútbol no es fútbol, es periodismo, o es algo distinto, pero no es fútbol”.

Álvaro Perea

Por Luis Miguel Bravo Álvarez

Un joven de guayos coloridos levanta un armatoste de dos metros que acaba de caer a la grama. Es una de esas moles de plástico que sirve para simular una barrera humana. Otro, parado bajo los tres palos, espera por un nuevo remate de su compañero. La operación se repite una y otra vez. Parecen no cansarse. Siguen practicando tiros libres como si su vida dependiera de ello.

A pocos metros de allí, en el costado occidental de la cancha, está sentado Álvaro Perea. Las piernas sobre el asiento, el resto del cuerpo sobre el respaldo, contempla la cancha del barrio Pablo VI como si mirara la película de su vida. Aunque suene metafórico, es real. La vida de este bogotano está ligada directamente con ese rectángulo verde de pasto mal cortado.

Álvaro habla despacio, piensa muy bien lo que dice. Es amable y dicharachero, pero cuando tiene que hablar en serio, lo hace. Y el fútbol, para él, es un tema serio. Que sea motivo de jolgorio y algarabía no le quita la seriedad. Ni siquiera los partidos de barrio son un juego de niños, porque cada encuentro está lleno de significado.

“No es que yo valore más el fútbol del barrio. Lo que pasa es que el fútbol en específico era –y sigue siendo- una herramienta a través de la cual se sobresale allí. Cuando yo era niño, éste era un barrio recién formado, había muchas parejas jóvenes con muchos hijos. Acá hay 80 edificios, cada uno con 20 apartamentos, con promedio de cuatro hijos. Entonces, multiplique, eso da 6400 niños de las mismas edades y de la misma extracción social. Eso quiere decir que todos éramos iguales. Por eso el fútbol era la única forma de conseguir un estatus: el que juega bien casi siempre es el líder”.

“Creo que esto lo dijo Camus, el fútbol es la mejor forma de conocer cómo son las personas: el que es flojo en el fútbol lo es en la vida, el que es guapo también, el

que es generoso, el que tiene sentido de equipo, el individualista. Son asociaciones muy simples pero que a mí me parecen verdaderas. De ahí viene mi afición por el fútbol de barrio, porque a mí me parece que lo que importa en un ser humano es lo íntimo, no lo público, porque lo público sólo te da una posición social, lo íntimo te llega al alma. Un partido de fútbol en una cancha de barrio puede ser igual a un partido profesional porque la persona se juega íntimamente su honra”.

El fútbol como una manera de conocer a los demás. Pero también, para Perea, es una manera de conocerse a uno mismo, de saber lo que es la vida. Los sueños de casi todos los niños suelen tejerse alrededor de un balón, pero también vienen de allí las primeras frustraciones.

“Uno de los dolores más grandes que yo he tenido en mi vida –sacando la muerte de mi mamá y de mi hermana- es haber perdido el campeonato del barrio. Esa sensación de derrota y de profunda tristeza es difícil de sentir después, más porque cuando uno es niño los sentimientos están más a flor de piel. Cuando chico a uno le importa más el fútbol que sacar buenas notas. Perder en el fútbol era perder lo máspreciado. El fútbol tiene de bueno que te enseña a ganar y a perder, y eso también te da humildad y la conciencia de saber que en todos los aspectos de la vida uno pierde más de lo que gana. Pero también tiene esa cualidad de hacerte tomar decisiones que psicológicamente no se explican, como querer jugar en el equipo que tenga más probabilidades de perder, como en mi caso. Yo siempre quería jugar en el menos bueno de los equipos. Es una visión romántica, pero esos son los valores que te da el barrio. El fútbol de barrio ha sido parte integral de mi vida, como un brazo, como una extensión natural de tu propio ser, como lo puede ser la relación con tus padres. En cambio el otro fútbol -el profesional- tiene algo de ajeno, aunque seas hincha de un equipo, no deja de ser lejano. Yo nunca quise ser profesional, siempre lo que quise fue jugar acá”.

Pero el niño Álvaro no sólo jugaba; también leía. Eso lo hacía distinto de los demás niños, que sólo tenían cabeza para la pelota. Allí comenzó a gestarse el otro gran amor de Álvaro: la literatura.

“Me empecé a diferenciar de los demás niños porque me gustaba mucho leer, leía sobre todo mucho de historia, del imperio romano, de los griegos, etc. Era fascinante e hizo crecer en mí una sensibilidad hacia la épica muy grande. Me la pasaba leyendo y jugando fútbol, y estar en la cancha era como traspasar las batallas que leía a una cosa real, a algo que implicaba una vivencia directa”.

Sin embargo, no era únicamente la Ilíada, ni la Odisea, ni las historias sobre Julio César lo que leía. A la casa de los Perea llegaba del sur del continente una publicación que no solo cambió la forma de ver y de vivir el fútbol de Álvaro, sino que también incidió para que comenzara a decantarse definitivamente por el camino de las letras.

“La lectura que me enseñó a mí lo que es la literatura fue la de los grandes cronistas de El Gráfico de los años 70. Mi papá era aficionado al fútbol argentino y guardaba las colecciones de esa revista. Por ejemplo, el mundial del 78 fue una revelación para mí porque capté lo que podía ser el fútbol como pasión. Ese fue el primer mundial que vimos a color, el primer mundial de los papelitos, de los cantos. No se me ha borrado de la memoria esa foto famosa, de entre las muchas fotos famosas de El Gráfico, esa foto que es poesía pura: cuando Argentina gana la final, el público invade la cancha, porque ese fue el Mundial del pueblo, y están Tarantini y Fillol abrazados en la mitad del campo y parado juntos a ellos hay un hincha manco mirándolos, como queriéndolos abrazar con el corazón. Esa foto la titularon “El abrazo del Alma” y a mí me tocó las entrañas. Después volví a ver un pie de foto parecido cuando Freddy Rincón hizo el gol contra Alemania en 1990: aparece Rincón gritando y detrás viene el Pibe, y el titular dice ‘En un Rincón del Alma’. Eso fue categórico en mi vida”.

Un grito de gol es auténtico. Un libro, quizá no

El balón pega en el travesaño y entra. Un golazo con todas las letras. El muchacho de guayos coloridos logra mandar el balón por primera vez al fondo de la red después de media hora intentándolo. La alegría se posa sobre su rostro y comienza a bromear con su compañero. La que transmite se percibe como una felicidad genuina, sincera.

Los que lo han vivido lo podrán atestiguar: debe haber pocas emociones humanas tan genuinas y sinceras como la alegría que se siente cuando se marca un gol. Esa cercanía a lo íntimo de la persona condiciona de cierta manera a las personas que quieren escribir sobre ella. Por eso, Perea considera que entre la gente que escribe sobre fútbol existe un grupo que no lo hace de manera sincera, porque teorizan demasiado sobre el deporte, quitándole lo que es por naturaleza.

“No todos los que escriben de fútbol son auténticos, aunque cada uno siente el fútbol de manera distinta. Por ejemplo hace poco leía un libro de Juan Esteban Constaín, “Calcio”, y me pareció un juego medio intelectual, pero no lo veo muy auténtico. A veces se intelectualiza mucho el fútbol, y yo pienso que con el fútbol no se puede hacer eso, como cuando se quiere intelectualizar el amor, creo que

son cosas más carnales, muy cercanas a las personas. El fútbol por eso es próximo a la poesía y a la literatura, es como una batalla donde están las emociones más básicas del ser humano, creería que a veces eso se sale de ahí y se le tratan de dar unas connotaciones que no son propias de él”.

“El fútbol llega hasta donde llega, es como reemplazar una batalla con espadas por un partido, sigue siendo una cosa como de una lucha pero también con una carga infantil. El fútbol lo que hace es quitarle todo al hombre: sus conocimientos, sus experiencias, y lo que queda es lo que se ve en una cancha de fútbol. Uno ve gente muy educada que en una cancha se vuelve terrible, unos patanes, y también hay delincuentes que han estado en la cárcel y que en la cancha son caballeros, y yo me quedo con lo que pasa ahí, porque me parece lo más real. Para mí hay mucha maricada entre lo que se escribe de fútbol. Por ejemplo, pienso que esos comentaristas que uno oye en los medios no entienden el fútbol, y pretenden darle una significación que no tiene, pero allá cada uno con sus vainas, la gente puede escribir de fútbol como escribe de marcianos o de vampiros, que a mí me parece una güevonada. Yo creo más en los literatos que ponen su sangre en la hoja, que hablan de lo que han vivido, de lo que sienten, de lo que conocen, de lo que les duele. Valoro más al que no miente tanto, no me gusta lo cosmético”.

La autenticidad por encima de las discrepancias. Por eso Perea defiende a muerte a los que no les gusta el fútbol, y los prefiere a los que dicen gustar de él pero lo tergiversan o deforman. La literatura, dice él, tiene que nacer del alma. Por eso no está de acuerdo con la gente que utiliza el fútbol como insumo para escribir, pero con fines meramente comerciales.

“El escritor que más admiro es Jorge Luis Borges. No solo eso, lo quiero como si fuera mi abuelo. Es un maestro, un tipo que le abre a uno caminos. Yo tengo muchos amigos que son gente de libros a los que el fútbol les vale un huevo (como Borges), y me parece bien. En el mundo hay gente muy distinta, y yo creo que a Borges le parecería terrible que en Argentina se viviera esa obsesión por el fútbol, porque él lo veía como algo decadente y podría asimilarlo a esas diversiones que tenían los emperadores en el imperio romano para acallar las conciencias: el “pan y circo” para que la gente no tuviera que pensar, una herramienta de alienación. Me parece que esa posición de Borges es entendible y la prefiero a la gente que finge, hay mucha gente a la que no le gusta el fútbol, y si no entiende lo que hay ahí y si no tiene la sensibilidad para entender lo que allí se juega no va a escribir de algo que le es ajeno y que no valora”.

Pero a diferencia de Borges, su maestro, Perea sí parece estimar el fútbol como fenómeno y como vivencia. Precisamente por eso, hablando del otro grupo de escritores, defiende a los que escriben con toda su alma de aquellos que dicen que el fútbol es incomprensible y abstracto, y por eso escribir de él no tiene sentido. Bajo ese criterio, dice Álvaro, la literatura estaría muerta, porque no podría escribirse de nada.

“Esa tendencia me parece tonta porque hay una gran cantidad de cosas que son difíciles de expresar con palabras como el amor, Dios, pero igual el hombre lo intenta. Negarse a escribir de algo porque uno no lo capta del todo es como rendirse antes de jugar un partido. En medio de todo eso, nace la poesía, la capacidad de apreciar lo intangible, lo abstracto. De eso que sabes que está pero que no puedes ver, en eso se diferencia el arte de la ciencia: yo tomo un átomo de uranio y lo parto y me sale una bomba atómica y siempre será así porque así lo dice la ley científica; en cambio lo que busca el arte es comunicar aquello que no da garantías, aquello que es pasión e ilusión y que no sabes qué es y que intentas agarrar aunque sepas que no sabes”.

“Hacer poesía y literatura es como las asíntotas, esas dos líneas que van juntas y que nunca se tocan. La relación entre la literatura y el fútbol es así, pero yo pienso que el fútbol sí es aprehensible, difícil de aprehender, pero lo es. Es decir, yo tengo una manera de ver el fútbol que yo creo que es verdadera para mí, y así puedo transmitir lo que siento por el fútbol, no creo que sea una de las cosas inaccesibles que hay en la existencia, me parece más difícil meterse en el conocimiento de Dios, y aun así hay místicos como Santa Teresa de Jesús que hacen poesía sobre lo más intangible que puede haber y hacen cosas maravillosas”.

Tan aprehensible es el fútbol que puede llegar a asimilarse con una guerra. Por lo menos así lo ha hecho Álvaro desde niño, y de ahí el carácter mítico que llegan a tener los que participan en ella. Pero lo que llama la atención de Perea no es la parte sanguinaria, cruel y feroz de la guerra, sino el heroísmo y valentía que hay detrás de cada gesta. Lo mismo que encontró en el fútbol desde la época en que comenzó a leer El Gráfico.

“Yo identifico al fútbol con la poesía épica. A mí me gusta la poesía y los poetas del siglo XIX para atrás. Según Aristóteles, el poeta no era el que hacía versos sino el que creaba mitos. Según esa teoría, si poeta no es el que escribe versos, sino el que crea mitos, escribir sobre fútbol podría asimilarse más a la poesía en el sentido de que el fútbol podría ser una creación de mitos, porque yo creo que la

sociedad los necesita. La poesía que es solo crear versos no la asimilo mucho al fútbol. Es tan difícil hacer poesía que lo que abundan son malos poetas, entonces si uno hace poesía de fútbol puede haber mucha basura. Es por eso que pienso que escribir de fútbol se puede asimilar a la poesía épica en el sentido de la creación de mitos y la narración de gestas. Pero también se pueden hacer ensayos de fútbol o usar otros géneros, porque puede ser objeto de conocimiento, como tantas otras cosas.

Metáfora (de una parte) de la vida

Los prospectos de futbolistas intercambian roles. El que pateaba se pone de portero y viceversa. Inmediatamente, el panorama cambia para ambos. Como cambiaría en un paredón para el acusado que pasara a ser verdugo. En ésta y tantas otras circunstancias el fútbol nos permite interpretar lo que pasa en nuestra vida. Esa es una cualidad única que tiene este deporte. Sin embargo, Perea piensa que no es absoluta y que el fútbol no puede llegar a representar todos los ámbitos de la vida del hombre.

“Así a mucha gente no le guste el fútbol, es innegable que es una de las actividades más populares de la humanidad contemporánea, una de las principales manifestaciones de la cultura de masas. El fútbol hace parte del acervo cultural de las masas, por lo cual influye el lenguaje, que es lo más básico con lo que nos comunicamos. Pero el fútbol no solo entra en eso, también en la política: el ex presidente de Boca Juniors es ahora político, Berlusconi es el dueño del Milan y fue primer ministro de Italia. Solo por mencionar países importantes, pero Didier Drogba, por ejemplo, detuvo la guerra en Costa de Marfil. Pero eso no es gratuito, el fútbol es una herramienta privilegiada dentro de la sociedad contemporánea y por eso se da la penetración del lenguaje futbolero en la vida”.

Esa relación política-fútbol comenzó a gestarse casi desde el nacimiento de este deporte. A lo largo de la historia se ha visto cómo el balompié ha sido perjudicado muchas veces por aquellos que lo utilizan como una herramienta de propaganda. Para Álvaro Perea, la relación va mucho más allá, y los perjuicios que acarrea no alcanzan solo al fútbol, sino a la sociedad entera.

“Vemos entonces que en Argentina escogen tipos que manejaban equipos para que los gobiernen: no sé si eso es bueno para el fútbol o para la sociedad, porque yo creo que si bien el fútbol es una metáfora de la batalla o de algunos conflictos, no pienso que sea una metáfora de la vida entera o de toda la sociedad. El fútbol es competencia y yo no creo que la sociedad deba ser concebida como una competencia, porque la gente que concibe la vida como una competencia

normalmente somete a sus sociedades en dinámicas caníbales. Por eso personas como Joan Laporta pueden ser una muestra de que el fútbol sirve para exacerbar cosas como la xenofobia, aunque no sea culpa del fútbol. Estoy de acuerdo con Maradona cuando dice que la pelota no se mancha, pero sí me parece peligroso que un tipo del fútbol pueda hacer otras cosas en la sociedad. Un buen director técnico de fútbol puede ser un buen general, pero no estoy seguro de que pueda ser un buen humanista, porque no siempre se trata de ganar y perder, sino de hacer que todos echen para adelante. A eso me refiero cuando digo que se puede interpretar la vida con el fútbol pero solo hasta cierto punto”.

Los goles no se van de la memoria

Todos los balones se han ido por arriba o han golpeado la barrera. Desde que dejó la portería, el amigo del muchacho de guayos coloridos no ha podido marcar ni un solo gol. Porque dentro de la simplicidad del fútbol, el gol es lo más difícil de lograr, lo que más trabajo cuesta, aquello que le da sentido al esfuerzo. Quizá por eso la retribución sea una alegría tan grande y un recuerdo imborrable para el que lo logra y para los que vivieron con él. Casi todos los sucesos importantes de la vida de Álvaro Perea, por ejemplo, están ligados a un partido o a un gol en especial.

“Yo creo que determinados momentos del fútbol, cuando uno es futbolero, se vuelven hitos de la existencia, son mojones, referentes. Por ejemplo, mi matrimonio sería en Armenia dos días después del partido de Colombia contra Estados Unidos en el mundial del 94. Mi esposa ya se había ido para allá y yo me quedé en Bogotá porque tenía que trabajar, e iba a viajar antes del partido en avión. Cuando volvía después de alquilar el smoking, el taxista tenía prendido el radio, y estaban diciendo que Maturana iba a renunciar, que la selección estaba hecha un mierdero. Entonces comencé a sentir una mala energía tal que decidí mejor irme en bus para no ver el partido. Pero claro, mientras iba en el bus, iba pensando en el partido, no en el matrimonio. A mi lado iba un señor con un radio en el que no se oía nada, y de repente el tipo empieza a gritar que había hecho gol Andrés Escobar y toda la gente comenzó a gritar y a abrazarse...hasta que el tipo a los dos minutos dice que había sido autogol. Ahí surge una imagen que nunca se me va a borrar de la memoria: yo iba en ese bus viendo a la gente por el camino, nunca había visto a la gente tan triste, fue un golpe devastador, porque no era una esperanza infundada, no era una mentira, era algo que tenía fundamento. Creo que Colombia podría haber ganado ese mundial, porque el mismo Brasil que ganó no era un gran equipo. En fin, yo sí creo que el fútbol

marca hitos, en mi caso, el del matrimonio y la derrota (risas). Esa eliminación todavía me duele”.

Justo en ese momento, entra una llamada de su esposa. Llevamos ya una hora hablando y está extrañada de que Álvaro no haya vuelto a casa. Tan embelesados estamos con la conversación que no habíamos constatado el paso del tiempo. Después de prometer que volverá pronto, continúa con su relato.

“El 1 a 1 de Colombia contra Alemania también es un recuerdo imborrable. Estaba con mi papá. Colombia jugó muy bien, mejor que Alemania, que era el mejor equipo, y en el minuto 85 Littbarski le hace el gol a Higueta por el lado ciego - siempre que le pateaban allá él solo hacia un gestic y la dejaba pasar-. En ese momento yo me paré a echar madrazos, a decir que siempre era lo mismo, y me fui para la cocina a mirar por la ventana, y fue muy raro porque no quería volver pero igual volví, y cuando me llegué vi a Leonel con el balón, que se la dio al Bendito, éste al Pibe, éste al Bendito, éste al Pibe de nuevo, y ahí no sé por qué pensé que se iba a poder, y cuando vi que el Pibe se la manda a Rincón y ese negro fabuloso define por debajo de las piernas de Illgner, entonces sentí uno de los momentos de mayor explosión de alegría de mi vida, me abracé con mi papá, caímos sobre la cama y la rompimos, y hasta mi mamá, a la que no le gustaba el fútbol, estaba feliz”.

Se detiene. El muchacho que estaba pateando consiguió por fin marcar un gol. Álvaro esboza una pequeña sonrisa, como si esperara con ansias que eso pasara. Después, prosigue.

“El 27 de agosto de 1989 fue otro día memorable. Mi mamá –que ya era una mujer mayor, lo cual nos generaba preocupación- estaba embarazada de mi hermana menor. Ese día jugaba Colombia contra Paraguay por las eliminatorias al mundial de Italia. En plena calentura por la cercanía del partido mi mamá comenzó a anunciar que presentía que ese día sería el parto. Nosotros estábamos tan embolados con lo del partido que no le paramos bolas, y entonces mi mamá comenzó a prepararse para ir a la clínica y nosotros como si nada, y cuando iba saliendo fue que nos dimos cuenta. Menos mal ese parto fue el más fácil de la historia, salió mi hermana, e inmediatamente nos fuimos a ver el partido (risas), que perdimos 2 a 1 porque el árbitro dio como 15 minutos de descuento como esperando a ver si Paraguay metía el segundo gol. Ese partido está asociado al nacimiento de mi hermana menor”.

“Otro día que recuerdo con gracia fue cuando Colombia jugó el repechaje contra Israel en Tel Aviv. En la ida habíamos ganado 1 a 0 con gol de Usuriaga. Ese día

yo tenía examen final de redacción periodística con la profesora más exigente de la Universidad, pero antes me puse a ver el partido con dos compañeros. El partido quedó empatado y Colombia clasificó al mundial. Apenas acabó el partido salimos para el examen, pero no fue sino salir y ver a la gente enloquecida gritando, los carros pitando, entonces dijimos: “para qué carajos vamos a ir a ese examen”, y nos quedamos celebrando. Obviamente sacamos cero (risas). Esa fue la única materia que perdí en la Universidad y fue por ese partido”.

El amor se retribuye con amor

Ambos, el de guayos de colores y su amigo, parecen extenuados. Por fin deciden dejar de practicar y recogen sus maletines. Mientras los vemos marcharse, le pongo a Perea la última cuestión: ¿libros o partidos? Después de semejante retahíla de recuerdos sobre fútbol, pensé que la respuesta era obvia. Resultó no serlo.

“Creo que la respuesta no es o fútbol o libro, porque tú siempre tienes el libro, en cambio el disfrute del fútbol es momentáneo, es la felicidad en un instante concreto e intenso, que se va. Ningún partido es igual a otro, cada partido es irreplicable, en ese sentido es necesario que lo agarres ahí o se te va, eso es lo que lo hace especial. La gran ventaja de la literatura es su perennidad, el saber que puedes estar con los grandes hombres de todas las épocas, lo cual es algo maravilloso. La gran diferencia es que la literatura es incondicional, el fútbol te deja tirado: es como una mujer bella e ingrata. La literatura es como la esposa buena, como tu mejor amiga, la que siempre está ahí, acudes a ella y la encuentras. Entonces diré sin dudar que amo más a la literatura que al fútbol, el fútbol es una pasión, como la que sientes por la mujer que te deslumbra; en cambio la literatura es el amor constante, de hecho el fútbol me ha causado miles de decepciones, el fútbol me hecho tantas cosas malas... en cambio la literatura ha sido un gran consuelo, una gran amiga. Son dos amores distintos”.

El 'abogado' de la pelota

Quique Wolff no saluda de mano sino de abrazo. A quien sea. Haber jugado en el Real Madrid, en River Plate, Racing y la Selección de Argentina nunca alteró su humildad. Y ahora que trabaja como periodista en ESPN –dicen sus compañeros– carga equipos y luces como el resto del staff. Después de ese ajeteo, se sienta a presentar *Simplemente Fútbol* o *Sportcenter*. Por eso accedió sin peros a relatar en primera persona la relación que encuentra entre literatura y fútbol. De antemano se sabe que su vida es un libro con más comas que puntos.

Por Juan Diego Ramírez C.

Dicen que *Simplemente fútbol* es literatura hablada. Yo digo que siempre traté de ser respetuoso por el deporte que amo. Y al fútbol que tanto amo le añado música, entrevistas a artistas para comparar sus oficios con los jugadores. Los músicos le cantan al amor y yo les pongo imágenes de fútbol de fondo y pareciera que le cantaran al fútbol. Otros, simplemente, le cantan al fútbol con amor, como La Mosca: “Hace tantos domingos que te espero. Hace tantos domingos que no estás. *Simplemente fútbol* es lo que quiero, simplemente alegría popular. Un domingo sin poder ir a la cancha, una hinchada sin poder gritar un gol, y en la noche en el café no tenemos de qué hablar. ¡Volvamos a la cancha a disfrutar!”. Y, por supuesto, no hay programa sin pelota. Si no veo la pelota en el set, no empieza el programa. Ya está. Pensemos en instaurar el día mundial del fútbol –inexistente injustamente hasta ahora– y, para festejarlo, organizamos un gran partido: elegimos los mejores 22 futbolistas del mundo, el mejor estadio y lo llenamos de autoridades e hinchas. Los más fieles hinchas. Llamamos a los mejores árbitros, los mejores entrenadores. El árbitro va a sonar el silbato pero, un momento, ¡no hay pelota! Pues no se juega. Se puede jugar sin público, con siete jugadores, sin entrenador, pero no sin pelota. Y, ¿qué creen? Los lunes, en ninguna radio o televisor hablan de ella. Y ella dirá: “¿Qué pasa? Soy fundamental, imprescindible, ¿Y de mí nadie habla?”. Yo no puedo hacer un programa de fútbol sin la pelota en las manos y, así se burlen de mí, también le hablo, la miro y converso con ella. ¿Cómo no? De no ser por ella, no habría nada.

En mi época, si no había arcos, usábamos dos zapatos como postes. Pero ninguno del barrio podía olvidar el balón. A mí siempre me acompañó una de goma, o de plástico, una unión de medias o de papeles que moldeábamos a golpes. Por eso yo sí hablo de ella, de la pelota. También con ella, por loco que

parezca. Gracias a ella viví alegrías inimaginables, como ser hincha de Racing Club de Avellaneda. No sé si sea descriptible el amor que siento por este equipo, que cuando gana soy feliz y cuando pierde me entristezco. No sabré nunca si es posible describir con palabras este sentimiento. Un día miraba *El secreto de sus ojos*, la película de Juan José Campanella –también hincha de Racing– y le dije a mi esposa: “Están hablando sobre jugadores de Racing”. “Déjame tranquila”, me respondió ella, sin mirarme siquiera. Y de pronto cuando la cámara hizo una toma aérea del partido Racing-Huracán le nombro a los once jugadores de ese partido y luego lloro. Lloré también cuando Gerardo Bedoya, en 2001, le marcó a River Plate y nos coronamos campeones después de 35 temporadas. Al ver que no daban la vuelta olímpica, ese año en que yo ya trabajaba en ESPN, pensé: “¿Y si me animo a dirigir a Racing?”. Les propondría a los dirigentes asumir sin cobrar, eh. Por ahí –se me ocurrió– la suerte se me aparece, salgo campeón y me pagan algo. Pero gracias a la vida se me adelantó Reinaldo Merlo, *Mostaza*, y lo logró el 2 de diciembre de 2001. Ese día fue uno de los más emotivos de mi vida: me llevé al estadio conmigo a Pedro, mi hijo, que nunca había gritado campeón. Él se enojó porque no nos quedamos para celebrar. ¿Cómo? Si tenía que irme a presentar el noticiero de SportCenter. Pero, claro, mientras duró, nos abrazamos y lloramos juntos. Era encontrar por fin en mi hijo un cómplice perfecto del delirio y la condena que significa Racing.

Enrique Ernesto Wolff Dos Santos(21 de febrero de 1949, Buenos Aires) habla con tal naturalidad que sus respuestas parecen predeterminadas. Mientras jugaba para Real Madrid (1977-1979) lo invitaban frecuentemente a programas radiales para analizar la Liga Española. Se convirtió en periodista deportivo en 1982, cuando viajó a España a comentar el Mundial con Canal 13 y alimentó su locuacidad en Radio Continental, Radio La Plata y en últimas en ESPN, canal en el que por regla no usan teleprompter. Por eso cuando habla de fútbol, sus pupilas se dilatan y detiene su discurso perfecto sólo si se lo piden. Únicamente.

-¿Me podría firmar este balón?-, interrumpe la entrevista una mujer, con un marcador en la mano y los ojos brillantes.

-¿Cómo te llamás vos?, le pregunta Quique Wolff con una sonrisa inocente, mientras estampa su rúbrica.

-Me llamo Linda-

-Claro, ¿cómo más te ibas a llamar?, replica Wolff y mira a su alrededor con una carcajada, como buscando cómplices a su flirteo. Claro que los encontró: cómplices es lo que le sobran a este comentarista sensible.

Una hora antes, Quique Wolff había oficiado como maestro de ceremonia de un evento de ESPN en un salón del Club El Nogal de Bogotá. Habló de la relación de su canal con nuestro país, dijo sentirse tan colombiano como argentino y produjo carcajadas en los presentes cuando trató de imitar un acento paisa. Al finalizar la presentación huyó de los sharpies y los flashes sólo para conversar sobre fútbol y literatura, una relación que encuentra tan emocionante por la cantidad de libros que leyó al respecto y por el par que intentó escribir con su escritura simple.

Para mí Rácing lo fue todo desde siempre –continúa con su relato luego de firmar el autógrafo–. Y si había un equipo con el que debía probarme, pensaba yo de chico, ese era Rácing. Tiempo antes había empezado en un potrero jugando fútbol con mi hermano mayor. Jugaba en un garaje o en la calle y buscábamos la pelota en casas de vecinos reticentes. Volvía siempre a casa con los pantalones rotos por caerme en el asfalto: siempre jugaba con mayores que yo y al principio mi cara mantenía más en el piso que mirando al frente. Si no había con quién, jugaba en el jardín y mientras dominaba la pelota, narraba, imitaba las transmisiones radiales –Vaya premonición–. Y soñaba con jugar en Rácing Club. Tal vez no lo esperaba, pero lo soñaba y por eso ocurrió así, como lo cuento en una biografía mía que publiqué en 1997: “Recuerdo que armé el bolso, con unas medias de fútbol, un pantaloncito, una camiseta blanca (no me animé a llevar una con los colores de Rácing) y mis ‘botines sacachispas’. Partimos desde San Isidro, en el norte de Buenos Aires, en tren y colectivo, en un viaje de más de una hora y media, hasta Avellaneda, en el sur de la provincia”. No pasé, pero el entrenador de divisiones menores (Juan Carlos Cacho Giménez) me dijo que regresara en un año y que, de hacerlo, me inscribía sin filas ni trámites. Volví para comprobar si me había engañado y mientras firmaba para probarme de nuevo “se paró frente a mí, me miró y, con esa apariencia de tipo siempre arreglado y bien peinado a la gomina, me dijo con una sonrisa pícaro: ‘Usted es Wolff’. El ‘sí’ no me salió muy fuerte, pero bastó para que arrancara la frase mágica: ‘Lo iba a llamar... No se anote. Vaya a cambiarse. Se queda con nosotros’”. Fue uno de los momentos más lindos de mi carrera deportiva. También el día que me dijeron que jugaría en primera división, tres años después. Como también vestir por primera vez la camiseta de la Selección Argentina. Y, claro, cuando una tarde (yo llevaba cinco o seis convocatorias) el seleccionador, que yo miraba todavía como a un jugador ilustre

de la Juventus –era italiano– y no como nuestro nuevo entrenador, me llamó aparte y me dijo: ‘Wolff, usted tiene unas condiciones diferentes como líder. Usted va a ser el capitán, mi capitán’.

El Quique Wolff que por estos días usa un bastón ocasional, que degusta al menos dos tipos de vino en los restaurantes, que viste siempre pantalones y mocasines, no es muy diferente al que jugaba en la cancha, hasta 1982. Uno se da cuenta cuando compañeros de trabajo –como la periodista Vanessa Palacio– dicen que “es un como un papá para todos”; y entonces asocia uno esta frase con el recuerdo de que fue capitán o al menos líder y caudillo en todos los equipos en los que jugó. Wolff disfruta su oficio actual, como solía hacerlo en sus tiempos de marcador izquierdo y volante de recuperación. “Mi lema era vamos a sufrir durante la semana para ser felices el domingo. Por eso no entiendo a los jugadores que salen a la cancha con el ceño fruncido a cantar su himno. ¡Nooo! Si estás haciendo lo que más te gusta. Supongo yo”.

Por su parte, él siempre sonríe en sus transmisiones: en las entrevistas tiene por regla “homenajear a sus invitados” y durante los partidos trata de aportar con comentarios positivos. “Los que critican es porque se mueren de la envidia de estar hablando y no jugando”, dice. De hecho, nunca simpatizó con los pocos que lo criticaron durante su carrera de futbolista. Tampoco simpatiza con quienes denigran del fútbol a través de la literatura. “Si hace feliz a tantos no debe ser todo malo. Tampoco voy a decirles a quienes odian al fútbol: no saben de lo que se pierden; nosotros somos unos privilegiados. Pero sí deben entender este deporte como una condición humana”. En últimas, así como un país puede ser el reflejo de su selección de fútbol –o viceversa– Quique Wolff le debe al fútbol sus ideas, su educación. En sus biografías y libros lo evidencia. En su discurso ameno lo prueba. Por eso cita en ocasiones a Wálter Saavedra: “(...) Cómo vas a saber, querido amigo, cómo vas a saber lo que es la vida si nunca jamás, jugaste al fútbol (...)”.

El fútbol y la pelota me permitieron vivir, experimentar, caer y levantarme. Conocer y aprender. Me encontré con técnicos como el paraguayo Heriberto Herrera, que en Las Palmas de España nos prohibía desearnos suerte y nos explicaba que durante la semana no habíamos practicado la suerte. Que la suerte era una cuestión aleatoria que uno la incentivaba con trabajo. ¡Las cábalas...! Pensar que cualquier agüero se acaba con la derrota siguiente, y lo digo yo, que en el Real

Madrid, el único club donde no fui capitán, salía de último y con la pierna izquierda. Aunque, bueno, fuimos campeones dos años seguidos. ¡Coincidencias...! También descubrí, tras mi regreso de Real Madrid a Argentinos Juniors, que los dirigentes no pagaban salarios, que los técnicos vendían futbolistas, que los hinchas se metían a los camerinos a opinar o maldecir.

¡Ah! Pero allí también jugué con Diego. Digo con orgullo: jugué contra Pelé, contra Franz Beckenbauer, contra Johan Cruyff, y jugué con Maradona. El pibe, que por esos días me miraba como quien cruzó el océano para jugar en el Real Madrid, todos los días inventaba una jugada mágica. Una tarde fuimos a jugar un amistoso a San Juan. Terminó el primer tiempo y perdíamos 3-0. Entró Diego al vestuario, se sacó la camiseta, la tiró y gritó: “Somos una mierda, la gente viene a verme y mire”. Me paré y le dije: “¿Qué te importa lo que hagamos nosotros? Vos mostrá que sos Maradona. ¿Qué mierda hiciste en el partido? ¡Nada mejor que el resto!”. Entonces salimos al segundo tiempo y en una jugada él arranca como contra los ingleses en el Mundial del 86, y le salgo yo solo por el medio. Le sale el arquero, yo se la pido. Él sale para afuera y el portero se cae, yo se la pido; llega hasta el fondo, pasa a todos los defensas a punta de fintas, yo se la pido. Y otra vez se saca al arquero y a más defensas. Y cuando pensamos que iba a rematar, ahí sí, me la pasó a mí, que estaba mirándolo ya con la boca abierta. El balón me rebotó y el defensor la tiró afuera. Yo lo miro con ojos que recriminan y él me dice: “¿No me la pediste, Quique?”. Al final ganamos 4-3 y el caradura hizo de todo. Entonces empecé a entender que existen jugadores, y existe Maradona.

Fíjate que he mencionado aspectos extraordinarios como el de Diego que merecen perdurar en el tiempo. ¿Cómo? A través de la literatura: Hay una necesidad de compartir lo que significó Maradona para muchos, de tratar de explicar por qué Carlos Salvador Bilardo lo prefería drogado, un afán de contarles a muchos la razón por la cual Diego murió y revivió tantas veces. Como muchos aspectos del fútbol, Maradona es un símbolo, digno de ser usado por la literatura. Para mí fue un orgullo ser su compañero en Argentinos Juniors.

Y pude haber jugado con él en el Mundial de España 82, pero César Luis Menotti me dejó fuera de la convocatoria a último momento. Nunca le pregunté por qué, pues cuando vos sos titular no le preguntás al técnico el porqué, entonces tampoco cuando no jugás. En definitiva, sí fui al Mundial, pero con el Canal 13 y entonces comencé mi carrera como periodista. Ahora, además, soy conferencista en empresas en donde hablo sobre el trabajo en equipo. De hecho me animé a escribir “Trabajar en equipo es un golazo”, así la escritura nunca fuera mi fuerte. Como digo en este libro: “Me cuesta mucho trasladar al papel lo que me resulta

tan fácil expresar con palabras. Resulta mucho más fácil lanzar un penal que escribir un libro; sí, y aun si el penal me lo paraban o no acertaba el arco, ya que pertenecía a ese instante en concreto y a nada más. Cuando se escribe, el libro queda impreso en papel. Se lo puede juzgar todas las veces deseadas". Igualmente, logré establecer cuatro claves para ir por el camino correcto, todo gracias al fútbol, eh. Lo primero es elegir buenos amigos. Segundo, ser elegido; así usted diga que lo escogieron para algo poco piense que hubieran podido escoger a otro. Tercero, escuchar, como lo decía Alberto Cortés en su canción: "Que suerte he tenido de nacer, para callar cuando habla el que más sabe". Cuarto, creer en nuestras posibilidades. Y luego, soñar. Yo soñaba con jugar al fútbol, y no tenía ni idea de cómo eran los estadios, pero soñaba con jugar en el Maracaná de Brasil, en el San Siro de Italia, en el Santiago Bernabéu de España. De niño yo corría por el jardín de mi casa y decía: "Hola, los saludamos desde el Maracaná (...) ¡La lleva Wolff, la lleva Wolff!". Y un día entré allí con la camiseta de Rácing a enfrentar al Flamengo; otra tarde jugué en el Bernabéu un partido amistoso Argentina-España, antes de ir al Real Madrid. Y nunca jugué en el San Siro, pero cuando entré como periodista en el Mundial del 90, dije: 'Era el que había soñado'. Y, fíjate, los sueños no tienen edad. No sólo los chicos sueñan, no. Los grandes también. Cuando el sueño no se cumple, empezamos otros, y además es gratis hacerlo. Yo sólo soñaba con la pelota, como si se tratara de un cuento.

Lo relaciono todo con fútbol, porque este deporte saca lo más auténtico de nosotros, como parte de nuestra vida. Por eso se animan unos a escribir sobre fútbol, para expresar lo más íntimo de esas pasiones y para narrar algo tan susceptible a las letras. El fútbol es una novela. Yo no me perdía ningún escrito de El Gráfico y leía tanto esas crónicas deportivas como los libros de economía, mientras jugaba para River Plate. Luego hallé "El fútbol, dinámica de lo impensado", un libro de Dante Panzeri que siempre parece que fue escrito ayer. Reúne lo más genuino del fútbol.

Mi esposa, mis cinco hijos y nueve nietos le dieron el sentido a mi vida, porque sin ellos no hubiera podido triunfar en el fútbol. Y luego, sí, la pelota me hizo feliz, como a tantos. A muchos de esos les parece que la forma más fácil de expresar ese sentimiento es plasmarlo en letras.

El fútbol: como un cuento, pero casi un tango

“El escritor nace, igual que el futbolista. El tema es que se da cuenta después”. Jorge Barraza

Por Luis Miguel Bravo Álvarez

Es sábado en la tarde. Acabo de marcar la cantidad infinita de números que se requieren para que desde Colombia salga una llamada a Buenos Aires. De repente, un extraño arranque de sensatez me hace colgar el teléfono: el partido entre Barcelona y Sevilla acaba de comenzar.

Tres horas después, me doy cuenta de que no estaba equivocado: “Antes de que me llamaras estaba viendo al Barcelona. Si ellos juegan 60 partidos, yo veo los 60 y no dejo ni que me hablen, porque pienso que no hay que perderse ni un minuto de Messi. Ver jugar a Messi es ver jugar a la historia, yo me siento un privilegiado por el hecho de que seamos contemporáneos. Yo vi a Pelé ya siendo periodista, vi a Maradona desde sus inicios, vi a Bochini, y me parece que Messi es la suma de todos ellos. A mí me da igual que Messi gane o no el mundial, para mí es un jugador excepcional y no me quiero perder ni un minuto porque no quiero que me lo cuente nadie. Yo quiero verlo”. Así, con ese estilo rotundo, con esa elegancia, habla Jorge Barraza.

La mayoría de las personas que han escrito sobre fútbol y literatura en el contexto latinoamericano coinciden en decir que para ellos la revista “El Gráfico” fue uno de sus mayores referentes. Todos le atribuyen a las crónicas de esta publicación ese amor que combina las letras bien puestas con el conocimiento del fútbol. Pues bien, Jorge Barraza fue por muchos años el redactor jefe de “El Gráfico”. Luego, no es nada descabellado decir que el que está al otro lado del teléfono es uno de los mejores maestros que han tenido los amantes del fútbol y la literatura durante los últimos 40 años.

Aquí radica, a mi entender, una de las mayores dificultades de esta entrevista. Allá, en Buenos Aires, está el periodista deportivo más importante de América Latina. El único que ha dictado talleres de periodismo deportivo en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, invitado directamente por García Márquez. Acá en Bogotá, el aprendiz que lo ha leído toda su vida. Allá, el que ha ido a ocho finales de la copa del Mundo, a decenas de Copas América y Libertadores. Acá, el que a duras penas conoce el Atanasio Girardot.

Pero las abismales diferencias entre entrevistador y entrevistado las salva inmediatamente Jorge Barraza con su amabilidad extrema. Ni siquiera la mala recepción de la línea telefónica ni el hecho de que sean las ocho de la noche de un sábado lo exasperan. Él disfruta hablando de fútbol. Se le nota en su voz. Habla como si conociera a su interlocutor de toda la vida, y lo trata como si siempre hubieran sido amigos.

Su relación con el fútbol, dice él, está estrechamente ligada con su lugar de nacimiento. “Argentina es un país en el que si no te gusta el fútbol te consideran un marciano. Acá, si un candidato dice que no es hincha de ningún equipo de fútbol, de ninguna manera puede ganar las elecciones. Así que lo mío con el fútbol comienza desde lo cultural”, dice Barraza.

“Pero además, mi relación con el fútbol es un tema netamente familiar. Mis papás y mis tíos eran futboleros. Desde muy chico iba al estadio con mis padres, y ahí me atrapó la pasión, sobre todo cuando fui por primera vez a la cancha de Independiente. Tenía siete años y quedé maravillado por ese mundo que me impactó profundamente. Eso marcó mi vida”.

Allí, a comienzos de los años 60, nació ese vínculo irrompible que tiene con el fútbol y con Independiente. No debe existir una sola historia del rojo de Avellaneda que Barraza no recite de memoria. No solo porque las vivió como hincha, sino porque las cubrió como periodista.

“Mi relación con el periodismo nace también de chico. Yo recuerdo que mi papá se levantaba muy temprano, cuatro y media o cinco de la mañana, y se iba a comprar el diario. Nosotros vivíamos a pocas cuadras de la estación y si no había llegado el periódico al kiosco, lo esperaba. Al regresar, antes de hacer cualquier cosa en casa, se ponía a leer el diario y a tomar mate. Entonces, yo me levantaba y antes de hacer cualquier cosa leía el diario. De chico empezaba por las páginas de humor, luego los deportes, luego la política, y así me fue atrapando. Todas estas cosas juntas derivan en mi estancia y mi recorrido por el fútbol”.

La cuestión borgiana

Jorge Barraza podría tener miles de razones para odiar a Borges. Nadie como Jorge Luis despreció tanto el fútbol, el deporte que él tanto ama. Barraza escribe y escribe de fútbol. Borges ni encañonado lo habría hecho. Sin embargo, no lo aborrece. Ni siquiera necesita perdonarlo. Antes incluso, lo justifica. “Tengo que decir que Borges es mi escritor favorito, por eso tengo que disculparlo por no gustarle del fútbol. Creo que él se lo perdió. Por otro lado, en consonancia con

Borges, creo que la literatura despreció al fútbol durante 80 años. El fútbol siempre fue una materia maravillosa, una fuente extraordinaria para escribir aventuras, historias muy bonitas, pero la literatura lo soslayó porque existía la creencia de que era el opio de los pueblos, que era una herramienta de los regímenes totalitarios para tener al pueblo contento, lo cual yo creo que es una equivocación tremenda porque el fútbol es una alegría genuina”.

Una de las mayores razones, según Barraza, para que literatura y fútbol puedan vincularse efectivamente es el sentimiento fidedigno que despiertan en las personas. “La pasión que el fútbol genera nadie la puede armar porque es espontánea y maravillosa. Justo hoy jugaban el Sevilla y el Barcelona, el Sevilla ganaba en el minuto 88, y el Barcelona lo empató y luego lo ganó en un partido volcado. El fútbol tiene todos los condimentos: tiene técnica, arte, tiene coraje, plasticidad, belleza, velocidad, tragedia, alegría, tiene tantas cosas lindas, y cosas como las de este partido suceden todos los días en el fútbol, y esto es lo que lo convierte en una materia maravillosa para escribir. Yo pienso que por eso la literatura se ha dado cuenta de que era una fuente extraordinaria en la que se puede abreviar y de la que se estaba perdiendo, y por eso ahora vemos tantas obras dedicadas al fútbol de escritores más jóvenes. Por eso, de ningún modo la literatura y el fútbol son incompatibles”.

Jorge Barraza podría ser una de las personas que se toma más en serio el fútbol. Por eso no deja de ser una paradoja que literariamente lo identifique con los cuentos infantiles. Sin embargo, quizá una explicación esté en que para los niños no hay cosa más seria que lo que pasa en esos relatos. “El fútbol es una herramienta muy linda para contar cosas, casi todo el mundo lo entiende y tiene tantas variantes que te permite miles de salidas diferentes. Eso lo tiene el cuento y lo tiene la novela. Es por eso que se puede identificar con esos géneros literarios”.

En la cancha, como en la vida

Decir que el fútbol es una metáfora de la vida puede sonar tan obvio como que gana el que hace más goles. Sin embargo, para algunos esa frase es un tanto exagerada. Para Barraza, sin embargo, es una realidad que salta a la vista.

Al preguntarle por la pasión que genera este deporte, menciono el afamado discurso de algunos anti futboleros que ridiculizan a los hinchas por involucrarse tanto en algo que no los afecta. Inmediatamente, Barraza cambia el tono de la voz. Se pone serio y cortante. Se nota que el tema le toca las fibras. Y afirma: “Una de las frases más infelices que he escuchado en mi vida es ‘pero qué tontos, si el fútbol no te da de comer, si mañana tenés que ir a trabajar igual, para qué darle

tanta bola'. Y yo pregunto: ¿eso qué tiene que ver? Es como si vos recibieras una compensación porque tu novia te ha festejado tu cumpleaños y te ha dicho unas palabras que te conmovieron. Mañana tenés que ir a trabajar igual. La gente no es más pobre ni más rica porque gane su equipo de fútbol, pero eso está incorporado en nuestra cultura, en la cultura del mundo”.

Oír a Barraza hablando de este tema hace que suene completamente obvio. Él lo dice convencido, porque lo ha vivido. A él el fútbol lo ha marcado, le ha cambiado la vida. Por eso tiene claro que lo que pasa en la cancha sí tiene un efecto en la existencia, y lo mejor, lo explica con ejemplos.

“Yo he visto casi todos los partidos de Independiente de Avellaneda desde el 63 hasta hoy. Desde entonces, el equipo ha perdido miles de partidos y debe haber tenido cientos de jugadores horribles, ha perdido partidos que tenía ganados. He pasado por muchas cosas feas, pero yo no me acuerdo de nada de eso. Yo me acuerdo de lo bueno, de lo épico, del campeonato del 77, de las Copas Libertadores que ganamos, de las jugadas de Bochini. Me acuerdo de las cosas hermosas porque los hinchas tenemos para el fútbol una memoria selectiva que es muy buena. El fútbol tiene una capacidad increíble para rescatar lo positivo por encima de lo negativo, eso también te cambia la forma de ver la vida. Es por esto que evidentemente el fútbol te afecta el día a día, por supuesto que lo hace”.

Pero en más de 50 años de ver fútbol, alguna tristeza habrá tenido que venir, pienso para mis adentros. Al fin y al cabo, este es del deporte más ingrato de todos. Como si me leyera la mente, Barraza contesta sacando de su infinito baúl de recuerdos un par de anécdotas más: “El fútbol no me ha dado momentos tristes porque al fin y al cabo es un evento deportivo, obviamente con mucha profundidad social y anímica, pero no como para afectar negativamente tu vida. Triste me sentiría si Independiente se va al descenso, pero creo que sobreviviría. En cambio, como acabo de decirte, de los momentos bonitos me acuerdo mucho. Del campeonato del 77, por ejemplo (se refiere al título que logró Independiente, con solo ocho jugadores, en la cancha de Talleres de Córdoba, con un gol agónico de Ricardo Bochini). Los argentinos, como verás, somos más hinchas del club que de la selección. En ese sentido creo que Roberto Fontanarrosa dijo una frase para la historia: “Rosario Central es como mi madre. La selección es como mi tía”.

Después de esa sentencia lapidaria, para el recuerdo, continúa con la segunda anécdota:

“Yo comparto ciento por ciento esta postura de Fontanarrosa. Si la selección Argentina gana, perfecto, pero a mí me impacta más lo que le pasa a

Independiente. Me acuerdo de hace poco cuando le ganamos 5 a 4 a Boca en la Bombonera en el último minuto. Nosotros habíamos perdido todos los partidos y teníamos la defensa más goleada. Además, tan sólo llevábamos 12 goles en los últimos 23 partidos. Boca llegaba con 33 fechas de invicto. Antes del partido, mi hijo me dijo: 'papi, solo le pido a Dios que no nos hagan 7 goles hoy'. Hasta el minuto 89 Independiente perdía 4 a 3 y en los 5 minutos de adición le dio la vuelta. Esos son momentos que pasan cada mucho tiempo y que se te quedan porque son maravillosos”.

El fútbol, un tango eterno

Hoy, vas a entrar en mi pasado, en el pasado de mi vida. En el momento menos esperado de nuestra conversación, Jorge Barraza comienza a cantar este tango de Enrique Cadícamo. No en vano su columna de opinión se titula “Último tango”: es uno de sus géneros musicales favoritos. Quizá de ahí venga todo ese romanticismo que destila cuando escribe. Porque aunque no lo dice explícitamente, pareciera que para él el fútbol fuera como un tango. Es sublime, y es imposible expresarlo completamente en palabras. Por eso dice que “el fútbol es una metáfora permanente de la vida. Todas las cosas que suceden en un campo de juego son aplicables a la vida. Y vos, fijate, que hay cantidades industriales de expresiones del fútbol que son aplicadas a la cotidianidad, y son tan gráficas que quedan perfectas. Por ejemplo “Fulano está triste porque la novia le sacó tarjeta roja”. Es una expresión muy descriptiva. Como esa hay miles de expresiones que se usan hasta para la sección de política del diario, porque son muy agudas y sobre todo certeras, y no creo que sean vulgares”.

Al igual que el tango, el fútbol está lleno de historias colmadas de dolor, de pasión, de épica. Para Barraza, este es uno de sus condimentos más esenciales. Esa dinámica de lo impensado, como define Panzeri al fútbol, combinada con la regresión semanal a la infancia de Marías, expresan lo que el mismo Barraza piensa y siente sobre el fútbol. Por eso Jorge cree que el deporte de la pelota posibilita una doble vertiente que lo convierte en un tema literario: “Es un reflejo de la realidad, pero también te permite crear historias. Acá en Argentina hay un escritor llamado Eduardo Sacheri, el del Secreto de sus Ojos, que por supuesto se apoya en la realidad pero gira alrededor del fútbol, y luego hace un escrito ficticio. Por esa razón puede contar un episodio de su infancia o inventarse un suceso. Ambas son posturas válidas”.

Para ampliar este punto, el baúl de recuerdos vuelve a abrirse, pero esta vez la memoria vuela hacia Europa. En concreto a Barcelona, donde a finales del siglo

XX se dio una de las finales de la Liga de Campeones más recordadas de la historia. “Que el fútbol tiene cosas insólitas y una carga épica maravillosa lo demuestra ese partido entre el Bayern Múnich y el Manchester United en 1999. No pude ir a Barcelona porque no había forma de entrar al estadio, estaba todo agotado desde mucho antes. Yo tenía vuelo para Buenos Aires desde Madrid ese día, y por eso me fui antes al aeropuerto de Barajas para ver allí el partido. Y recuerdo que tenía que embarcar, y estaba sufriendo porque el partido era de una emoción tremenda. Entre el minuto 44 y el 48 del segundo tiempo ganó el Manchester United con dos goles agónicos. Fue un partido de un dramatismo tal, que fue tan increíble como algunas de las historias del fútbol uruguayo, que ha tenido muchas hazañas, como las gestas de Independiente”.

El fútbol: el deporte de las historias novelescas

El baúl de los recuerdos continúa abierto. A Barraza le fluyen las memorias, y a medida que va hablando le vienen a la cabeza ejemplos gráficos de lo que está explicando. Cuando le pregunto si el heroísmo en el fútbol termina por convertirlo en algo literario, vuelve a contestar con una anécdota, esta vez referente al patriotismo.

“Los recuerdos que te he contado creo que son suficientes para escribir una novela entera. A la gente que no es del fútbol le puede parecer exagerada esa carga épica que se le da, pero los que estamos adentro sabemos que no es así, que el heroísmo que el fútbol emana es muy fuerte. Vos fijate lo que sucede cuando juegan las selecciones nacionales, yo siempre digo lo mismo. En el 98 di una charla en Colombia en la que compartí con Maturana y Valdano. Y allí le pregunté a la audiencia que cuál fue el día que se sintieron más orgullosos de ser colombianos. En el recinto había 50 personas. Uno dijo que cuando Cochise Rodríguez fue campeón mundial de ciclismo en Europa. Luego otros cuatro más dijeron que en 1982 cuando a García Márquez le dieron el premio Nobel de literatura. Los otros 45 dijeron que el día del 5 a 0 contra Argentina, el 5 de septiembre de 1993, fue el día en que más orgullosos se sintieron de ser colombianos. Entonces se ve que es un sentimiento natural. Ese día la actuación de la selección Colombia tuvo una épica tan grande que yo calculo que se va a recordar mínimo por 100 años. Esto no es un invento, no es una exageración ni es algo ficticio que se inventó el periodismo para vender periódicos. Es algo que nace en el fútbol e impacta en la sociedad de una manera tremenda”.

Cuando le cuento sobre mi encuentro con Jorge Valdano, traigo a colación una de las frases que me dijo: “El Barcelona es el gran poema del fútbol moderno”. Al

oírla, Barraza no puede sino sonreír. Es un amante del fútbol que representa el Barcelona actual. Defiende a Guardiola y a Messi a ultranza. Por eso no supo sino estar de acuerdo con el ex director deportivo del Real Madrid: “Esa es una frase feliz de Valdano. Creo que Guardiola es el técnico más grande de la historia a pesar de que solo haya dirigido 4 años, porque en ese tiempo ha logrado lo que todos los técnicos han soñado toda su vida: ganar, golear y gustar en casi todos los partidos y mantener una firmeza ética como yo no he visto igual. En Barcelona no es que el arquero pueda salir jugando, el arquero tiene la orden de salir jugando así la pierda. Además, logró todo lo que logró con un grado de caballerosidad y de buen gusto, de armonía, de serenidad, que realmente forma un poema. El Barcelona no es un libro, es un poema del fútbol y es el equipo más artístico y más sublime que yo he visto”.

De escritores, copas del mundo y otros menesteres

No puedo terminar mi conversación con Jorge Barraza sin preguntarle un poco por sus gustos personales. Y como la charla es sobre literatura y fútbol, no queda otra sino preguntarle por sus autores y sus partidos favoritos. De los escritores, como es lógico, trae a colación a los precursores, a los más grandes: “Primero, que todo, Valdano, que para mí es un escritor. Sacheri pinta las cosas muy bien. Pero por supuesto, sobre todos, Fontanarrosa. Para mí es genial porque ha conjugado varias cosas: el saber de fútbol con una gran capacidad literaria y sobre todo con humor, que para mí es lo más difícil en todos los órdenes de la vida. Si vos podes hacer reír a una mujer, la vas a conquistar seguro, si vos podes hacer reír a un lector, seguro lo vas a tener en el bolsillo. Además, tenía un grado de percepción de la realidad que es increíble. Es una lástima que haya muerto cuando todavía tenía ese grado de lucidez mental. Tenía una capacidad tremenda, hacía tiras cómicas, libros. Nos perdimos de por lo menos 10 años de Fontanarrosa que habrían sido estupendos”.

Ocho copas del mundo vistas en vivo y en directo, decenas de Copas América, Champions League y Copas Libertadores. Barraza conoce toda la oferta que el fútbol puede llegar a ofrecer. Por eso no se le puede dejar de preguntar a uno de los paladares más expertos cuál es el mejor torneo del balompié. Barraza duda, y al final no se inclina por ninguno. Democráticamente, elige la Copa del Mundo, la Champions League y la Copa Libertadores. Todos contienen ingredientes que los convierten en platos más que apetecibles.

“Elijo la Libertadores porque está rodeada de leyenda. La Copa siempre nos remite a las antiguas batallas del fútbol, me parece fascinante. Un equipo que

gane la Libertadores, así pasen 100 años, no va a dejar de sentirse orgulloso. La Champions me gusta y no me la pierdo porque es un fútbol bien presentado, con un marco que solo le saben dar los europeos, una puesta en escena única. Además tienen equipos increíbles, en parte porque son más inteligentes para el marketing. Y por supuesto: la Copa del Mundo. Yo he ido a ocho finales del Mundial, y sé que cuando vaya a la novena diré lo mismo que dije cuando estuve en la primera: 'Estoy acá. Estoy en el centro del mundo y tengo la suerte de estar acá'. Este partido es lo máximo y por eso te digo que las tres son maravillosas".

Así, se detiene por un momento el inmenso caudal de recuerdos. Ese que tiene claro dónde y cómo sucedió cada cosa. Porque él los vivió, pero también los dejó por escrito.

Epílogo, tiempo extra o punto final

***“Mediante la lectura nos hacemos contemporáneos de todos los hombres y ciudadanos de todos los países”*: Antoine Houdar de la Motte**

***“El fútbol es el lenguaje universal, no importa la raza, la religión, la ideología, la capa social; es algo que une a todo el mundo. La tribu futbolera es la gran tribu mundial”*: John Carlin**

Todos los hombres somos iguales. Ese axioma tan difundido desde antaño, asumido como bandera desde épocas remotas por el judeo-cristianismo, puede ser la cuestión fundamental por la cual literatura y fútbol pueden llegar a estar, si quieren, estrechamente unidos.

La pregunta inicial de esta investigación se planteó descubrir las razones por las cuales dos expresiones humanas tan aparentemente dispares como la literatura y el fútbol se han venido relacionando cada vez más íntimamente en los últimos años. Para eso, qué mejor que acudir a aquellos que, conscientemente o no, han hecho posible ese matrimonio entre las letras y el balón a través de sus escritos.

La conclusión después de haber jugado este interesante partido es que literatura y fútbol comparten una cualidad especial: ambas logran implicar de una manera difícil de explicar lo más íntimo de una persona. Ambos llegan a lo más hondo del ser mismo y tienen la capacidad, como lo expresó Jorge Valdano, de suplir esas necesidades trascendentales del hombre que lo diferencian de las demás criaturas de la Tierra y que en última instancia se pueden resumir en el anhelo inherente a la condición humana de conseguir la felicidad.

Llegar a lo más profundo del ser, decíamos. Ambos, literatura y fútbol, lo logran. Ahora, la pregunta sobre cómo lo hacen, pareciera que nunca va a ser completamente contestada. Es uno de los misterios que tiene la esencia misma del hombre, que tiene que ver necesariamente con su condición de ser espiritual. De otra forma no podría explicarse que agentes externos, como en este caso lo son los libros y el fútbol, logren ser tan importantes para tantas personas de sitios, lenguas, culturas, pensamientos y épocas distintos.

Los momentos en que fueron pronunciadas las dos citas traídas a colación al principio de esta sección tienen varios siglos de diferencia entre una y otra. La primera, atribuida al literato francés Houdar de la Motte, data del siglo XVIII. La segunda, proferida por John Carlin en la entrevista que concedió para esta investigación, fue dicha en el siglo XXI. Sin embargo, ambas aluden a un factor

común que puede ser el principio del camino en esa búsqueda por encontrar el vínculo más próximo que liga a las letras con el balón.

Factores unificadores. Evidenciar que todos los hombres son iguales. Es ahí donde podemos encontrar la relación más estrecha entre fútbol y literatura. El nexos que los hace no solamente ser compatibles, sino muchas veces necesarios el uno para el otro. Esa capacidad que tienen de trascender las diferencias que puedan llegar a existir entre las personas para hacernos entender que todos compartimos los mismos anhelos, los mismos sueños, los mismos miedos. Mostrarnos quiénes somos y cómo vivimos. Ambos –literatura y fútbol-, nos permiten hacerlo.

El fútbol y la literatura proveen felicidad. Para quienes los entienden en toda su dimensión, ni las letras ni el esférico son un simple pasatiempo. Miles de personas a lo largo del tiempo los han asumido como un estilo de vida, como una extensión de sí mismos. Existen seres humanos que no podrían concebir sus vidas sin un balón en los pies o sin un libro en las manos. Pero existe además un grupo más selecto, pero con tendencia a ampliarse cada día más, que no se permitirían una existencia sin tener el balón en los pies, teniendo al mismo tiempo el libro entre las manos.

El fútbol y la literatura han llegado para unir lo que alguna vez separó la Torre de Babel. Lo que externamente es un simple conjunto de letras o una mera pelota rodando se ha convertido en el verdadero lenguaje universal. Lo que para algunos podría ser calificado casi de herético, hoy en día es una realidad incuestionable: leer a Borges puede ser una experiencia estética tan elevada como contemplar una jugada sublime de Lionel Messi. Pero además, puede llegar a serlo para la misma persona. El fútbol dejó de ser considerado una cuestión animalesca en la que el sudor estaba por encima de las neuronas, y la literatura dejó de estar en un estadio inaccesible para cualquiera que no tuviera ya a la sabiduría como algo previamente adquirido. Las letras y el balón no conciben ni permiten la lucha de clases. Ambos nos recuerdan todo el tiempo que los humanos somos distintos en la forma, pero iguales en el fondo.

Como se ve, la cuestión que aquí ha buscado resolverse va más allá de meros gustos personales. Claramente, se ha podido descubrir que lo que no es una necesidad para la especie puede llegar a serlo para el individuo. Porque leer o jugar fútbol evidentemente no tiene la condición de necesidad que tiene el sueño o el alimento. Cualquiera puede sobrevivir sin leer un solo párrafo en toda su vida o sin haber visto un solo gol. Sobrevivir, sí. Vivir, quizá no.

Porque todo este discurso tiende a llevarnos siempre hacia el mismo punto. La necesidad de felicidad que tiene todo ser humano es la explicación más lógica – aunque quizá siga siendo insuficiente- para tratar de dar cuenta de por qué la literatura y el fútbol son tan importantes para tantos seres humanos. Y esa misma búsqueda, considerada no individualmente sino de una manera colectiva, es la que nos puede mostrar por qué no solo son fundamentales sino perfectamente compatibles.

En esa misma línea, hay otro componente de la condición humana que tiene que ver con el ya mencionado lenguaje universal, y que sin duda es fundamental para analizar este tema: la vocación social del hombre. Este concepto fue definido, entre otros filósofos, por Aristóteles al comienzo de su Política. Sobre este punto, el Estagirita afirma que “la razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. Pues la voz es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indicársela unos a otros. Pero lo palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad”. (Aristóteles; Política, Editorial Gredos, 1999)

Esa cualidad, la naturaleza social del ser humano, tan estudiada por los filósofos desde la antigua Grecia, es lo que potencia esa cualidad unificadora de la que ya hablábamos, concretada en un lenguaje que pueden hablar y entender todas las personas. Diciéndolo de manera esquemática, podría plantearse que, al ser lenguajes universales, el fútbol y la literatura permiten que el hombre desarrolle su ser social, por lo cual ambos poseen un factor unificador que los hace útiles en la vida de las personas.

Lo dicho en el párrafo anterior podría ser la definición académica del asunto. El tema es que, por mucho que se quiera, nunca se podrá ahondar suficientemente en lo que son la literatura y el fútbol para el hombre, sencillamente porque ambos están más allá de cualquier explicación utilitaria. Fútbol y literatura, más que como herramientas, deben entenderse siempre como estilos de vida o modos de ser. Solo así se podrá abordar la cuestión desde el enfoque correcto.

La razón de lo anteriormente mencionado salta a la vista. Está claro que las personas no buscan el fútbol o la literatura simplemente por considerarlos “útiles”.

Por eso se ha tratado de explicar a lo largo de estas páginas que las motivaciones están ligadas con una serie de componentes que trascienden la mera racionalidad, sin necesariamente dejarla de lado. En juego están factores emocionales y psicológicos que no se explican por la mera ganancia que nos otorgan las cosas. El hecho de que el fútbol y la literatura muestren al ser humano tal como es, con sus miserias, sus sueños, sus anhelos, sus defectos, su egoísmo, su magnanimidad; eso es lo que hace que las personas se identifiquen tan profundamente con ellos. Por eso el fútbol y la literatura han servido muchas veces como elementos para entender a las sociedades, porque en últimas no son más que un reflejo de lo que son los individuos y las colectividades que ellos forman.

Eso es lo que han tratado de transmitirnos estos escritores futboleros a través de estas páginas. El regreso a la infancia, como menciona Silva Romero; la ligazón con los sucesos más importantes de la existencia, que dice Perea; la posibilidad de identificarse con un grupo social, de la que habla Carlin; el reflejo de ese anhelo de gloria que identifica Valdano; la búsqueda de una expresión estética en la vida cotidiana, como pretende Saavedra; la manifestación del profundo deseo de felicidad al que se refiere Barraza; la demostración de la virilidad con un balón pegado a los pies, como sugiere Araujo; el puente más íntimo con la familia, como asevera, orgulloso, Quique Wolff; las historias humanas más maravillosas a las que no se puede resistir la lírica de Abad Faciolince por más indiferente al deporte que él sea. He ahí las múltiples razones por las cuales el fútbol y la literatura son importantes para el ser humano, haciéndolos no solo compatibles sino también complementarios.

Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Referencias bibliográficas

Aristóteles; *Política*. Editorial Gredos. Madrid. Edición de 1999

Alfaro Vargas, Roy (2005). *Relación Literatura-Sociedad. Una aproximación teórica*. Revista de Ciencias Sociales Universidad de Costa Rica.

Bastenier, Miguel Ángel (2001). *El blanco móvil: Taller de Periodismo*. Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Cantavella Blasco, Juan. (1996). *Manual de la entrevista periodística*. Editorial Ariel.

Depretis, Cielito (2008). *La entrevista periodística contemporánea*. Congreso "Conectados, Hipersegmentados y Desinformados en la Era de la Globalización". Universidad Católica de Salta.

Echevarría Lombart, Begoña (2002). *Las W's de la entrevista*. Fundación universitaria San Pablo.

Galeano, Eduardo (1968). *Su majestad el fútbol*. Editorial Arca.

García Márquez, Gabriel (2002). *Vivir para contarla*. Editorial Norma.

Gil Castañeda, Víctor (2009). El fenómeno del fútbol en algunos textos literarios: Clásicos y contemporáneos (En línea). Educación Física y Ciencia, 11: 93-103. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3983/pr.3983.pdf

Gutiérrez, Liliana (2005). *La entrevista o el arte de saber preguntar*. Manual de géneros periodísticos, teoría y práctica. Editorial Universidad de La Sabana, v., p.59 – 80.

Halperín, Jorge. *La entrevista periodística*. Colección Educar. Ministerio de Educación de la República Argentina. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1995

Medina, Gonzalo. *Sueños a la redonda: o el futbol en la literatura y las artes*. Editorial Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2011.